viacuarenta

Revista de Investigación, Arte y Cultura

ISSN 0123-4854- Depósito Legal No. 410 Número 26 - 27-Segundo semestre de 2018

Fluidos : obra de Omar Alonso

ESPECIAL CUENTO CARIBE I

Biblioteca Piloto del Caribe

Barranquilla, Colombia

BPC Biblioteca Piloto Del Caribe

UNA BIBLIOTECA PÚBLICA PARA TODOS
LOS PÚBLICOS

CULTURA PARA LA PAZ CIUDADANA

BPC Biblioteca Piloto Del Caribe
CLENA CORPORACIÓN LUIS EDUARDO NIETO ARTETA
GOBIERNO DE COLOMBIA
MINCULTURA

víacuarenta
Revista de Investigación, Arte y Cultura

**Una publicación
de la Corporación
Luis Eduardo Nieto Arteta
ISSN 0123-4854 - Depósito Legal No. 410**

**Sede
Biblioteca Piloto del Caribe
Vía 40 No. 36-135 - Tel.: 379 2949
Barranquilla, Colombia, Sur América.
viacuarenta online:
http://bibliotecapilotodelcaribe.com/revista-viacuarenta/**

Director - Editor
Miguel Iriarte

Editor Asistente
Luis Mallarino

Gerente
Cielo Támara Hoyos

Comité Editorial
Tallulah Flores
Álvaro Suescún
Carlos Barraza
Patricia Iriarte
Luis Mallarino

Portada / Ilustraciones interiores
Obras de Omar Alonso

Diseño y Diagramación
Yolima Andrades /Miguel Iriarte

Impresión
Tonos Editorial del Caribe
Barranquilla, noviembre de 2018
Impreso en Colombia

Cada autor es responsable de sus opiniones

CONTENIDO

Editorial.....5
Lo importante son las alas.....7
Dibujo de Omar Alonso.
- El silencio
  Ramón Illán Bacca.....8
- Trasplante de cabeza
  Antonio Mora Vélez.....10
- Somos los mismos de siempre
  Ramón Molinares.....15
- Tras el antifaz hay un aroma
  Guillermo Tedio.....20
- Vuelta de tigre
  Heriberto Fiorillo.....27
- Retornar a la antigua condición de sombra
  José Luis Garcés.....29
- El desagüe
  José Luis Hereyra.....32
- Traigo de todo
  Miguel Falquez-Certain.....34
- El jardín de la cumbia
  Julio Olaciregui.....39
- Cuatrojos
  Pepe Enciso.....43

Luis retorna 45
Dibujo de Omar Alonso.
- El Búho es una vaca y yo soy un chico de plástico
  Adolfo Ariza.....46
  Como en un cuadro (¿Tal vez de Hopper?)
  Jaime Cabrera.....49
- El país
  Naudín Gracián.....52
- Yo espero...
  Cristina Duncan.....55
- Pesquisa conyugal
  Pedro Badrán.....57

- Las Damajuanas
  Beatriz Vanegas Athías.....62
- La vuelta
  Clinton Ramírez.....66
- El jurado
  JoaquínMattos.....71
- La pared
  Leo Castillo.....78

Ojo con el pico 85
Dibujo de Omar Alonso.
- Si una noche oscura el pasado
  J.J. Junieles.....86
- La bala de alguien
  Efraím Medina Reyes.....90
- La noche de las luciérnagas
  Carlos Polo.....94
- Tan triste como bella
  Íos Fernández.....97
- Pájaros
  Gerardo Ferro.....102
- Un ensayo sobre el movimiento
  Paul Brito.....107

La extraña uña.....112
Dibujo de Omar Alonso.
- Pichones en la telaraña
  Claudia Lama Andonie.....113
- El llanto de las ciudades
  John Better.....120
- Camino hacia la nada brillante
  Ricardo Llinás.....123
- Bobo no
  Luis Mallarino.....128
- El poeta
  Fabián Buelvas.....131
- A segundos luz
  John Archibold.....134
- Isabel me hace reflexionar
  Kirvin Larios.....141

LOS CUENTOS DE VÍACUARENTA

El cuento de este especial de cuentos de nuestra revista *víacuarenta*, en este nuevo número doble, es que desde varios números atrás nos habíamos planteado el propósito de dedicarle números monográficos a la literatura del Caribe colombiano en los géneros de poesía, crónica, cuento y ensayo. Y surgió esta idea luego de dedicarle a nuestros poetas dos interesantes dossiers en los números siete y ocho, respectivamente, titulados "Poesía colombiana desde el Caribe", para luego dedicarle entonces dos entregas especiales, ya monográficas, a sendas memorias del Festival Internacional de Poesía en el Caribe, PoeMaRío, en sus números 9-10 y 20-21.

También publicamos el especial de crónica que recogió importantes aportes de los más destacados escritores de este género en nuestra región en el número 13-14; y ahora corresponde el turno del cuento, en un número en el que hemos logrado reunir un compendio extraordinario de narradores colombianos del Caribe que esperamos represente un amplio panorama de nuestra cuentística.

Siempre se ha dicho que el Caribe tiene una fundamental e indiscutible vocación narradora, y no hay duda que los procesos institucionales de los talleres de Relata, las convocatorias regionales de estímulos, y concursos tan tentadores, como el nacional de cuentos de la Fundación La Cueva, han estimulado positivamente esta pulsión caribeña de contar historias.

Las respuestas a todos estos estímulos, tal como se dan, con sus altos y bajos, hablan elocuentemente, no sé si del deseo secreto o expreso de hacerse un escritor con una clara conciencia para dedicarse a este género, como un proyecto creativo serio; si es en razón de esas irrefrenables ganas de contar la problematizada vida del país; o si, tal vez, ello obedece al deseo, nada censurable, de alzarse con un premio en metálico como el que cada año ofrece el concurso de La Cueva, por ejemplo.

Las tres probables razones me parece que encajan claramente en una dinámica planteada entre literatura y realidad que no es ajena a los fenómenos del cuento colombiano y a los de un marco más general en el que se mueve el cuento hispanoamericano, siendo uno de los géneros que más literatura ha generado acerca de su historia, manifestaciones, contextos, características, estilos, corrientes, manuales, decálogos y tipologías, entre otros abordajes.

Alguien comentaba la asombrosa estadística que registraba la cifra de 1.302 antologías de cuentos hispanoamericanos de acuerdo con un estudio realizado por el investigador norteamericano Daniel Balderston, un experto en Borges y profesor de literaturas hispánicas de la Universidad de Pittsburg, en un ensayo titulado *El cuento latinoamericano: una guía anotada de antologías y crítica*. Un volumen que nos informa, a las claras, sobre lo que puede considerarse como una tradición de la cultura literaria hispanoamericana.

En lo que a Colombia concierne, para la investigadora y crítica literaria colombiana Luz Mary Giraldo, en un ensayo titulado *El Cuento Colombiano: un género renovado*, dice que "debemos reconocer que aunque Colombia se ha distinguido como 'Tierra de poetas', al aproximarse la década del setenta, su literatura ha afianzado la conciencia de la escritura en el contar, relatar y narrar propios del cuento y de la novela. Desde diversas sensibilidades y tonos, centenares de novelas y cuentos se han abierto camino mediante experimentaciones verbales y estructurales, logrando renovaciones en las formas tradicionales y exploraciones en la multiplicidad temática y emocional que ofrece la vida cotidiana contemporánea. Así, se registran distintas tendencias en la producción y composición de cuento y novela de los últimos lustros, confirmando la coexistencia de narrativa epistolar, testimonial, histórica, fantástica, policíaca, de ciencia-ficción, hipertextual, de orden erótico, marginal y de inmigrantes, de tono paródico, escéptico y desencantado, entra otras, alimentadas por los imaginarios que ofrece la vida en la ciudad."

Esas son las razones, parece decir Giraldo, que determinan un nuevo contexto en la narrativa colombiana permitiéndole abordar nuevos paradigmas vitales y culturales en el seno de una nueva sensibilidad, la posmoderna, en la que se tornan otros los motivos del cuento, y lo urbano como cultura que empieza a desplazar viejas visiones marcadas por los arquetipos costumbristas de lo rural y del lenguaje que lo hacían posible, para imprimirle al nuevo cuento nuevas determinantes que modifican su estética, su estructura y su lenguaje al tenor de las urgencias de la vida contemporánea.

La ciudad de Barranquilla, cerrando un poco más el círculo, ha tenido también sus cuentos con el cuento. El cuentista y crítico Guillermo Tedio, incluido en esta muestra, en una muy juiciosa reseña crítica de la antología titulada *25 cuentos barranquilleros*, preparada y comentada por el también cuentista y novelista Ramón Illán Bacca, también aquí presente, logra distinguir y glosar cinco momentos generacionales que sin duda constituyen un aporte sustancial a ese todo del cuento colombiano, especialmente con nombres como Eduardo Arango Piñeres y su libro *Enero 25* y Álvaro Cepeda Samudio y su colección T*odos estábamos a la espera*, que redefinen sin duda el género que venía cultivándose en el país. Pero, desde luego, antes estaban nombres como los de los maestros García-Herreros, José Félix Fuenmayor y Ramón Vinyes, con lo que, al decir de la profesora e investigadora Consuelo Posada, "se cumple uno de los objetivos enunciados en el prólogo: demostrar que el cuento en Barranquilla comienza muchos antes de García Márquez y de Cepeda Samudio".

Y los nombres que luego vendrían, con Marvel Luz Moreno y Alberto Duque López, el propio Ramón Bacca, Ramón Molinares, Guillermo Tedio, Julio Olaciregui, Jaime Manrique Ardila, Miguel Falquez-Certain o Jaime Cabrera González.

En esta nueva entrega de *víacuarenta* están casi todos los narradores vivos hasta aquí mencionados, otros más de esa misma generación, igualmente importantes, y se incluyen nombres de las tres últimas camadas a las que pertenecen narradores que hacen parte de un nuevo cánon del cuento en Colombia.

El problema es que la ambición de esta edición se salió de los cauces que podía contener un paginaje manejable, y nos ha obligado a planear entonces dos entregas de este especial, en el que caben los relatos inicialmente reunidos para uno solo de los números, pero que ahora se reparten organizados sin una rigurosa cronología, y sin criterios jerárquicos, en dos entregas: ésta que el amable lector tiene ahora en sus manos; y la otra que será publicada en el número siguiente, en el que estarán nombres como los de Antonio Silvera, Adriana Rosas, Alfredo Baldovino, Clarita Spitz, Nora Carbonell, Boris Oyola, Jaime Manrique Ardila, Yesid Torres, Rodolfo Lara, entre otros.

Una muestra en dos partes en las que, de seguro, quedará redondeado un universo narrativo que nos cuenta cómo hemos sido, cómo somos y cómo quisiéramos o no ser desde el insospechado mundo del cuento.

El silencio

Ramón Illán Bacca

Esa noche, todavía temprano, el teniente José Pío Álvarez, un joven tímido y de quién se decía escribía poemas, fue a buscar al general Cipriano Manjarrés —un hombre cuarentón, con fama de valiente e inflexible— para acompañarlo a una reunión de jefes conservadores. La guerra proseguía e iba para tres años, aunque ellos, los del gobierno, estaban venciendo. Josefina, la mujer del general, una mujer andina de quien se decía tenía un pasado, recibió al teniente en forma amable pero distante, como solía hacerlo. El joven y la señora se quedaron en la sala y el general subió al segundo piso para afeitarse en su recámara. Dio todos los pasos requeridos. Pidió a gritos agua caliente y Clotilde, una de las domésticas, acudió presurosa a llevarla. Afiló la barbera en la penca que colgaba de una de las sillas y empezó a afeitarse frente a un gran espejo con marco de ébano, que colgaba en la pared enfrente del corredor.

Y de pronto, cuando buscaba una loción en la cómoda para detener la sangre de una pequeña cortada, lo sintió. Un extraño silencio había caído en la sala. Asomó la cabeza al corredor para sentir las voces. No se oía nada y el biombo colonial del que se ufanaba tanto y que separaba la escalera le impedía ver qué ocurría. Continuó afeitándose con el corazón apretado y los oídos atentos. Ningún ruido, o de pronto sí. Tal vez el palpitar de dos corazones. ¿Por qué callaban su mujer y el teniente? ¿Qué hacían? ¿Se miraban sin hablar? No sentía el balanceo del mecedor donde ella estaba sentada. El teniente, lo recordaba con claridad, debería estar en el canapé de espaldar alto, distante del mecedor. Aguzó el oído y no habría sentido ni siquiera el fru-frú del vestido si ella hubiera caminado hacia algún lado. ¿Estarían callados en silencio, mirándose? ¿O tal vez haciéndose señas en el código secreto de los amantes?

¿Tal vez rozándose las manos?

El general sacó la espada y bajó las escaleras en puntillas.

Encontró en la sala a su esposa y al joven parados y mirándose. La mesa de centro traída de Florencia los separaba. Podía ser tomado como una despedida intempestiva o también como un levantarse de su señora por una frase mal dicha y mal recibida. Ambos, lo advirtió, estaban pálidos. Ella, además, tenía los ojos húmedos.

—¿Te ha faltado el respeto? —preguntó el general a su mujer.

Ella no respondió sino que palideció más.

El general Cipriano Manjarrés, jefe del Ejército del Norte, y vencedor en la batalla de Carazúa, avanzó sobre el joven y tembloroso teniente y le propinó dos sonoras bofetadas.

"Arreglemos esto de una vez", agregó, mientras desenvainaba su invicta y famosa espada e invitaba al teniente a que se defendiera.

Los criados que vinieron en tropel a la sala al oír el ruido aún discuten sobre cuáles fueron las palabras antes de empezar el lance, pero en lo que todos están de acuerdo es que hasta el último momento se veía al general como el vencedor. No en balde era el mejor espadachín del ejército. Algo pasó, sin embargo, cuando rozaron a doña Josefina, que miraba desde un rincón envuelta en las cortinas. Fue un descuido, un imprevisto, o una mirada a su esposa con un "después arreglaremos esto" del general, el hecho es que la espada del joven, en ese instante, lo atravesó en forma mortal.

En la cocina donde se reúne todo el personal de la casa y mientras se oyen resonar pasos nerviosos en la madera de la habitación de arriba, Clotilde piensa sobre cómo la señora alterada por los nervios no pudo ir al funeral del general, sobre cómo al joven teniente no se le castigó porque se defendió en un lance de honor, pero se le envió a combatir a una guerrilla liberal irreductible. Allí pereció en un combate cuerpo a cuerpo, aunque otras voces decían que había muerto de un disparo en la espalda. Ahora la viuda se había sepultado en vida. Nunca salía de la casa y sólo algunos transeúntes alcanzaban a ver su rostro triste mirando desde la ventana del balcón los arreboles del crepúsculo en el cercano mar.

El joven teniente —dice a los criados que se agrupan para oírla— llegó en forma muy tímida y se sonrojó cuando el general dándole golpecitos amistosos lo felicitó por la conquista que había hecho de la más bella bailarina de Can-can de la compañía del italiano Azzali.

Cuando el general subió a afeitarse, su mujer, en silencio y sin mirar al joven teniente, le había ofrecido café. La tasa se movía por el temblor en las manos de la dama. Después rodó el mecedor a mayor distancia del canapé en que estaba sentado el joven. No se hablaron; más aún, no le contestaron cuando Clotilde preguntó si deseaban algo más. En un momento, el joven se levantó, la mujer también y se miraron sin cruzar palabra. Fue entonces cuando llegó el general y se dio el drama.

Clotilde con voz temblorosa termina con un "y no tengo más nada que añadir", mientras un silencio pesado se cierne a su alrededor.

Ramón Illán Bacca
Santa Marta (Colombia). Cuentista, novelista, periodista. Es autor de las siguientes colecciones de cuentos: *Marihuana para Göering* (1981), *Tres para una mesa* (1991), *Señora Tentación* (1994), y *El espía inglés* (2001). Es autor también de las novelas: *Debora Kruel* (1990), *Maracas en la ópera* (1996), *Disfrázate como quieras* (2002), *La mujer del defenestrado* (2008), y *La mujer barbuda* (2011). En el campo de la investigación historiográfica de la literatura es autor de los libros *Crónicas casi históricas* (1990), *Escribir en Barranquilla* (1998), *25 cuentos barranquilleros* (2000), *Revista Voces 1917 – 1920* (2003) y *Había una vez en Barranquilla* (2013).

Trasplante de cabeza

Antonio Mora Vélez

Mi nombre es Carlos Lince y soy un ciudadano común y corriente de este país. Trabajo en un colegio de secundaria como docente de mandarín, idioma que aprendí de niño en Shanghái durante los años que estuvo mi padre en esa ciudad haciendo parte del cuerpo diplomático de Colombia en la República Oriental China. Vivo en una ciudad intermedia de clima templado y bastantes parques y avenidas arborizadas, fiel copia de las recientemente construidas en los Estados Unidos del Este para descongestionar las antiguas metrópolis. Estoy casado con una mujer menudita de cabellos rubios que me ha parido tres hijos: una hembrita y dos varones que ya están en la universidad. Resido en un barrio de forma circular que tiene como eje un gran centro comercial en donde se encuentran todas las oficinas, tiendas y servicios. Voy a mi lugar de trabajo todos los días en mi automóvil marca Lada.

En mi misma calle reside mi amigo Juan Cruz, también casado y con hijos pero mecánico de profesión; Juan —a diferencia mía— va todos los días a su taller en una motocicleta de alto cilindraje con la que despierta a todo el mundo por las mañanas con su ruido. Su esposa no es rubia sino morena y tiene el mejor cuerpo de la vecindad; trabaja como cajera en una tienda de víveres. La misma que mi señora y yo visitamos casi todos los días para comprar jamón de pavo, lonjas de queso dietético y un pan francés con ajo, para la cena.

La historia de este cuento comenzó cuando supe que tenía un cáncer de riñón con varias metástasis y que ya nada se podía hacer distinto de prolongarme la vida unos años más. "Que sean cinco, doctor —le dije al urólogo—, para poner en orden todos mis asuntos de familia". Y así me propuse hacerlo con la ayuda y comprensión de mi esposa. Primero redacté el testamento de los bienes muebles y de los bonos y acciones, y traspasé la propiedad de los inmuebles, que no eran muchos, a mis hijos. Después me dediqué a hacer lo que antes había aplazado por mis ocupaciones o mis achaques de salud, como por ejemplo: comer todo lo que me había sido prohibido por los médicos, ir al teatro de conciertos con la familia, jugar ajedrez con los dos varones, ir al campo nudista con mi esposa y visitar a los amigos, en especial a Juan, a quien poco visitaba aunque lo saludaba todos los días cuando salíamos para el trabajo y lo veía salir disparado como alma que lleva el diablo con su Yamaha de alta potencia.

—Un día de estos te vas a matar con esa moto —le gritaba a ratos para censurarle su velocidad por las calles.

No sobra decirles que surgió entonces entre ellos, los Cruz, y nosotros, los Lince, una comunicación permanente de calle de por medio y una gran ayuda de puerta a puerta, que me hizo sobrellevar la tortura de saber que en contados años

o tal vez meses, entregaría mi cuerpo a la madre tierra y mi alma al gran espíritu universal que según el cerebro conservado de Stephen Hawking, habita en el mega universo que nos envuelve, el cual filtra a través del Big Bang la energía sutil que después se transforma en las partículas de nuestro mundo y dan origen a las galaxias y planetas que conocemos.

Pero ocurrió algo inesperado pero previsible. Un día, que resultó ser el día menos pensado, Juan Cruz, aficionado a la velocidad, murió estrellado contra un árbol de una de las avenidas circulares exteriores. Su moto tropezó con un pequeño obstáculo de la vía y él salió disparado en dirección al tronco grueso de la ceiba que se encontraba al fondo de la curva. Eso dijeron los periodistas que tuvieron acceso al filme grabado por una de las cámaras de velocidad del sector.

Afirman quienes los vieron —yo no me atreví a hacerlo—, que su cabeza quedó destrozada y que en cambio su cuerpo quedó intacto sin rasguño alguno, tirado contra el piso con los brazos y piernas abiertos.

Aquí debo contarles que los urólogos del Hospital Oncológico me habían dicho que existía la probabilidad de prolongar mi vida y de acabar con el cáncer si encontraba quien me donara un cuerpo sano, proceso éste que tenía el visto bueno de la ciencia y de las autoridades pero que enfrentaba la resistencia de los familiares de donante y donatario. Y por eso exclamé: ¡Eureka! al saber que el cuerpo de mi amigo había quedado sano, porque era un cuerpo de apenas cuarenta años y el mejor conservado del barrio no solo por obra y gracia del trabajo de Juan como mecánico automotriz sino porque era un aficionado a la gimnasia y a las pesas.

Como lo deben suponer, antes de que lo pudiesen cremar, puse en conocimiento de sus deudos mi aspiración de contar con ese cuerpo por el resto de mis días para así sacar el cáncer de mi pensamiento y de mi vida, y vivir más años dedicados a mi hogar y mi trabajo y ver progresar a mis hijos y crecer a mis nietos. A Sara –la viuda- no le pareció descabellada la idea. "Si se lo hubieras propuesto en vida con seguridad lo habría aceptado, enamorado como estaba de su físico", me dijo. "Además, lo que menos le servía era la cabeza, tan loco como era", agregó. Pero a mi esposa no le gustó tanto. "Oye ¿no has pensado que si eso ocurre yo tendría que acostarme en adelante con tu cara y tu cerebro pero con el resto de Juan? ¿Que Sara podría alegar derecho de uso sobre el órgano de su marido muerto?" ¿Y que sus hijos querrán verte todos los días en el gimnasio para sentir que tienen todavía a su padre vivo?

— ¡Mierda!... la verdad no había pensado en todo eso... pero es el precio que hay que pagar por la vida —le respondí.

Y así fue. Se hizo el trasplante del cuerpo de mi amigo a mi cabeza o de mi cabeza al cuerpo del amigo —como quieran— (cirugía complicada pero que fue bien realizada por los cirujanos con la nueva tecnología quirúrgica y la utilización del polietilenglicol (PEG) para pegar las dos secciones de la médula espinal, que era lo más difícil) y se procedió a la cremación de mi cuerpo invadido por el cáncer y de la cabeza muerta de Juan. Una ceremonia que presentó el dilema de definir dos cosas: Primero: si Juan moría no obstante quedar vivo su cuerpo o si el muerto era yo por haber sido cremado el mío. Lo que se resolvió de manera obvia al dejar constancia de que una parte de los dos moría y que la otra parte quedaba con vida pero que para efectos de la ley el fallecido era Juan Cruz porque ya no podía pensar más y yo sí. Y segundo: definir ¿qué primaba, si la identidad

de las huellas dactilares supérstites, que seguían siendo las de Juan, o el pensamiento del nuevo ser que continuaba siendo el mío? Asunto que también se resolvió con el cambio de huellas en mis documentos, previa constancia de la cirugía de trasplante y demás pruebas conducentes aportadas por el Hospital y por nuestras familias.

Pero el conflicto ideológico mayor fue el teológico. Si el alma está unida al cuerpo en vida y sale de éste con la muerte ¿Cuál alma salió y cuál se quedó en el nuevo ser? ¿Salió solo una parte del alma de Juan —la de la cabeza— y la otra se quedó en su cuerpo ahora mío, y también, en mi caso, salió una parte de mi alma al cremar mi cuerpo y la otra quedó en mi cabeza? ¿O lo que es lo mismo, coexistían en mi nuevo ser dos almas diferentes? El debate se abrió y en él, durante varios días, participaron por las redes sociales los más eminentes teólogos del mundo, algunos partidarios de la tesis del alma múltiple según cada parte del cuerpo humano, que fue considerada una burda tergiversación de la tesis aristotélica; y los otros, radicales defensores de la unidad del alma humana, quienes afirmaban que el alma reside en algún lugar de la corteza del cerebro aún no descubierto y que su origen se remonta a los cromosomas que nuestros antepasados del cielo dejaron sembrados en nuestra memoria genética. "El alma que te acompaña es la tuya, la de Juan se fue con su cabeza", me decía mi mujer para quitarme esa duda de mi pensamiento.

Para no alargarles el relato les cuento que esta gran discusión solo fue cancelada cuando el nonagenario Papa Francisco, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, apareció ante miles de fieles congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano, y ante el asombro de ortodoxos y cristianos y en especial de los llamados obispos masones, caracterizados defensores de las viejas tradiciones amenazadas, exclamó: "¡El alma no existe!" y le explicó a los azorados y atónitos espectadores de todo el mundo, las razones teológicas, filosóficas y científicas de semejante afirmación.

Pero, la verdad, nada de lo anterior fue problema. Como no lo fue el posible rechazo biológico de mi nuevo cuerpo a mi cabeza o viceversa, los cuales se entendieron muy bien desde el principio. Los problemas vinieron después, como paso a relatarles, y espero que no se escandalicen con las situaciones que les voy a narrar. Antes, no está demás decirles que estaba orgulloso de mi nuevo cuerpo. En comparación con el famélico que fue consumido por el cáncer y por el fuego, ahora podía presumir de tener unos bíceps de miedo, unos hombros como los del titán Atlas, un abdomen musculoso y plano y unas manos que parecían de piedra, capaces de tumbar con un solo golpe al más pintado de los bravucones de la comuna. A mis hijos también les gustaba verme haciendo cincuenta lagartijas, levantando ochenta kilogramos de peso y trotando cinco kilómetros todas las mañanas. "¡Estás hecho un toro!, papi", me decía mi hija.

Pero a mi esposa no le hizo mucha gracia sentir que no era mi viejo físico de setenta kilogramos sino otro de cien el que se subía sobre ella con la, desde luego, loable intención de cumplir con eso que los juristas llaman "el débito conyugal". Y sentir que, como decían los antiguos narradores de las fantasías orientales, no eran catorce sino veinte centímetros de mi anatomía los que entraban en su integridad desnuda. "Siento que estoy haciendo el amor con una aplanadora" me dijo una vez. Y no dejaba de quejarse por el maltrato que padecía en cada uno de nuestros encuentros íntimos y de pedirme que fuéramos a un consejero matrimonial para ventilar el asunto.

En honor a la verdad, a Sara tampoco le hacía mucha gracia saber que el cuerpo que ella tanto disfrutó en la cama estaba ahora en la casa de enfrente y al servicio de otra mujer que no parecía tener la resistencia suficiente para gozarlo a plenitud. Y en más de una ocasión, siempre en reuniones sociales, aprovechaba el momento del saludo para acariciar el pecho y los brazos que antes fueron suyos y hasta juntar su pelvis a alguna de mis piernas en una actitud abiertamente provocadora que no pasó desapercibida, sobre todo en mi mujer, quien me celaba con ella y por esa razón no le quitaba los ojos de encima.

Al principio no le di mayor importancia al asunto porque pensaba que era yo —mi cabeza, mi pensamiento— y no el cuerpo de Juan, quien tenía la sartén por el mango. Sara no dejaba de espiarme por la ventana cuando salía en pantaloneta a hacer mis ejercicios sobre el césped de la entrada y a caminar por el hermoso bulevar circundante. Y en más de una ocasión salió con su trusa bien ceñida al cuerpo para acompañarme pero en verdad para que le viera sus atractivos resaltados por la prenda. No les miento si les digo que, aparte de contemplarle sus admirables senos y su excitante trasero, lo que siempre hacía cuando tenía mi anterior cuerpo, no sentí en esos momentos nada distinto, acostumbrado como estaba a ver cuerpos de mujeres hermosas en el lago con olas del campo nudista.

Empecé a sentir que las cosas no iban a seguir igual. Un par de años después. La noche del baile de grado de una de las hijas del difunto Juan, Sara me sacó a bailar un bolero interpretado por la centenaria Orquesta Aragón y apretó su cuerpo sobre el mío como seguramente lo hacía siempre que bailaba con su marido cuya memoria por fortuna descansa en paz. Y yo, vale decir el cuerpo de Juan, identificó el roce, el olor, el ritmo, las vibraciones del cuerpo de Sara, que conocía muy bien, y el miembro de Juan empezó a responder al llamado de la querencia y a pedir pista, y mi esposa, presa de la ira, se levantó de su silla y salió con dirección a nosotros para pedirme que bailara con ella y dejáramos el espectáculo erótico y penoso que estábamos exhibiendo. Pero antes de que eso ocurriera, Sara alcanzó a decirme: "Te espero mañana domingo en la noche en mi casa… mis hijos se van para una excursión y quedo sola". Y se retiró sonriente y sin protestar mientras mi mujer se aferraba a mi cuerpo como tabla de salvación y yo sentía que no era ella la que bailaba conmigo sino la gitana de Cien años de soledad que José Arcadio poseyó en una carpa, porque en ese instante del baile sus huesos empezaron a sonar como "el crujido desordenado de un fichero de dominó".

Aunque lo pensé mucho, la verdad sea dicha, no pude resistir esa invitación de Sara. Algo más allá de mi mente me decía que debía ir, y al día siguiente como a las 8 de la noche, no sin antes echar mano de toda la astucia posible para despistar a mi esposa, me fui en autobús para el centro recreacional pero con la intención de regresar a la casa de Sara por otra de las rutas circulares. "Voy a jugar bolos con mis amigos", creo que le dije.

Para no alargarles la historia les cuento que en la vieja alcoba en la que durmió mi cuerpo por muchos años, estuve dos horas dedicado al disfrute mixto más antiguo del mundo y con la mujer mejor dotada de encantos de todo el vecindario. Y que mi mente disfrutó el cuerpo de esa mujer como nunca antes había disfrutado cuerpo de mujer alguna.

Finalizada la faena, que alcanzó hasta el segundo orgasmo, le dije a Sara que me marchaba y ella simplemente me respondió pero dirigiéndose al

tronco y a mis extremidades: "No has cambiado nada, parece que fue ayer la última vez que nos acostamos pero con tu cabeza anterior", frase que acompañó con una caricia de mi bajo vientre. Luego de contemplar esa escena -que seguí con una sonrisa- me despedí con un beso que mi boca —para serle sincero— no sintió tan placentero como el resto de mi cuerpo sintió de placentero el de ella.

Eran como las diez y veinte cuando salí de la casa de Sara por la puerta del patio, di un rodeo y llegué a la mía como si viniera de la esquina de la parada transversal de los buses.

Al entrar encontré a mi esposa sentada en la antesala, esperándome, pero no con un bate ni con una pistola sino con una maleta al parecer llena de ropa. Y con cara de pocos amigos.

—Ya sé de dónde vienes y mejor te regresas con tu ropa al mismo lugar- me dijo con la voz distorsionada por el resentimiento.

Al principio intenté negarlo —lo que hacen todos los maridos infieles— pero mi esposa había constatado que no estaba con mis amigos ni jugando bolos sino en la casa de enfrente con Sara, jugando a otra cosa, todo lo cual me lo explicó con el lujo de detalles de un investigador privado. Y opté por justificarme.

—Mi amor, debes entender que este cuerpo que yo tengo ahora lo disfrutó ella durante sus muchos años de matrimonio y que ambos cuerpos recuerdan lo bien que pasaron juntos. Como tú lo dijiste acertadamente, Sara está reclamando el derecho al uso de su viejo pene. Mi cabeza nada tiene que ver…

— ¿Ah sí? ¿Y no dicen que el cerebro lo maneja todo?

—Pues sí, mi amor, pero pasa que en este caso, por obra y gracia de esa memoria que tienen los órganos y tejidos del ser vivo, mi cuerpo no me obedece y está empecinado en volver a transitar por los caminos y honduras del cuerpo de Sara. ¿Qué quieres que haga?

—Mírate en el espejo —replicó Sara, mientras comenzaba a llorar y me miraba como si contemplara a otra persona.

Me giré y observé mi rostro en el espejo de la sala.

Vi claramente la amplia sonrisa y su mirada de picardía.

Era Juan, sin duda.

Era un típico gesto de Juan, reproducido por mis labios y por mis ojos.

Antonio Mora Vélez
Barranquilla, 1942. Reside en Montería. Poeta, cuentista, novelista y ensayista. Es considerado uno de los precursores y un clásico de la ciencia-ficción en Colombia. Es autor de los siguientes libros de cuento: *Glitza* (1979); *El juicio de los dioses* (1982); *Lorna es una mujer* (1986); *Helados cibernéticos* (2011); *La gordita del Tropicana* (2012); *La duda de un ángel* (2013); *Atlán y Erva* (2014); *Lina es el nombre del azar* (2014); y *Balada del encuentro más allá del silencio* (2017); de los poemarios *Los caminantes del cielo* (1999); *El fuego de los dioses* (2001); y *Los jinetes del recuerdo* (2015); de las novelas *Los nuevos iniciados* (2008, 2014); *A la hora de las golondrinas* (2011); *Viaje al Universo vecino* (2016); y *En la otra orilla del río* (2018); entre otros libros. Tiene inéditas una novela, un poemario y una compilación de textos periodísticos.

Somos los mismos de siempre

Ramón Molinares

Me entristece abandonar San Toto, mi pueblo natal, sin casarme con Rosario Guzmán; si lo hiciera, Felipe Antonio Rueda la mataría de tres balazos a la salida de la iglesia.

Mi larga, mi larguísima vida, que me ha llevado a comprobar que las tragedias humanas se repiten, me ofrece ahora una oportunidad tan inesperada como asombrosa: la de torcerle el cuello al destino de una mujer nacida para morir en su vestido de novia. Ser causante y testigo de un feminicidio, estar presente en la escena del crimen, es una posibilidad que me asusta.

He vuelto a San Toto después de vivir más de cien años en ciudades y pueblos de los cinco continentes, lugares de donde me veía obligado a huir cuando los vecinos comenzaban a notar que no me desgastan los años. Tengo ciento treinta cumplidos, pero solo aparento veinticinco, edad en que detuvieron mi proceso de envejecimiento mediante la clonación de mis tejidos. Puedo morir de un disparo o una puñalada, pero no de muerte natural. Somos doce los que les compramos la inmortalidad a unos judíos de Varsovia, doctorados en biología molecular en universidades rusas y francesas.

Contactado e instruido por dos polacos contrabandistas, que también son judíos y están entre los inmortales que conozco, comencé a los veinte años a enviar cargamentos de cocaína a Polonia desde el puerto marítimo de Barranquilla. Entonces el narcotráfico no era tan perseguido como ahora, y comenzaba a emplearse esta droga en Europa como sedante en cirugías, gracias a los experimentos que hizo con ella el doctor Sigmund Freud.

Los polacos amasaron, como yo, una gran fortuna, y agradecidos por mis servicios me incluyeron entre los doce que recibimos el beneficio de la casi completa inmortalidad. Al principio los biólogos se opusieron a concederme el privilegio de vivir no sé hasta cuándo, por no ser judío, pero más pudieron la enorme suma de dinero que aporté y la gratitud que creen deberme los beneficiarios de mis envíos a Polonia, con los que he mantenido, además, una amistad entrañable. Me gustaría casarme con una judía, que fuera también parcialmente inmortal, pero creo que, por motivos religiosos que no entiendo, los biólogos no han querido hasta ahora inmortalizar mujeres.

Tanto he vivido que me jacto de haber visto en París, Buenos Aires, Alejandría y algunas ciudades de China, numerosas representaciones de Edipo Rey, Fedra, La Vida es Sueño y muchos otros clásicos del teatro universal. Recuerdo que una noche, en Londres, Richard Burton detuvo la re-

presentación de El Rey Lear, que protagonizaba, porque Winston Churchill recitaba los parlamentos de la obra antes de que los dijeran los actores.

La muerte de Sara Bernhardt, registrada con dolor en la prensa francesa, y la de Burton, no menos lamentada, me hicieron pensar en su momento en el grueso número de actores que en las grandes y pequeñas ciudades del planeta han representado los clásicos de la antigüedad, y en los que los representarán en los milenios por venir. Los actores, envejecidos, salen primero de la escena de ficción, y después los saca la muerte a empujones de este vasto escenario que es el mundo, del que nadie se quiere ir.

Como los actores de teatro, todos los hombres y mujeres que dan término a la función que les tocó representar en vida son reemplazados por otros seres humanos, que no saben que vienen a interpretar papeles miles de veces ya representados. El parricidio que Sófocles llevó por primera vez a escena había sido ejecutado en la realidad mucho antes de que los griegos inventaran el teatro, y seguirán ejecutándolo otros hijos rencorosos por los siglos de los siglos. El que mata a su hermano, dice Borges, es otra vez Caín que sigue matando a Abel; lo ocurrido una vez en cualquier lugar entre los hombres no dejará de repetirse jamás en el porvenir. Con frecuencia, como por desgracia lo estoy viviendo en estos días con Rosario Guzmán, los hechos se repiten incluso con las mismas caras y los mismos nombres de los que los protagonizaron en el pasado.

En los archivos judiciales de diferentes países he descubierto con asombro, gracias a Internet, retratos de asesinos con facciones idénticas, que nos dan la impresión de ser el mismo, aun cuando hayan vivido en diferentes épocas.

La ejecución de los mismos hechos en las mismas circunstancias y por las mismas razones, pudo haber forjado en los hindúes la idea de la reencarnación, una forma de "el eterno retorno de todas las cosas" que ahora me atormenta, dispuesto como estoy a evitar que se repita, que se lleve a escena aquí, en San Toto, el mismo crimen cometido en México hace ya más de medio siglo.

La reencarnación postula que los de ayer son los mismos de hoy, los mismos de siempre: ¿Cuántas veces no hemos creído ver una persona, ya fallecida, caminando entre la gente de la acera opuesta a la nuestra, subiéndose en un bus o un tren, sin darnos tiempo para reconocerla, para asegurarnos de que era la que conocimos en vida? ¿Qué anciano no se ha quedado mirando con asombro a esa pecosa, de pelo rubio y lacio, que le hace pensar que es la misma que conoció en una fiesta estando él en los veinte y ella en los dieciocho? ¿No es otra vez el difunto Pedro Juan, nos preguntamos sorprendidos, ese calvo cincuentón que, sentado en un rincón del bar, moja el bigote con la cerveza que bebe? - ¡Qué hubo, Julio, tanto tiempo sin verte! -No me llamo Julio, señor.

_ La vi paseando en los Campos Elíseos del brazo de un hombre distinguido.- No puede ser, ella murió el año pasado.

En realidad, ambos tienen razón en este caso, lo que no saben, lo que no pueden saber por no haber vivido tanto como yo, es que ella, la que ahora pasea en París, es una réplica exacta de la finada, que tampoco sabe que está repitiendo una vida nacida y desarrollada en otra parte. Hago esta afirmación sin titubeos, primero porque personas que conocí hace ochenta o noventa años, ya fallecidas, las he vuelto a ver en distintos lugares del mundo llorando de felicidad o de tristeza con gestos que me son familiares; y después por

las circunstancias un tanto azarosas que ahora me desvelan.

Procedente de New York, desembarqué en Barranquilla, me hospedé en el Hotel El Prado y tres días después me dirigí a San Toto en un bus que sólo tardó en llegar poco menos de una hora. Recuerdo que hace cien años veníamos del pueblo a Barranquilla montados en burros, mulas y caballos para vender maíz verde, bollos de yuca y otros productos agrícolas.

Me sorprendió gratamente ver pavimentadas las calles de San Toto, sombreadas por mangos frondosos, pero no tardé en echar de menos ese silencio tranquilizador, que al imaginarlas en el extranjero me sobrecogían de nostalgia; ahora es ensordecedor el ruido de motocicletas y autobuses. Pensé regresar a Barranquilla ese mismo día, creyendo que no habría hoteles en el pueblo, pero encontré uno que me pareció digno de mis hábitos de andariego soltero y adinerado. De a pie, a paso lento, busqué la plaza de la iglesia y allí, ya bien orientado, tomé la dirección que me llevaría al hogar que fue de mis mayores.

Una enorme casa de esquina, en cuya puerta había un hombre de unos ochenta años sentado en una mecedora de mimbre, me hizo pensar que era la de la familia Meola, de modo que la de mis padres debía ser la que, situada a mitad de la cuadra que acababa de recorrer, tenía un cartelito en la ventana que decía: se vende; no la reconocí al pasar por el frente de ella porque ya no tenía techo de paja sino láminas de asbesto, y porque no estaba separada de las vecinas por cercas de palos amarrados con bejucos sino por altas paredes de ladrillos.

Saludé con familiaridad al señor, en quien, al levantar la cara para preguntarme si buscaba a alguien en el vecindario, reconocí unos rasgos sin duda heredados de Genaro Meola, un italiano que se quedó a vivir en San Toto, tuvo allí una familia numerosa, como todas las de entonces, y murió hace más de ciento diez años, estando yo en los quince o diecisiete.

Me hice amigo de este señor, Pedro Meola Pizarro, y comencé a visitarlo después de comprarle la casa que fue de mis padres a una joven pareja que se fue a vivir a Barranquilla.

Días después de comprarla y amueblarla, unos vecinos me invitaron a una fiesta para celebrar sus veinticinco años de casados. En las primeras horas de un sábado en la tarde los invitados fuimos recibidos en el patio, a la sombra de dos mangos de tupido follaje.

Altiva, imponente, la mujer con quien ahora estoy a punto de compartir una desgracia, llegó al patio enfiestado en compañía de sus padres, saludó con alegre sonrisa, apretones de mano y palabras agradables a los que fue encontrando a su paso, y luego se detuvo indecisa frente a mí, "foráneo" y solo en una mesa. Mucho menos que su exuberante belleza me sorprendió ver en ella la copia exacta de una mexicana que conocí en Pénjamo hace muchos años, llamada Rosario Guzmán, con la que mantuve una intensa relación sentimental que duró poco tiempo porque entonces solo permanecía cinco o seis meses en las ciudades que visitaba.

Supongo que saludé a la recién llegada con ojos amorosos porque pude haber tenido la sensación de estar de nuevo en presencia de la Rosario de México, quizás sobrellevado por una vieja costumbre que acababa de despertarse en mí.

Como ésta, la que veía ahora en la fiesta de mis vecinos tiene las cejas arqueadas, la nariz fileña y el pelo negro y lacio desplegándose sobre la blancura de sus hombros desnudos. Quedé estupefacto cuando un vecino de mesa me dijo su nombre: Rosario Guzmán, lo que me llevó a apurar una copa tras otra para sobreponerme a la increíble coincidencia.

Bailé con ella cuando ya anochecía con el permiso y la complacencia de los padres, que no gustaban de su pretendiente, como supe después, lo que explicaba que hubiese llegado sin parejo a la fiesta.

Al tenerla en mis brazos, lo que más me sedujo e inquietó al mismo tiempo fue percibir en su cuerpo el mismo olor de mujer de veinte años, "de primavera cuando florece", que se desprendía de la piel de la Rosario de Pénjamo, inconfundible para uno de mi edad, de numeroso lecho, además.

En mi cama de solitario, de soltero empedernido, embriagado como estaba, me dije una y otra vez antes de conciliar el sueño: no es que se me parezca a la Rosario de México, es que es la misma…es la misma… es una reencarnación; aquí y en cualquiera otra parte del mundo somos siempre las mismas criaturas atadas a nuestro destino.

Al día siguiente fui invitado a su casa y desde entonces no he dejado de cenar con ella. No sé si he sido capaz de ocultar el asombro que me sobrecoge cuando, algunas noches, ya no con sonrisa contenida, como lo hacía en las primeras visitas, sino riendo a carcajadas que alumbran la belleza de sus ojos negros, me habla de objetos y de episodios de su vida con las mismas palabras que le escuché a la Rosario de Pénjamo: todavía conservo este osito de peluche que me puso el Niño Dios en una fiesta de Navidad; este misal me lo regalaron el día de mi primera comunión; en esta foto estoy en mi vestido de quinceañera con la pulsera que me obsequió papá. Después de estas revelaciones no me sorprendió que hubiera enfermado de hepatitis y varicela a la misma edad en que la Rosario mexicana padeció estos males.

Las vidas se repiten. Lo que vimos una vez en una obra de teatro lo seguiremos viendo en la vida real de lo porvenir. Las celestinas, los Romeo, las Julieta, los Don Juan, no dejan de repetirse. Al contrario de lo que parece, es la realidad la que siempre está buscando la manera de imitar el arte: ahí va don Quijote, le dicen al envalentonado que pasa en un caballo flaco.

En Madrid, después de permanecer casi un lustro en ciudades de China, supe de la horrible muerte de la Rosario de Pénjamo. La noticia apareció en la primera plana del diario El país, como imagino fue registrada en los periódicos de México y en los de todo el mundo debido a lo insólito de la causa y a la manera y el lugar en que fue ejecutado el crimen. Felipe Antonio Rueda, nunca olvidaré su nombre ni sus ojos saltones, desorbitados en el retrato que ilustraba la noticia, había jurado, según el cronista, que si Rosario Guzmán no era de él, uno de sus muchos pretendientes, no sería de nadie. Borracho, enfermo de celos, con la melena revuelta, pregonaba su infame decisión desde cuando supo que Rosario había decidido casarse con un rico recién llegado a Pénjamo que acababa de montar una fábrica de hielo. Con tres balazos le dio muerte a la novia que, vestida de blanco, salía de la iglesia.

No seré el primero en dejar convertida en objeto de burla una mujer de pueblo; incontables son las que se han quedado vestidas de novia, esperando al caballero que, sin dar explicaciones, como lo haré yo, desaparece un día antes de la

boda. Ya tenemos los anillos de matrimonio, la modista le hizo los últimos ajustes al vestido de Rosario, cuya familia, loca de contento, les ha extendido invitaciones a familiares y amigos, para lo que llaman en San Toto la boda del año. Devastador es el dolor que me causa y le causará sin duda a Rosario, tan altanera ella, la decisión que me veo obligado a tomar. Para que los totinos hablen más de mi extraña desaparición que de la frustración de la novia, he ido esta mañana a la notaria y he puesto a nombre de Rosario Guzmán mi casa paterna y otra que compré cerca de la plaza de la iglesia, en donde monté una fábrica de helados que desde hace un mes me está produciendo jugosas ganancias.

Inocente como suele ser el destino al redondear o evitar una desgracia, el señor Pedro Meola, sentado a la puerta de su casa en su mecedora de mimbre, me dice mientras conversamos: usted y Rosario hacen una pareja muy bonita, me alegra mucho que se vayan a casar; con el matrimonio el tal Felipe Rueda dejará de andar por ahí pregonando amenazas. Al oír este nombre pensé, no pude no pensar con inquietud en el hombre que le dio muerte a la mexicana Rosario a la salida de la iglesia.

Sabía que Rosario, la de aquí, de San Toto, tenía un pretendiente del que no gustaban sus padres, pero nunca hablamos de él ni me interesé en conocerlo.

-Cómo es él, le pregunté al señor Meola, quien, en su inocencia, riéndose con burla, respondió: es un joven que tiene una ferretería en la calle El Barrizal.

De la inquietud me sentí pasar al estupor cuando el señor Meola agregó: ese tipo está loco, anda barbón y con el pelo alborotao, cuentan que cuando se emborracha, lo que ahora hace todas las noches, le oyen decir a gritos que si Rosario Guzmán no es de él no será de nadie.

En la ferretería, al ver otra vez los ojos desorbitados que había visto en el retrato de aquel Felipe Antonio Rueda publicado en El país de Madrid, me sentí sobrecogido por un estremecimiento de terror. Como si me hubiera estado esperando, fijó los ojos en mí, brillantes y saltones en medio de su pelambre negra, y su mirada me llevó a pensar que lo poseía la irrevocable decisión de cometer el crimen, que ya experimentaba la sensación de haberlo cometido.

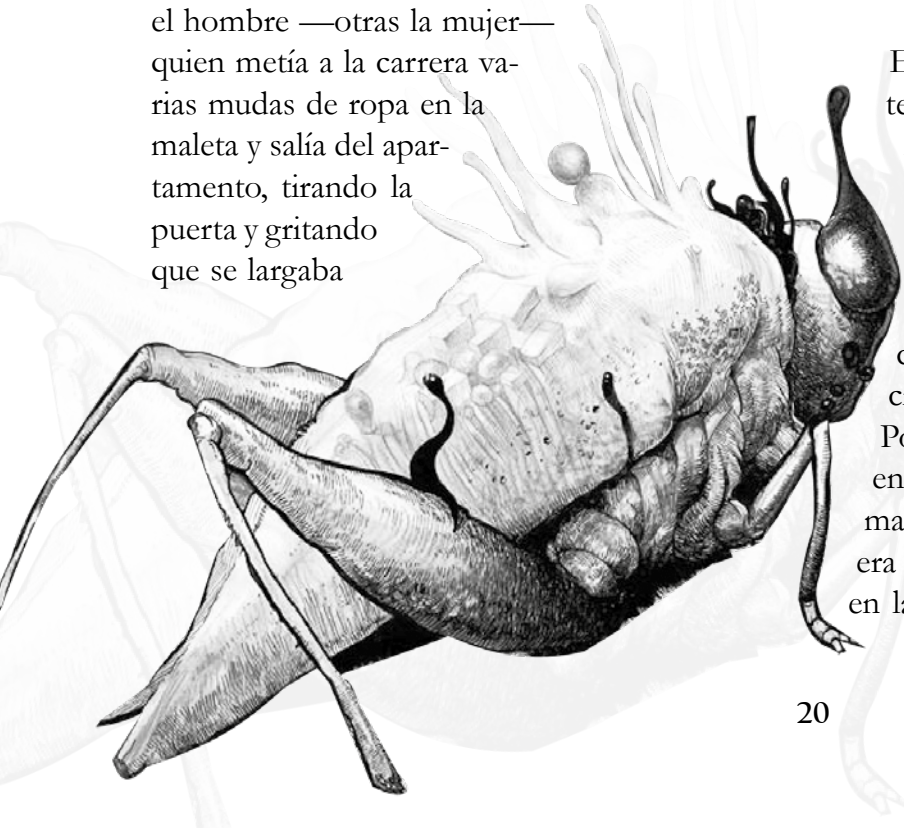
La oportuna e inocente información del señor Meola me ha salvado de protagonizar una nueva representación de "Una novia vestida de blanco asesinada a la salida de la iglesia". Nadie podrá saber en San Toto la causa de mi desaparición. Seguiré errando por el mundo hasta cuando los sabios judíos decidan inmortalizar mujeres. Entonces me casaré con una de ellas y continuaré mi errancia, pero acompañado, no solo, como ahora. Mientras tanto disfruto con la convicción de haberle roto las simetrías a una de las trágicas formas del destino.

R*amón Molinares Sarmiento*
Santo Tomás, Atlántico, 1943. Cuentista y novelista. Realizó estudios de especialización en literatura francesa en las universidades de Lille y Montpellier. Es autor de las novelas *El saxofón del cautivo, Un hombre destinado a mentir y Exiliados en Lille*, esta última traducida al inglés por Antares Editorial y presentada en Toronto (Canadá), en desarrollo del Festival de la Palabra y de la Imagen. Las tres novelas fueron recientemente reeditadas en Colombia por Collage Editores. Sus cuentos *Chartier y Carne de varón tierno*, fueron premiados en el concurso Noventa años de *El Espectador*.

Tras el antifaz hay un aroma

Guillermo Tedio

Sus relaciones con Susana caían inevitablemente al piso. Era un final sin el alboroto de las recriminaciones gritadas y quizás por eso mismo doloroso, porque un escándalo de maldiciones y golpes como el zafarrancho que a diario vivían sus vecinos de piso —el gordo Cepeda y su mujer—, quebrándose platos en la cabeza, arañándose la cara y mandándose al infierno, daba la posibilidad de enmascarar con el ruido los remordimientos y esa molesta y doble percepción de sentirse agresor y agredido, pero en cambio, aquel naufragio silencioso —la cobarde fuga de sus caras— hacía más duro el porrazo de la caída. Unas veces era el hombre —otras la mujer— quien metía a la carrera varias mudas de ropa en la maleta y salía del apartamento, tirando la puerta y gritando que se largaba para siempre jamás. Y al día siguiente ya estaba el muchacho del Jardín Americano trayendo el proverbial ramo de gladiolos con una tarjeta en la que el gordo arrepentido pedía perdón y declaraba por enésima vez su amor eterno, o de parte de ella, un cocinero de restaurante chino, portando una enorme bandeja de tres carnes con verduras. Para los Cepeda, las peleas eran parte de su erotismo y las gozaban tanto como las reconciliaciones con mariachis o tríos, canastas de flores o comida china. Él y Susana, en cambio, sabían de la catástrofe por la evasión de la mirada y el rictus de despiadado fracaso que ensombrecía sus bocas.



En ciertos momentos, él había iniciado las tentativas de un regreso al principio feliz, utilizando de intermediaria a la niña cuando proponía ir juntos a las playas de Salgar o a un cine que exhibía la historia de algún héroe infantil. Después, un negocio urgente siempre pedía su presencia, todo para no cederle terreno a Susana, mientras la niña recibía las heridas del silencioso fuego cruzado. Por momentos creía que la rutina de una vida en común por más de cinco años con la misma mujer, a pesar de la carita dulce de Feliza, era un lento y masoquista suicidio que rayaba en la necedad. Y sin embargo, a veces pensaba

que el barco podía salvarse, así que respirando el suave olor a lirios de la piel de Susana, avanzaba la mano para iniciar una caricia, pero nunca llegaba a tocarla porque sabía que al primer contacto seguramente se hubiera replegado como si la rozara la pata húmeda y repulsiva de una alimaña. Su mano se quedaba crispada y suspendida en el aire y su boca colgaba inútil en el simulacro de un beso y luego la careta del cigarrillo y el humo y durante el día el narcótico del trabajo en la oficina, con los clientes exigiéndole resultados en sus demandas. Y en medio de la rutina y las piernas cerradas de Susana, el viaje a casas de cita con mujeres desesperadas que lo dejaban exhausto y con la conciencia remordida como cualquier perfecto cristiano, cuando en las charlas con Cepeda y otros abogados, pregonaba siempre un ateísmo escandaloso.

Aquella tarde de martes de carnaval, última jornada de Momo, se tiró a la calle, al borbollón sin ataduras que siempre había detestado hasta el extremo de alejarse otras veces a playas solitarias mientras Barranquilla vivía su borrachera de mundo al revés. Se metió a fondo en el laberinto de la música que no dejaba oportunidad para la quietud, entre máscaras y capuchones de colorines y viudas que lloraban sobre un Joselito cachondo, muerto en su ley de gozón. Ni siquiera anunció su salida, apenas una caricia en la mejilla de Feliza, quien se había negado a probar alimento, entendiendo a sus cinco años que la hoguera estaba ardiendo. Bajó al tumulto del Barrio Abajo y sintió que agonizaba en esa búsqueda de vida y, por supuesto, el Carnaval no le cerró las puertas, abrió su vagina promiscua y lo atrapó entre sus pliegues de libertad y contacto.

Deambuló por sitios nunca visitados, por calles marginales de otros mundos, bebiendo el ron blanco de carretero que le ofrecían en todas las esquinas, fuera del alcance de los amigos, sin los prejuicios de la odiosa perorata de los conocidos. Quería simplemente perderse en la multitud, en una aspiración contradictoria y sin esperanza a estar consigo mismo en mitad de la fiesta colectiva. Apartó los últimos remilgos de la náusea y se hundió, dueño del ritmo y del estruendo, entre la masa pulposa y prisionera de su propio movimiento.

En cierto momento se vio bailando en un salón inmenso, absorbido por el oleaje sudoroso de la barahúnda de congos, toros, diablos, muertes, pero no estaba solo: tenía entre sus manos una espalda cuyos omoplatos se plegaban a la cadencia del piano de Ricardo Ray. No había ocasión para detenerse, la ronda del baile exigía seguir, siempre seguir sobre el timbre metálico de las trompetas y el estallido de los timbales, como lo hacía el hombre disfrazado de marimonda que bailaba cerca de ellos con una mujer vestida de mono cuco, entregados ambos a la música en un arrebato catártico, haciendo pases eléctricos con la voz del Bobby diciendo agúzate, que te están velando, que este individuo no sabe en qué se metió.

Definitivamente estaba borracho. De encontrarse sobrio, se hubiera acordado del instante en que la invitó a bailar o ella a él, no lo sabía. Estaba allí, con aquel cuerpo entre sus brazos, el relámpago de la cintura batiendo prometedora su pelvis. Se atraían: ella la piedra imán y él la escoria. La mujer se apretaba a su piel, sin la menor intención de evitar el roce. Él palpaba sus hombros en un recorrido pausado que dejaba sin riendas, en su sangre, al animal hambriento que el licor había despertado. Ella ocultaba la cara con un antifaz de peluche negro y un velo tenue bajo el que se insinuaba la boca roja mientras el cuerpo duro, incrustado en el suyo sin brechas de respiro, se movía tras la tela elástica del disfraz de manchas

negras sobre fondo amarillo, ay que no que no, así no me quedo yo. Buscaba una identidad tras el antifaz. Encontraba unos ojos que lo miraban con un extraño rescoldo de malicia. Hubo una tregua en la música y retiró el rostro del cuello de la gata. Contaba Cepeda la historia del hombre enmascarado que salía a su conquista amorosa de carnaval y bailaba toda la noche con una mujer también disfrazada hasta que al amanecer, cuando se quitaban los antifaces en el cuarto de la casa de citas a donde habían llegado para el acto final, el tipo se encontraba con su propia madre. Una trompeta remeció el aire y trajo el arrebato de la negra Amparo, lanzando al gentío nuevamente al turbión de la marea. Borró de un manotazo el recuerdo de Susana y giró otra vez con el cálido oleaje de caderas golpeando sus ingles, sacando de su sangre un placer desamarrado que le quitaba de pronto de encima muchas noches de desencuentros.

A intervalos regresaba el remezón interior, el tope seco que le devolvía, como en una carambola, la realidad de su vida fracasada. Ahí estaba la torpe historia repetida: la autocompasión y el lloriqueo interior por no haber logrado las metas que ni siquiera tenía definidas porque en realidad nunca había sabido para dónde iba. Siempre dando palos de ciego, como ocurrió con la pintura —antes del Derecho— en que agarrado a la perorata en desuso de la trascendencia, buscó sin encontrar la línea ni el color ni el sentido. Una noche quemó las telas y tiró a la basura los pinceles y los óleos. Incapaz de definir sus objetivos, por pereza y falta de voluntad, se hizo abogado. Después vinieron las excusas verdes de la zorra ante las uvas, el empecinamiento en hallar un culpable fuera de sí, y en esa actitud irresponsable, siempre era Susana la que llevaba del bulto, como en aquel momento en que giraba en el gentío con la gata, aunque no había nada serio en su comunicación con el cuerpo vibrante que se volcaba deliciosamente al suyo. Siempre evitaba ponerle el rostro a la realidad. En lugar de prestarle atención, con todos los sentidos, a la mujer que tenía entre sus brazos, se lanzaba en el saco sin fondo de una metafísica trasnochada y hedionda a patetismo. Era una trampa en que caían sus instintos primarios, una forma de evasión, de imaginar que podía ponerse derecho cuando era un jorobado de mierda, un cobarde cómodo frente a la exacta concreción de Susana, quien seguramente seguía allá, aferrada a la carita salvadora de Feliza, padeciendo su rutina nocturna de desvelo mientras él braceaba prisionero del ritmo y el montón. Se convencía de que aquella fuga de animal perseguido no era, de ninguna manera, la forma de encontrarle fin a su laberinto, pero cuando había buscado una solución cuerda, se le cerraban todas las puertas. Muchas noches de insomnio había deseado la comunicación, pero la oportunidad de una caricia o una palabra de rescate que propiciara el reencuentro no se producía. Los Cepeda, pesos pesados del comer y el gozar, peleaban y al rato ya estaban dándose besos, mirándose con impudicia y pidiendo permiso para largarse a follar. Burdos y vulgares, eran mejores que ellos. Su mundo elemental no tenía cloacas metafísicas. En cambio, ellos vivían juntos pero no revueltos. Por las noches, en la oscuridad de la habitación, presentía a Susana con una mordaza, sumida en un silencio sin grietas, compacto, que clausuraba el diálogo. Percibía apenas sus ojos iluminando como brasas la densidad de la alcoba, y a veces escuchaba un sollozo que se cortaba de pronto. Después, en el día, el sabor amargo de la vida inútil y sin salida en medio de la monotonía cotidiana de las oficinas judiciales y las rabietas de Feliza descuartizando la última muñeca.

Un suspiro profundo de la mujer lo sacó de la meditación absurda en medio del ritmo de las tim-

bas y tambores y la venida de Richie como bestia tocando un tumbao. Miró de nuevo el fondo del antifaz. Los ojos se rieron descarados en su malicia. Se vio envilecido por la ingenuidad y el ridículo. Pensó que la pueril borrachera le había hecho víctima de aquella grotesca encerrona. Contaba también Cepeda de travestidos que aprovechan el artificio del carnaval para salir a cazar incautos, o solteronas decrépitas que usan el antifaz y el capuchón para soltar sus ganas reprimidas en el anonimato del tumulto. La masa que giraba a su alrededor quizás no estaba ensimismada en su propia danza sino vigilante de las evoluciones que él daba con aquel cuerpo que abrazaba con rabia y con gusto. El asunto parecía resuelto. Ya podía explicarse la ironía que se insinuaba tras el peluche y el velo. El hombre vestido de marimonda a la usanza antigua —el pantalón y la camisa puestos al revés y las manos enfundadas en guantes rotosos— y su acompañante envuelta en los colorines satinados del mono cuco se le acercaron confianzudos y le dieron a beber su ron barato a pico de botella. Luego sonaron sus pitos burlones de culo pedorrero y señalando a la gata que se movía entre sus brazos, ejecutaron con las manos y la pelvis un movimiento de cogida obscena.

Pensó que la tonta borrachera lo había hecho víctima de aquella trampa grotesca. Escudriñó las pupilas de la tigresa y se encontró con un fulgor taimado e intermitente en el relampagueo de los párpados. El calor que venía de la piel oculta lo dejaba sin defensas. Sentía sus piernas y rodillas cruzándose con las de su pareja en un juego rítmico que lo mantenía pegado a ella. No había engaño posible: ni solterona ni sujeto del otro equipo. Era un cuerpo de mujer joven el que llenaba sus brazos. No le quedaba duda sobre la sensual feminidad cuando palpaba la quiebra de la cintura, el turgente comienzo de la cadera batidora, los senos presionando contra su pecho los pezones calientes mientras el muslo lleno y decisivo se incrustaba entre los suyos. No, definitivamente con él no iba una de aquellas historias de travestidos engañando a un pobre hombre borracho de ron cerrero y soledad.

Para él seguía siendo un misterio el momento en que la invitó a bailar. Tal vez había sido ella misma la que al verlo abandonado y sin destino en medio de la risa, tan poca cosa fuera de sitio en el bullicio, lo había cogido de la mano y metido en el ritmo del sonido bestial. Debía estar envejeciendo cuando unos tragos de licor le dejaban tan pronto aquellas lagunas en la memoria.

Le habló al oído, casi gritando para imponer su voz sobre la música excedida en su volumen y rozó con su boca la piel del cuello húmedo en una búsqueda de sensibilidad erógena. No recuerda lo que le dijo, que bailaba muy bien o cualquier cosa. De la cara sin rostro brotó simplemente una risa entre dientes que se burlaba, por lo menos eso creía él. De nuevo lo golpeó la preocupación de estar siendo víctima de una mascarada. Se reía de él el insolente cacorro o la atrevida solterona. Gozaba con él atrapado allí en el epicentro del tumulto. Se lanzó a fondo para averiguar de una vez por todas el tamaño de su ridículo. Más allá seguían bailando el hombre de marimonda y la mujer de mono cuco, ambos gordinflones y felices, bebiendo su repugnante ron a pico de frasco, sonando sus pitos y haciendo en dirección a ellos sus gestos procaces de follar hasta el fondo.

Con un tono que le sonó apremiante, preguntó a la tigresa cómo se llamaba, dónde vivía, si era casada o soltera, el lugar común de las frases amorosas iniciales. No había señal de respuesta, apenas la repetición de la risa subterránea y el rumor de una boca quizás envejecida al otro lado del velo y el antifaz. Sospechó una especie

de contradicción entre la sorna de la risa y la insinuación que proponían las piernas al acercarse más, mostrando una aquiescencia en el paso lento que pedía el acordeón de Emilianito, en el titubeo de pies, en la natural entrega de la pelvis y las caderas. Y ahí estaba precisamente lo extraño: no había palabras, solo risa y regalo del cuerpo. Decidió jugarse el todo por el todo, batirse a fondo. Apretó la cintura con un movimiento violento hasta casi hacerle daño y entonces la tigresa se contrajo retirándose un poco con un gesto de pechos lastimados. Del antifaz le llegó una voz sensual y consentidora en el tono, casi un quejido. La invitó con un ruego a salir del baile, le habló con vehemencia y afán, soltando al animal que iba creciendo bajo su piel. Le propuso ir a un sitio donde pudieran estar solos. Sintió que debía llegar con ella a la intimidad sin mentiras de la piel desnuda. La mujer volvió a responder con el acercamiento. Él sintió coraje y al mismo tiempo desconsuelo por la rutina mierdosa de su vida.

No iba a retroceder. Tenía que llegar hasta el final de la indagación. Agarró la mano de la mujer y la encontró condescendiente y cálida. Frenó el baile y comenzó a avanzar por entre el montón que se aferraba impenetrable a la voz de Poncho interpretando a Alejo: Me han dicho que el chupaflor coge el aroma en el aire y mientras hendía la muchedumbre, buscaba argumentos con los que intentaba explicar su comportamiento y yo he cogido un amor lo más sencillo en un baile. Manoteaba contra capuchas y cuerpos que protestaban ante sus empujones apremiantes. No determinó los ojos de nadie ni respondió a los insultos con que lo zarandeaban. Entre Susana y él no se había producido un escándalo, ni siquiera un leve reproche en voz baja. La mujer lo seguía sumisa, casi arrastrada por su mano cuyas uñas se le clavaban hasta herirla. Quizás allí, en aquel mutismo sostenido que envolvía sus relaciones, estaba la razón de la trampa que los separaba. La masa se resistía a soltarlos, les hacía creer por momentos que los dejaba libres para volver a tragárselos con una inspiración airada. Sintió el sonido de un pito en su oído derecho. La maldita marimonda, moviendo sus grandes orejas de cartón, le obstruía el camino. Sin podérselo evitar, lo cogió por los hombros, lo remeció con fuerza y luego, balanceando su brazo derecho y su mano enguantada en un acto de meter y sacar, señaló a la tigresa y le gritó en la cara con su aliento etílico: ¡Duro con ella, Roberto, dale lo que quiere! Empujó al hombre contra la multitud que se contrajo en un flujo y reflujo de protestas. El disfrazado se rió estruendosamente y gritó una vulgaridad. Él siguió avanzando. A veces se armaba con el sincero propósito de discutir con Susana, bajo la mayor objetividad, los detalles nocivos que habían venido acumulándose hasta formar aquella invisible pared de resentimiento, pero una extraña y filosa pereza lo enmudecía. La multitud se volvía un tejido apretado en el que braceaba buscando un espacio libre. Quizás Susana también intentaba el diálogo y se topaba con un tarugo de miedos y dificultades que frenaban sus palabras. El montón mostró un atajo por donde escapar y él se lanzó con hambre hacia la puerta.

Aún no soltaba a la mujer, continuaba aferrado a su mano, ejerciendo una presión compulsiva a la que ella se abandonaba. Caminaron un trecho por el andén, los ojos fijos en la extensión de la calle, inquiriendo con impaciencia un auto libre. Evadió los sitios donde podía toparse con la indiscreción de caras conocidas. Le pidió al chofer del destartalado Chevrolet que los llevara a un lugar cercano, no importaba que fuera barato, y el hombre asintió comprensivo, dibujando una sonrisa maliciosa que remarcó con un guiño. Bajó el vidrio de la ventanilla y la brisa sacudió un poco el humo de la borrachera, mostrándole cuán extravagante era

la situación que vivía, metido en un carro, rumbo a una casa de citas de mala muerte, con una mujer desconocida, misteriosa, disfrazada de gata, que permanecía compuesta en el asiento, casi rígida, mirando hacia adelante, las manos inmóviles sobre los muslos llenos y compactos. Se mantenía tenso a su lado, sin tocarla. En el espejo retrovisor, la cara del conductor persistía en juguetear con su gesto taimado. En un momento la mujer volteó la cabeza y lo miró con fijeza, como hubiera querido que algunas veces lo mirara Susana. Acentuadas por el peluche del antifaz, percibió las pupilas grandes y negras, las largas pestañas arqueadas. Decidió pasar el brazo por su espalda para estrecharla. Tocó la redondez del hombro y entonces ella se inclinó, levantó el velo y rozó su mejilla con los labios. Sintió una oleada de alegría, de gozo inundando sus huesos como un perro que ha atravesado solitario un arenal y se encuentra de pronto con la mano del amo ofreciéndole agua fresca. Palpó la violenta erección que le dolía entre las ingles.

El auto se internó por vericuetos sin pavimento donde se acumulaban mujeres de alquiler y congos y diablos borrachos con la cara cubierta de harina, en medio del descuartizamiento de trapo de muchos Joselitos ya sin dolientes. Finalmente, el chofer detuvo el carro con un frenazo malintencionado. Le pagó y escuchó que, siempre sonriendo con malicia, le susurraba algo así como cuidado con las uñas de la gata, patrón. Se trataba de un cuchitril desvencijado, de paredes retocadas infinidad de veces con mala pintura, descascaradas por acción del salitre y la intemperie. No sabía en realidad dónde se encontraba, pero allí estaba, dispuesto a darle desahogos a su fruición con aquella mujer extraña. Entraron y se vieron en un saloncito recibidor dispuesto con un horrible armatoste que hacía de mostrador. Los atendió una mujer abotagada y de ojos diminutos que parecían no perder el menor detalle. Pagó, dio el nombre apócrifo de Alejandro Obregón, que la empleada anotó en un libro pringoso mientras le preguntaba, maldita bruja, con el sarcasmo bailando en su boca, sobre los cóndores y las barracudas, y él le dijo que Botero estaba necesitando una modelo. Corrida, la mujer le entregó la llave, indicándole el número de la habitación. Subieron por una empinada y estrecha escalera de madera que tronaba bajo sus zapatos. Llegaron al segundo piso, a un pasillo también estrecho, con varias puertas laterales. Bajo la sucia luz de un bombillo, buscó la pieza asignada, ya exasperado por el enrarecido ambiente.

El aposento no era tan pequeño ni tan ruinoso como lo había imaginado. Un viejo reloj de pared marcaba las doce y cuarto de la noche y pensó que el carnaval había terminado y pronto, en el cansancio de la madrugada del miércoles, comenzarían a pasar los pecadores arrepentidos en busca de la cruz de ceniza redentora sobre sus frentes. La cama aparecía cubierta por una sábana extrañamente limpia. Las paredes presentaban, aún en buen estado, un papel decorativo de pajaritas azules y exhibían un desnudo de almanaque en el que una rubia enseñaba al espectador los globos de sus senos inmensos. En el centro del techo, una lámpara circular de luz fluorescente. En uno de los rincones, una mesita con una jarra de plástico y un vaso sospechosamente opaco. Se miraron por un instante. Luego, ella se sentó en el borde de la cama y él se le acercó alterado por una ansiedad que apenas alcanzaba a reprimir. Le cogió el mentón, levantó el rostro, separó el velo de la boca y la besó hasta sentir que ella tamborileaba con la lengua sobre sus dientes. La mujer se separó, le sonrió, poniéndose de pie, y comenzó el ritual de quitarse la ropa. Lo hizo lentamente, con seguridad, sin rubores, como en un *strip-tease*, con los últimos estertores de la música del carnaval

colándose por las rendijas de la ventana. Él seguía sus ademanes mientras el deseo lo atormentaba. Primero un brazo, estirando la abertura del cuello. Luego el otro, dejando descubierto el busto sin brasier. Él estaba inmóvil, mirando cómo el cuerpo emergía de la trusa color tigre en una temblorosa desnudez de contornos que aceleraban sus pulsaciones. Se fijó en las diminutas pecas de sus senos. La cintura iba surgiendo conectada a las caderas y muslos en un lento descenso que aceleraba sus ganas de amor. El vientre mostró un montículo de vello cobrizo que la luz opalina volvía púrpura. Consciente de que él había aceptado el pacto silencioso de no quitarse el antifaz, se tendió sobre la sábana. Él se desnudó en silencio, sin dejar de contemplarla, mientras ella apartaba el velo de la boca y le sonreía.

Empezó a acariciarla con una ternura apremiante, casi violenta, mirándola a los ojos defendidos por el negro del peluche. Tocó sus senos con vehemencia hasta sentir el duro y fogoso enrojecimiento de sus pezones. En los largos besos, su lengua era una llama que volvía cenizas la soledad. Respiró el olor de sus axilas, muslos y vientre, y la fue poseyendo con morosidad, prolongando la identificación erógena hasta que su mente se sacudió aturdida por el orgasmo y ella se contrajo en largos gemidos de reconciliación, hundiéndole las uñas de gata en la espalda con una dulce crispación vengativa.

Cuando despertó, estaba solo y desnudo en el cuarto de aquel hotelucho de ocasión. Fue hasta la ventana y vio pasar las primeras beatas hacia misa, santiguándose ante los diablos borrachos que, tirados en el andén y blancos de harina, aún masticaban letanías obscenas. Carnaval y cuaresma, pensó. Regresó a la cama y sintió, untado a su piel, un leve toque de fragancia de lirios. Entonces, sin poderlo evitar, pensó que el gordo Cepeda y su mujer —con sus vulgares disfraces de marimonda y mono cuco— eran los mejores amigos del mundo.

Guillermo Tedio
Cuentista, ensayista y profesor de la Universidad del Atlántico (Colombia), en la Maestría de Literatura Hispanoamericana y del Caribe. Miembro del Grupo de Investigación Literaria del Caribe, GILKARÍ. Ha ganado varios concursos nacionales e internacionales de cuento. Magíster en Literatura Hispanoamericana, del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. Sus cuentos *Historia de un hombre pequeño, Ritual de las alas del gusano, El riesgo, Flores para la tía Sabina y No han visto el mar mis ojos*, aparecen publicados en distintas antologías de cuento. Relatos suyos han sido traducidos al francés, italiano, inglés y alemán. Ha publicado los libros: *La noche con ojos, También la oscuridad tiene su sombra, El amor brujo y Cuentos felinos* (colectivo).

Vuelta de Tigre

Heriberto Fiorillo

Cuando Marcos llegó a casa, lo primero que hizo fue liberarse del peso de la escopeta que dejó como de costumbre en la sala, junto al sillón de lectura. Por la ventana alcanzó a ver la tarde disolviéndose en el último morado del crepúsculo. Tampoco ese día habían podido atrapar al tigre. Lo habían rastreado por grupos y con perros desde la primera luz de la madrugada, habían revisado palmo a palmo los cultivos de los alrededores y abierto trocha hasta cansarse entre los matorrales donde creían se agazapaba.

Encontraron intactas las trampas que habían armado en el monte. Lo más cerca que estuvieron del animal fue cuando hallaron sus huellas frescas en los corrales de una finca donde había devorado cerdos y gallinas, pero perdieron todo trazo suyo a orillas del Jagüey en el que hallaron flotando, como único vestigio de su ferocidad, la solitaria cabeza de una vaca. Después no hicieron sino vagar en círculos que los llevaban al mismo Jagüey y los devolvían, a través de arbustos y cultivos, una y otra vez, al camino principal. Exhaustos de repetir aquel ritual sin frutos, decidieron regresar a casa.

Marcos caminó hasta el lugar de la cocina donde se encontraba Alicia, posó sobre su cuello un beso suave de hola querida y corrió a meterse un rato largo bajo la ducha. Hilillos de agua fría penetraron los poros de su cuero cabelludo y recorrieron las venas de su cuerpo erizado hasta los pies. Solo el aroma delicioso del pollo en canasta y la yuca al ajillo que Alicia había preparado lo sacaría del agua y lo llevaría de narices a su plato.

Durante la cena, Marcos tuvo un pequeño altercado con su mujer, que le criticaba su forma bárbara de despresar y comerse el pollo con las manos, punto de partida para una discusión en trenza sobre la etiqueta de comer bocachico guisado o chicharrones, un tema olvidado entre los chistes a la altura del café y del flan de mango y una animosidad que ellos terminarían por resolver entre abrazos y mordiscos de alcoba, mientras se turnaban el dominio del aquel juego recurrente que los puso a transitar divertidos de una a otra posición animal, evocadas por la mímica que cada urgencia proponía.

Al rato, Marcos dejó el hermoso y extenuado cuerpo de Alicia extendido con placidez sobre la cama, se cubrió con su bata de baño y bajó a la biblioteca para sentarse a leer sobre el tema que robaba su atención: el tigre. Quería conocerlo mejor, entrar en su siquis, saber de sus movimientos, fortalezas y puntos débiles. Un libro le confirmó que el de su territorio era más bien un jaguar, que

no tenía la piel cruzada por pincelazos como sus parientes asiáticos sino colmada de manchas redondas, como si centenares de otros tigres hubieran posado con cuidado sus pezuñas sobre ella.

En las notas de un cazador alemán, Marcos había aprendido acerca del parecido de los tigres con los tiburones y una enciclopedia inglesa le ilustró sobre la preferencia del felino por devorar animales dóciles, casi bondadosos, que equilibraban su instinto sanguinario y disminuían su ferocidad.

Marcos no supo cuándo se quedó dormido en la lectura ni cómo soltó el volumen que leía sobre el tapete, pero un momento después, horas quizás, fue despertado de súbito por un aliento de pantano, un resoplido tibio y húmedo de bestia ansiosa sobre su rostro. Empezó a abrir con lentitud los ojos y quedó paralizado. El tigre había entrado con sigilo y estaba ahí, de algún modo encima de él, husmeándolo, sin darle tiempo ni distancia para alcanzar el arma. Un momento que. para Marcos, fue una vida.

Escenas de su existencia pasaron raudas por su mente mientras él apenas podía detener el caudal de su propia orina. El tigre pareció medirlo, pulgada a pulgada, como si calculara cuánto debía abrir su bocaza para decapitarlo con precisión de un solo bostezo, pero en lugar de abalanzarse sobre él y destrozarlo, dio media vuelta sobre sus pasos hasta la puerta por donde había penetrado y emprendió su retirada sin mirar atrás.

Como pudo, Marcos se recuperó del susto, agarró la escopeta y corrió hasta la puerta. El tigre parecía trotar, avanzar con altivez hacia los maizales donde se perdería, mientras un nuevo murmullo de hombres discutiendo se acercaba en el viento desde el jagüey.

Acomodado en un paral de la ventana, Marcos apoyó la escopeta en su brazo izquierdo, llenó de valor sus pulmones y en su instante más cobarde disparó una, dos, tres veces sobre el tigre que cayó como suelen caer los enemigos nobles que te sorprenden con astucia pero que, al verte en desventaja, te perdonan la vida y se van.

Heriberto Fiorillo
Nacido en Barranquilla, vivió largo tiempo en Bogotá, Los Ángeles y Nueva York. Narrador múltiple. Reconocido director y productor de televisión, guionista y director de tres películas *(Ay, Carnaval; Aroma de muerte, Amores ilícitos)*. Cronista y columnista semanal. Crónicas y cuentos suyos han aparecido en antologías nacionales e internacionales. Con prólogo de Tomás Eloy Martínez publicó su libro de crónicas y entrevistas *Nada es mentira*. Autor también de *La Cueva, crónica del Grupo de Barranquilla; Arde Raúl*, la terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin; *La mejor vida que tuve, Cantar mi pena* y el libro de cuentos *El hombre que murió en el bar*. Dirige la Fundación La Cueva y el Carnaval Internacional de las Artes en Barranquilla.

Retornar a la antigua condición de sombra

José Luis Garcés

De repente murió: que es cuando un hombre llega entero, pronto de sus propias profundidades. Se pasó para el lado claro. La gente muere para probar que vivió. Pero ¿qué es el pormenor de ausencia? Las personas no mueren. Quedan encantadas…

Joao Guimarães Rosa

La habitación donde falleció el hombre hoy se halla vacía. Vacía de su cuerpo. Allí lo encontraron de cara al piso hace ciento ochenta días. La ventana que da a la calle ahora está medio cerrada. Parece una duda entreabierta. Al clóset le hace falta una puerta. La otra, marrón, tiene una rayadura de quince centímetros que deja ver la carne pálida de la madera. Hay una mesa con manchas que parecen de kerosén. La mesa está desnuda y ningún objeto tiene encima. Antes, muchos de los enseres del hombre estaban encima de ella. Ropa y papeles, algún plato de peltre y algunas migajas de pan duro. Aún, en una esquina de la mesa, como desafiando el equilibrio, permanecen, llenos de polvo, dos libros: *Magia posthuma* y *La rama dorada.*

La pared, en parte, está descascarada. La pintura verde se descuelga y deja ver una capa crema al fondo. Un clavo extrañamente brillante sostiene un cuadrito de un paisaje con árboles, pájaros y cerros, casi todo ocre. Me atrevo a decir que ese cuadro lo compró él una mañana de domingo, hace diez años, en la plaza de los robles y no le costó más de dos mil pesos. Hay una silla coja recostada al rincón sur de la habitación. Su silla, la que le soportó el enorme cuerpo, con el que ultrajaba a las mujeres. Una silla pintada de caoba, con el fondo abullonado hecho de un hule prieto y tenso. La puerta de entrada se ve brillante, con cerradura nueva y una estampita en la parte superior donde puede leerse: "al demonio no entres". Las letras están medio borradas, pero esa es la parte esencial del mensaje.

El foco que cuelga del techo está sucio, el foco que muy poco prendía, pues casi siempre prefería la penumbra y la bocanada de un calor que le mantenía enchumbada la camisa; pizquitas rapé le alteran el fondo. Algo de polvo cubre el vidrio frágil de la bombilla. ¿Señor, cuánto hace que

no encienden este foco? ¡Qué pregunta! La podría contestar él, pero él se fue al encantamiento, a la orilla que no tiene posibilidades de regreso. El piso es de madera. El piso contra el que chocó su rostro gordo, abotagado, repugnante para muchos. La madera está opaca, rayada, y en sus intersticios crece una irregular lámina de sucio. No es un piso nivelado. A la izquierda, en la esquina, se hunde un poco, y de la tabla surgen dos

El tiempo (detalle), Dibujo de Omar Alonso.

o tres virutas. Se nota que este piso ha sido usado con furia; pateado con furor. ¿Dónde andarán los zapatos que pisaron este piso? No hay forma de saberlo. Los de él, al menos, están en el rincón sur, y no son zapatos sino arrugadas y viejas botas con los cordones gruesos y sucios. No es descartable que decenas de cucarachas vivan en las hendiduras del piso. El techo está pintado de azul, y un veterano albañil puede decir que se encuentra en buen estado. Sólo una grieta cerca del fondo altera la tranquilidad de ese paisaje de altura. La grieta, en su centro, tiene una perforación que cualquiera puede tomar por un orificio de cigarrón o de bala calibre veintidós. En la esquina que da a la ventana, formando un triángulo, hay una vareta sólida, parece que de guayacán, en donde, asegura Mancini, su medio hermano, el hombre trató de ahorcarse en noviembre de 1990 cuando un médico, en diagnóstico que luego se supo equivocado, le dijo que se resignara a perder su condición de macho. Decirle eso a él era el absoluto desastre. Se equivocó de momento, pues los golpes desesperados del celador anunciando un incendio en el primer piso y la abertura súbita de la puerta, le dejaron inconcluso el plan macabro. La parca, sabia como casi siempre, había escogido para él una fecha muy distante. Y no colgando de una soga sino reventándose de bruces contra el piso. El techo no parece tener más de seis meses de haber sido pintado, pero algún desdén o descuido inclemente lo ataca.

Del hombre, Doroteo Mancini como se llamó en vida y se llama en muerte, se dice que en esta habitación vivió con decenas de mujeres en los últimos diez años. Seis o siete meses antes del final lo acompañó una mujer de rostro fino y bello pero mortalmente flaca. Así le gustaban, casi siempre, tal vez por contraste. A él, que era una masa enorme de carne gorda; a él que en un tiempo fue un tipo de músculos y abdomen magro, pero que al despilfarrar el abundante dinero que le dejó el abuelo al padre y el padre a él y a su hermano, parece que también desperdició el cuerpo. Y todo se convirtió en atrofia.

Él nunca conoció eso de quererse o de querer. No le interesaba que creciera ningún sentimien-

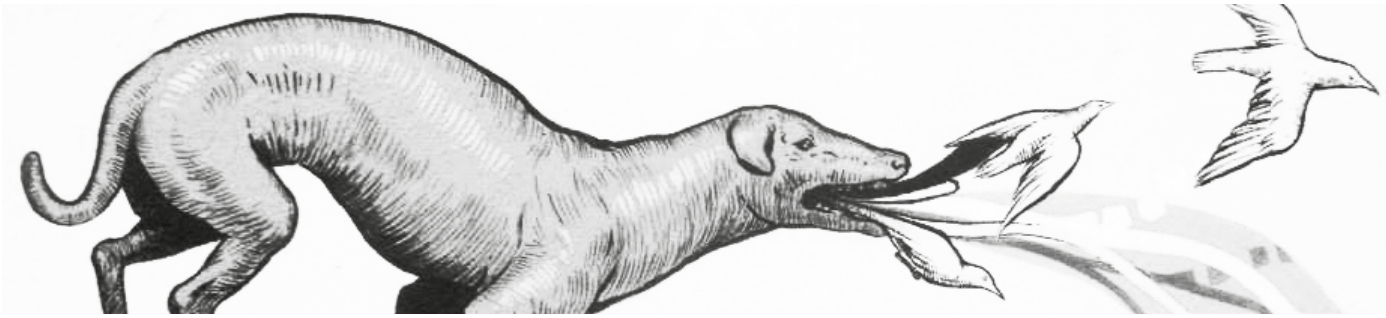
to. Lo que le importaba era consumir el lapso del deseo. Porque él lo había aprendido: había que darle rápido y con fiereza a lo que se desea, pues al poco tiempo se apaga lo que antes era fogata o entusiasmo encendido. Lo hastiaba la repetición, el hecho de que ya no hubiera nada qué descubrir, que todo se convirtiera en algo brutalmente monótono. Por eso se fue o hizo ir pronto a la mujer del rostro bello. Y ya no le alcanzaron las semanas para conseguir o mandar a traer otra.

Mancini, su hermano de padre, que no ha modificado casi nada en ese cuarto, ha tratado de vender o arrendar el inmueble. Ha puesto avisos en todos los periódicos y lo ha entregado a varias casas de finca raíz. Los posibles clientes van a verlo, formulan algunas preguntas y quedan de enviar la documentación para concretar el negocio. Nada. Este espacio, donde murió el hombre cuando cayó como un tronco que arranca la fortaleza espantosa del viento, se ha convertido en una estancia para el olvido. El vecino de la izquierda asegura que los lunes por la noche se escucha una voz repetitiva como si alguien estuviera jugando cartas consigo mismo. Claro que a ese sujeto de nariz aguileña, enjuto y de cejas pobladas, a quien le dicen el Vara de premio, no hay que creerle demasiado. Tiene fama de hablador, exagerador y mentiroso. Pero algo extraño hay. Entonces, ¿cómo interpretar las pisadas que en esta habitación se escucharon el día que vine con Mancini y trajimos la llave equivocada? ¿Cómo desocupar de fantasmas el espacio donde decenas de cuerpos de mujeres y su cuerpo alto, deforme y adiposo, intercambiaron miradas, agonías y rencores? No hay duda: algo en él, perteneciente a la otra orilla, quedó adherido al piso y las paredes. Quizá para poder rescatarse, el hombre desea retornar a su antigua condición de sombra.

José Luis Garcés González
Escritor, conferenciante, catedrático universitario. Director del periódico cultural El Túnel, de Montería, Colombia. Cuentos suyos han sido traducidos al francés, al alemán, al inglés y al eslovaco. El cuento *Retornar a la antigua condición de sombra* obtuvo el segundo premio en el Concurso Nacional convocado por la Embajada de Brasil en 2012 . Sus dos libros más recientes son: *Los trabajos del insomnio* (Cuentos reunidos) y la analecta erótica *Banquete sagrado.*

El Desagüe

José Luis Hereyra



El viento (detalle), dibujo Omar Alonso

El cachorro, de raza ya perdida entre mil cruces, estiró las orejas y ladró hacia el ruido. Algo como un rumor de cosa roída. Del fondo de la despensa cruzó la rata gris hacia la boca del antiguo desagüe y se introdujo con gran celeridad.

El cachorro siguió con su cuerpo el hueco dejado en el aire desplazado por el cuerpo de la rata gris y penetró en la obscuridad del tubo. Empezó a arrastrarse hacia el fondo del corredor estrecho de aquel cauce abandonado de aguas sucias y desperdicios endurecidos. Trató de avanzar con rapidez, pero su posición se lo impedía: el vientre rozaba cada vez con mayor presión sobre la arenilla fétida y su espinazo rayaba contra las salientes irregulares del tubo defectuoso.

Sintió el chillido provocador más adelante. Tenía que acabar de una vez por todas con esa sombra burlona de cola escamosa y flaca. El cachorro empujó con sus patas traseras. Sintió que el tubo se estrechaba más y que su cuerpo se comprimía en el seudo cilindro de cemento áspero.

Había que seguir. Era la oportunidad esperada. Muchas veces al día oía protestar a su amo:

— ¡Este perro del diablo no sirve para un carajo!

Del cuidado cotidiano de leche y pan había pasado al incomible arroz frío.

— ¡Si quieres carne, coge ratas que bastante que hay!

Si cogía una rata, volverían a tratarlo bien, de modo que la salvación estaba precisamente ahí, en la obscuridad, más adentro en el tubo estrecho.

Se echó hacia delante acuciado por el chillido burlón. El hocico contra las patas delanteras, pugnaba por más espacio. Trató de salir hacia atrás,

pero se sintió peor: el esfuerzo de las patas traseras, al impulsarse, disminuía el volumen total, su espacio vital. Mejor era seguir adelante, a lo que fuera.

Por su parte, los dos ojillos rojizos que huían tropezaron con un imprevisto: el desagüe inservible ya no seguía hasta el otro lado de la casa: había sido inutilizado.

La rata se devolvió solo para sentir un lamento canino angustiado y anhelante más próximo cada vez. El cachorro sentía sobre sus cansadas costillas una prensa infinita, la baba se le escurría sin control. Trató de coger una bocanada grande de aire con su jadeo desesperado, pero el vestido de cemento y arena se lo impidió. Su pellejo, en íntima comunión con las paredes del túnel, se humedecía aceleradamente con la sangre oscura que le brotaba de las peladuras.

Continuó su carrera demasiado lenta contra algo que él mismo no comprendía. El olor a humedad antigua se le iba por los ojillos dilatados. Ahora, sentía el chillido angustioso cerca de su nariz, demasiado cerca. La rata gris midió su posición indescifrable, ajedrecística: su pequeñez la hacía poderosa en la estrechez ambiental, pero la salida había cedido su lugar a una caverna de colmillos ansiosos. Sintió el aliento rabioso que la pretendía, la angustia común.

Entonces el cachorro trató de respirar por la boca y coger el soplo vital fugitivo, cuando algo demasiado grande para su garganta, blando y peludo, se incrustó con fuerza en el camino de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su cuerpo fue temblando, aprisionado, a dar contra algo que le restaba la ida. Su sentido del espacio resbaló en un extraño mar, oscuro y desconocido.

José Luis Hereyra
Poeta, narrador, traductor, periodista, nacido en Barranquilla, Colombia. Ha publicado los libros: *Memoria No Inicial*, 1985; *Esquina de Seis*, 1989; *Direcciones del Cielo*, 1996; *Kilimanjaro, Corazón Helado*, 2000; *Casa de Luz*, 2002, 2016; *Entre la sangre y el destino*, 2008. El cuento aquí publicado hace parte del volumen *El desagüe y otros textos*, que recoge crónicas, cuentos, ensayos, entrevistas y artículos sobre diversos temas; texto que fue ganador del Concurso Nacional de Cuento de *El Espectador*, 1971. Es también Premio Iberoamericano de Poesía, Colombia-Chile, 1985. Finalista Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1989. Finalista Premio Mundial de Poesía "Famous Poets Society", en Lengua Inglesa, Estados Unidos, Junio de 2000.

Traigo de todo

Miguel Falquez-Certain

Esa noche definitivamente tenía que verlo. Pablo sabía que era imprescindible que me lo presentara, que pudiera hablar con él para decirle todo lo que pensaba de su vida y de su música, de lo que había representado para mí durante estos últimos tres años de mi vida en Barranquilla. Sabía que había llegado ayer con Bobby, que el resto de la orquesta llegaría hoy directamente de Nueva York, que el Jardín Águila se había engalanado para recibirlos.

Esa mañana me había escapado de la facultad de medicina en Cartagena y me había venido en un expreso para asegurarme que llegaría a tiempo, de que no me lo perdería. Eran las tres de la tarde y, como si no fueran suficientes los carnavales que se avecinaban, ya habíamos comenzado a beber y fumar y tomar pastillas y a discutir a voz en cuello en mi cuarto, no importándonos que mi mamá estuviera en el segundo piso golpeando las baldosas con la sillita metálica de mi sobrina, pidiéndonos que nos calláramos, que por lo menos bajáramos la voz. Pero en vano. Uno tras otro venían los discos de boogaloo y jala jala y nos fajábamos a tirar pasos, a sudar a borbotones en el calor pegajoso de mi habitación en esa tarde de febrero.

A Nicky, Alejandro y Jimmy no les importaba que mañana fuera viernes ni que tuvieran clases a primera hora. La rumba que se aproximaba en el Águila no tenía precedentes y bien podían irse al diablo los jesuitas con sus admoniciones para asustar a los pendejos. En cuanto a Jimmy, pésimo alumno de un colegio público, los estudios le tenían sin cuidado. Por eso le pedimos a Carmela que nos trajera un termo con café humeante y sin azúcar para que nos proporcionara cierto equilibrio ante tantos Quaaludes, aguardientes y varetas que nos habíamos metido, sabiendo que la noche aún era virgen.

Alejandro tenía diecisiete años y estaba en quinto año en el San José. Era moreno, alto y flaco, con nariz ganchuda y unos ojos que siempre se le veían pequeños pero que disparaban chispas como si se estuviera mordiendo la situación que fuera y le sacara punta con cinismo, aunque sin pronunciar palabra alguna. No hablaba mucho pero, cuando lo hacía, era para definir los parámetros de su amistad conmigo, donde aceptaba que yo fuera homosexual sin compartirlo. Tenía un tío que, según él, era intelectual y homosexual y a quien alguna vez el gobierno le había condecorado con la Cruz de Boyacá. Decía que en su casa había una biblioteca con más de tres mil volúmenes y lo cierto fue que un día se había presentado con ¿Qué es la literatura? de Sartre porque yo se lo había pedido.

—Es mejor que nos apertrechemos—dijo. —Hay que ir a buscar vareta a casa de la niña Josefina en el Barrio Chino. ¿Tienen plata?

Yo estaba en segundo año de medicina en Cartagena y contaba con un poquito más de dinero que ellos porque me bandeaba dando funciones de magia en primeras comuniones, aunque en el momento no era mucha la que tuviera porque todavía faltaban como dos meses para la temporada de mayo. Les dije que tenía cien pesos que, en 1968, era algo más que suficiente.

—Eso no alcanza. Es mejor que compremos una onza y así nos rinde para todos.

—Pues vamos al centro y empeño mi anillo de grado. Lo más probable es que me den trescientos pesos porque es de puro oro de 18 quilates.

Jimmy dijo que él se las arreglaría por otro lado, pues debía encontrarse con su tío Iván para enrumbarse juntos en la caseta del Águila en lo de Richie. Tenía quince años, era bajito y bien hecho, con ojos almendrados, piel aceitunada y una sonrisa tan sincera que uno no podía negarle nada aunque lo que le pidiera fuera lo más descabellado de este mundo. Me había parecido muy bello en un tiempo, aunque nunca me había atrevido a caminarle ya que estudiábamos en el mismo colegio. Pero esa belleza salvaje que alguna vez me atrajo se había marchitado rápidamente pues era adicto a los barbitúricos. Casi siempre andaba con su tío Iván, quien sólo le llevaba dos años.

Nos despedimos de Jimmy en la terraza de mi casa, y Alejandro, Nicky y yo nos dispusimos a caminar hasta la 72 para agarrar un taxi. Sin embargo, una brisa fresca se enredó en los pinos de la puerta y nos golpeó en la cara, reconcentrando de un golpe toda la borrachera, traba y pastora que habíamos reprimido a punta de agua fría, amoníaco y el café tinto de Carmela. Más borrachos de lo que estábamos conscientes, caminamos tambaleándonos hasta alcanzar la esquina de la 49, siguiendo la caminata por el camellón de la 72, hablando a gritos, entusiasmados con la llegada inminente de la orquesta que tanta rumba había animado en nuestras vidas.

Pablo López Mendivil era el nuevo gerente de la Pepsi-Cola y le había conocido a su llegada de Venezuela cuando vino a asumir su cargo de administrador para toda la costa atlántica colombiana. Me lo había presentado Luciano Méndez Blanco, una loca encantadora que vivía enredada en toda la parafernalia de los abalorios, los maquillajes y la buena sociedad y quien afirmaba, con muchos aspavientos, que «López Mendivil era de lo más granado de la sociedad caraqueña». De todas formas, Pablo y yo nos hicimos buenos amigos aunque él fuera diez años mayor que yo, parrandeando incansablemente en sus apartamentos de Cartagena o Barranquilla, o recorriendo el trayecto que separaba a las dos ciudades en su descapotable rojo los fines de semana. Ahora se le había ocurrido la genial idea de traer por primera vez a Colombia a Richie Ray y Bobby Cruz para que se presentaran con su orquesta en los carnavales, promocionando de esta forma la Pepsi-Cola. Por consiguiente, como era de esperarse, esa noche todos estábamos invitados a una fiesta privada con los músicos en la caseta del Jardín Águila para dar comienzo a su estadía, la cual también incluiría presentaciones gratuitas en templetes al aire libre desperdigados por varios barrios de Barranquilla.

Cuando íbamos a la altura de la Heladería El Mediterráneo, en medio de la borrachera de pronto divisé a García Márquez sentado al frente, en el café del Hotel Alhambra, bebiendo cervezas con cuatro amigos.

Con mis diecinueve años acabados de cumplir y un poema publicado en el periódico local, sentía que estaba perdiendo el tiempo estudiando medi-

cina. Le reconocí de inmediato porque su nombre y foto aparecían por esos días en todos los periódicos del país a raíz del éxito editorial en el extranjero de la recientemente publicada *Cien años de soledad*, novela que todavía no se podía conseguir en las librerías colombianas. Sin embargo, había leído *El coronel no tiene quien le escriba, La mala hora, La hojarasca y La mama grande*. De modo que cuando todas las mañanas me montaba en el bus para ir a la facultad y veía que una mujercita hazañosa se las tiraba de ir leyendo el que tal vez era el único ejemplar de esa novela en todo el país, la envidia me carcomía por dentro. La portada de Sudamericana era reconocible en cualquier parte por las fotos que le habían dado la vuelta al mundo hispánico: un galeón abandonado en medio de la selva.

—Espérenme un momento—les dije a mis amigos, toreé un carro que venía en sentido contrario y corrí hasta la mesa del Alhambra y sin ninguna vergüenza le pedí un autógrafo. Al ver el grado de borrachera en que estaba, se sonrió y me preguntó si tenía un libro para firmarlo. Le dije que no y entonces me sugirió que pasara al día siguiente por la Librería Nacional con uno de sus libros, que con mucho gusto me lo firmaría. Le contesté que tenía que irme para Cartagena ese lunes y que no me sería posible asistir. De modo que agarré una de las servilletas de la mesa y le rogué que me la firmara. Se me quedó mirando un instante y soltó una carcajada:

—¿Y quién crees que soy? ¿María Félix?

Me reí con él y me despedí porque ya Alejandro y Nicky me llamaban impacientes.

Rumbo al Paseo Bolívar en busca de una casa de empeño, analizamos la estrategia del día. Con el dinero que nos dieran por el anillo iríamos adonde la niña Josefina, una casa de citas situada a tres cuadras de la Cafetería Almendra Tropical que hacía las veces de caleta para los jíbaros, nos tomaríamos un par de frías en el Vietnam, regresaríamos a cambiarnos y nos encontraríamos esa noche con todo el combo en la rumba de Richie Ray y Bobby Cruz en el Jardín Águila.

Ya en el Vietnam a eso de las seis, nos encontramos con el negro Chamorro, un personaje siniestro corruptor de menores que todos nos habíamos topado de una u otra forma a los catorce años. Era un gordo pequeño y vulgar que vivía en Panamá, aparecía y desaparecía sin ningún aviso y nadie sabía con certeza a qué se dedicaba, si al tráfico de menores o al de drogas. No pudimos evitarlo y se nos pegó sin agüeros en la mesa.

—Ajá, chino, ¿cómo es el maní?—dijo Chamorro. A todos los muchachos les decía chino.

—Nada, viejo man—le respondió Alejandro—, calentando motores para la gran noche.

—No le digas nada—le interrumpí. —Es privada.

—Calma, viejo Carlos—dijo Julio Chamorro. —Me voy de aguante. No quiero que me inviten.

—Vamos a lo de Richie, viejo Julio. Tronco de viaje—dijo Nicky.

—¿Tienen cosa?—dijo Chamorro.

—Vamos al baño, viejo Julio—dijo Alejandro—, que aquí no se sabe quién es tira.

Al rato nos llegó el olor de marihuana y me metí al baño paranoico diciéndoles que pararan porque uno nunca sabe. El negro Chamorro que sale del Vietnam y yo que pago la cuenta apresurado para largarnos al carajo.

En la calle Murillo, mientras terminaba de fumarme la chicharra con Nicky, oigo que Alejandro nos grita que vienen tiras. Como sólo tenía dos meses que fumaba y no sabía cómo deshacer-

me de ella, la tiré al piso y nos fuimos caminando más deprisa, pero ya era demasiado tarde. El policía encubierto nos vino al encuentro cuando vio la chispa que golpeaba el pavimento y se agachó a recogerla.

—¿Conque burros, ah?

No había nada qué hacer. Chamorro y Alejandro se habían esfumado. No teníamos nada encima porque la onza la llevaba Alejandro en los calzoncillos.

El policía quería que llamáramos a la casa y les pidiéramos dinero a nuestros padres, pero mientras trataba de convencernos de que lo hiciéramos, nos hizo caminar por toda la calle Murillo hasta el Permanente Sur donde nos reseñó en la portería con el secretario de turno.

Nos pusieron con otras treinta personas de la peor calaña en el patiecito del Permanente mientras decidían qué hacer con nosotros. Lo peor que podía suceder era la temida «remisión» a la Cárcel Municipal, que según Nicky, al parecer experto en este tipo de cosas, era lo que había que evitar a toda costa ya que era un camino sin regreso, con juez penal y pasada por el tétrico Patio Amarillo donde la virginidad de los adolescentes desaparecía como por encanto.

Nicky tenía dieciséis años, un cuerpo bien desarrollado aunque pequeño, unos ojos color de guarapo, una nariz aguileña y unos labios gruesos y sensuales como los de Sophia Loren. Nicky era el «malo» del barrio y aunque le tenía temor sentía por él una atracción irresistible. Nunca me había atrevido a decirle nada porque no sabía cómo iba a reaccionar.

Cuando comenzó a lloviznar en el patiecito de la Permanente, nos metieron en un cuartucho asqueroso con paredes sin empañotar y nos tuvimos que sentar en el piso de tierra. Fue allí cuando descubrí que tenía unos muslos perfectamente formados que querían escapársele de la tela apretada de sus bluyines azul celeste. Creo que mis miradas furtivas le dijeron lo que yo no me atreví a confesarle.

Cuando llegó Alejandro con el doctor Arredondo, un abogado de «ambiente» mayor que nosotros y compañero de algunas parrandas en La Ceiba, ya eran las siete y media de la noche. El doctor Arredondo sabía «dónde ponían las garzas» y nos sacó de ese antro sin ningún inconveniente.

La borrachera y la traba se fueron al diablo con el susto que habíamos pasado, de modo que nos alejamos de allí cuanto antes. El doctor Arredondo nos llevó en su carro y nos dejó en nuestras respectivas casas.

Y a las nueve de la noche me bajo del taxi y me encamino sin rodeos hacia la entrada del Jardín Águila donde diviso en la puerta al inconfundible Pablo López Mendivil con sus dos metros de estatura y luciendo una camisa hawaiana de espanto y brinco.

—Ajá, Pablo, ¿ya llegaron?

—La rumba está prendida pero nada que aparecen.

—Entonces llego a tiempo.

—Sí, sí, vale, pasa. Cónchale, creí que te había pasado algo.

—Un percance, pero ya está arreglado.

—En la mesa del fondo tienes tu puesto, junto a la tarima.

En eso se escucha una algarabía y la gente comienza a empujarse porque por ahí ya vienen Richie y Bobby con todas sus trompetas y la gen-

te los sigue delirantes, gritándoles «¿Qué hubo, Richie?», «Bacano, Bobby», «Bienvenidos», «Que viva el boogaloo, Richie», y ellos encantados de la vida van estrechando manos y abrazando a todo el mundo, abriéndose paso por entre la multitud hasta llegar a la puerta de El Águila, y Pablo me presenta a Richie, «Placer en conocerte», «Legal, cuadro», y Bobby viene de punta en blanco, sonriéndole a todo el mundo, y Richie con entero tornasolado y corbatín y zapatos negros puntiagudos y con sus cabellos ensortijados nos viene trayendo el ritmo, brother, hasta que por fin llegamos todos hasta el fondo y yo me siento en mi puesto, aunque no veo a Jimmy ni a Nicky ni a Iván ni a Alejandro por ningún lado, «se lo están perdiendo», pienso, y miro al fondo y no los encuentro, y ya se suben Richie y Bobby al escenario y se comienza a oír el lamento de trompetas que anuncia la entrada gloriosa de la voz de Bobby llena de matices que empieza a modular «Voy pa' Colombia», y el público se levanta enardecido, vitoreándoles, diciéndoles que son los mejores, que como ellos no hay otros, la verraquera, que son los reyes del jala jala, mi pana.

En medio de la estridencia de las trompetas se oyen dos disparos. Los sonidos de la orquesta desafinan, muriendo paulatinamente, y la voz de Bobby se detiene en seco. En el aire cargado de la caseta se oye un rumor contenido que se convierte en furia y de repente el público arremolinado comienza a desplazarse hacia las salidas. Cuando Pablo López Mendivil se sube a la tarima y comienza a dirigirse al público con su voz pausada tratando de calmar los ánimos, yo me encamino con pasos cada vez más veloces hacia la salida principal, llevado por un desasosiego que no logro definir, pidiendo excusas a medida que me abro paso, y desembocando finalmente por la puerta del Jardín Águila donde diviso a la policía enfrentada con un gentío que se desborda hasta la Avenida Olaya Herrera gritándoles improperios, preguntándoles por qué, que por qué tenían que haberlo hecho.

Cuando finalmente logro llegar hasta el centro del condumio comprendo que son Iván y Alejandro y Nicky los que están arrodillados hablándole a alguien que aún no logro ver, y cuando por fin caigo a su lado, empujado por la multitud que me arrincona, veo que es Jimmy, el quinceañero de la sonrisa eterna de piel aceitunada y naricilla encantadora, comprendo que es Jimmy, el mismísimo Jimmy el que está tirado en el suelo con un tremendo huraco en la mitad del pecho por donde le sale un río de sangre turbia, y que los párpados le tiemblan, que poco a poco se vuelven vidriosos sus ojos de color guarapo y que por las comisuras de los labios le va corriendo una saliva espesa y blanca e ininterrumpida que se mezcla con la tierra oscura. Le agarro las manos y se las siento tremendamente frías. Por último arroja por la boca un coágulo de sangre que nos pringa a todos, mientras observamos cómo se nos va yendo de a poquito, cómo el alma se le hace trizas en el instante mismo del adiós.

Miguel Falquez-Certain
Barranquilla (Colombia). Poeta, narrador, dramaturgo y traductor. Reside en Nueva York desde los años sesenta. Licenciado en literaturas hispánica y francesa por Hunter College en 1980. Cursó estudios de doctorado en literatura comparada en New York University (1981-1985). Es autor de *Reflejos de una máscara, Habitación en la palabra, Proemas en cámara ardiente, Doble corona, Usurpaciones y deicidios y Palimpsesto*s (poemarios); de *Bajo el adoquín, la playa*(noveleta); de seis obras de teatro: *La pasión, Moves Meet Metes Move: A Tragic Farce, Castillos de arena, Allá en el club hay un runrún*, *Una angustia se abre paso entre los huesos y Quemar las naves*, así como de cuentos y relatos. Book Press–New York publicó *Triacas* (compilación de su narrativa breve) y *Mañanayer* (compilación de su poesía) en 2010. Mañanayer obtuvo la única mención honorífica en The 2011 International Latino Book Awards en la categoría de mejor poemario en español o bilingüe.

El jardín de la cumbia

Julio Olaciregui

Azul celeste gratis, estoy viendo el mar, el paisaje de los indios taironas, los cactus candelabros de los cerros, entre el caliche y la tierra cobre, rojiverde de la bahía de Santa Marta… dejo de escribir para respirar.

Al terminar de bailar esa cumbia ella me arrojó contra la cama y me desnudó.

Las olas del mar de Taganga nos reconciliaron. María Belén Draque había dado conmigo, *te gusta ser aguja en el pajar,* dijo, me ubicó gracias a la invención del correo electrónico, ocho años después de las celebraciones y simposios por el Quinto Centenario. Me anunció que llegaba a Colombia.

La fui a buscar al aeropuerto de Barranquilla y fue allí donde me dijo: *llévame a Taganga.*

El demonio se vale de mí, qué arrepentido estoy de haberla dejado aquella noche en medio del Jardín de la danza, pensé con frecuencia durante estos años. Desde que la conocí en Sevilla, durante aquel simposio sobre la gobernación de Santa Marta, el recuerdo de María Belén jamás me había abandonado. Veía sus ojos aceituna, sus cabellos negros, su cuerpo de *bailaora*. Ahora se ha materializado y duerme con placidez la siesta aquí en el hotel de Taganga. Hace seis horas llegó de Madrid.

Me vengo al balcón. Aprovecho para escribir, contar lo que nos ocurrió en 1992 en Sevilla; será preferible hacerlo a la tercera persona e inventarnos pseudónimos.

El día había comenzado con un sol radiante. El profesor colombiano Andrés Zárate pasó esa mañana caminando muy despacio, feliz por no tener prisa alguna, bajo las palmeras de Plaza del Duque, rumbo al Archivo de Indias. Aún faltaba hora y media para su charla. Meses atrás, Zárate había descubierto unos folios con acuarelas y dibujos sobre las danzas de los indios de Pocabuy, de la costa norte de Nueva Granada, la actual Colombia.

Leyó ante el simposio las descripciones de la "protocumbia", como las llamó, redactadas por Fray Jair Solano en 1697:

"Vienen en fila las parejas avanzando despacio en procesión con mechones de candela ellas, en pasos hieráticos, y luego se abren en círculos, ritmados por los tambores y al

Lo importante son las alas (detalle), Dibujo de Omar Alonso.

son de las muchas quenas, flautas y chirimías. También soplan ocarinas y caracolas y frotan con un tridente en alambre de oro una calabaza estriada que llaman guacharaca. Agitan maracas y cilindros repletos de gruesas semillas que suenan chiqui chiqui chiqui cha. Las mujeres casi no levantan los pies; sólo menean las caderas y esquivan sonrientes los avances de los hombres.

Que son bogas, soldados, comerciantes, curas, todos parecen derretirse al bailar. Las mujeres sevillanas influyen en las indias, zambas y mulatas, que ahora visten a la andaluza, y airosas cual palmeras dejan ver sus cinturas desnudas, levantan los brazos en losange como cuando se baila flamenco. Al sonar el cumbé cumbé, así llaman a esta música embrujadora y a este baile, hasta los hombres de guerra dejan a un lado sus arcabuces, hachas y machetes para danzar.

Podemos agradecer al Sol, a la Luna, al hijo de Dionis, a las siete potencias celestiales, que nuestros abuelos nos hayan legado la posibilidad de disfrutar en esta tierra, el poder trabajar para bailar y vivir aquí en este Edén del baile, como llaman también al amor carnal las ancianas de Santa Marta".

Zárate fue muy aplaudido además porque hizo proyectar un documental sobre el último festival de la cumbia en el Banco, población a orillas del río Magdalena.

-- Esta es la cumbia moderna. Han pasado tres siglos desde lo que describe Fray Solano. Los cimarrones guineos y congos enriquecieron luego las coreografías—concluyó.

En la primera fila de la sala de conferencias una muchacha de cabellos negros y ojos aceituna lo había estado mirando con entusiasmo. Se levantó de un brinco y acudió a felicitarlo.

-- Muy interesante su charla. Me presento: soy Trinidad Hispalo, doctoranda, trabajo sobre la gobernación de Santa Marta.

Andrés Zárate se dijo: "algo magnético tiene la cumbia de los pocabuyes, la gente se emociona, siempre que bailo cumbia o hablo de ella me consigo una muchacha".

-- Déjame que te abrace, hombre, dijo Trinidad, abriendo los brazos y sin más aplastó sus senos contra él. Casi lo besó en la boca.

Bajo la creciente media luna, la profesora parecía dispuesta a tumbarse con él sobre la hierba, tras los setos, en el Jardín de la Danza, en mitad del Alcazar de Sevilla.

El ya se regodeaba pensando como iba a contar a sus amigos esa noche de amor, "La conquista de Sevilla por el pirata apodado Negro Adán", nos consta que era muy dicharachero. "Conquista de una sevillana, y lo que ocurrió después".

Trinidad parecía muy encantada con Zárate, quien era de rasgos negroides, pero de piel almendra.

-- Eres especial ¡ No pareces el típico colombiano ¡
-- ¿Quieres decir indio, zambo... o mulato? También somos a veces de caras pálidas.
-- No quería decir eso, hombre, pensé que eras cubano... o venezolano...
-- Somos casi lo mesmo...
-- ¿Me enseñarás a bailar cumbia ?
-- ¿Y aprenderé yo a danzar sevillanas contigo ?

Zárate y Trinidad comenzaron a pasear por el Jardín de la Danza. Allí en ese bello espacio del Alcázar habían instalado las mesas para el brindis de despedida del simposio. El generoso Rioja y los jamones los acercaron aún más. El estaba feliz, exaltado. En la Universidad de Santa Marta sus colegas se pondrían muy contentos cuando les contara todo lo que le ocurrió en Sevilla.

-- Amanda, José Manuel, dejénme contarles. La profesora Trinidad Hispalo, de cabellos negros, tez alabastrina y una luz algo irónica entre sus pestañas, invita a ser mirada no sólo en los ojos, sino en el comienzo de sus bellas tetas. Una prometedora media luna creciente brillaba en el firmamento sobre las palmeras, ficus y mirtos

-- Jardín de la danza, el nombre es chulo, sí, lo reconozco... y ahora más con el recuerdo de su charla, en esta noche tan propicia-- dijo ella.

-- Trinidad, debe usted venir a nuestra tierra, la invito... viajar a Santa Marta para investigar y darle color local a su tesis

-- Ya estuve, ya estuve.

-- No me diga... ¿y le gustó?

-- Santa Marta me encantó.. el clima es bueno, la catedral es preciosa... la bahía, los cerros... las joyas taironas, que preciosidad....

-- Es la tierra de mi madre...

-- Cuando uno investiga sobre Santa Marta descubre con qué tenacidad qué tanta, tanta gente abnegada luchó contra los indios y piratas conservando para España la tierra que sus abuelos habían conquistado...

-- Bueno, ya todo eso se perdió... ¡hasta el oro! Ahora estamos aquí felices, en Sevilla... reconciliaos...

-- ¿Has oído hablar de los indios pintados? Parece que eran muy belicosos, mezclados con los negros cimarrones

-- Nosotros somos descendientes de ellos, estamos emparentados ...

-- Eran los indios de Tenerife ¿cierto? Como detesté a Tenerife... ese pueblo a orillas del río Magdalena

-- ¿Y eso por qué, profesora ?

-- De no ser por la historia de Anita Lenoir y Bolívar, nadie recordaría a Tenerife...

-- Ese pueblo es antiguo...tuvo gran esplendor... fue fundado en la época de Gargantua!

-- Sí, allá vivió un cura famoso que fue santificado, San Luis Beltrán... pintor de retablos.

-- Hay uno célebre en el Museo de Bellas Artes de Barranquilla... "Flamenco de la cumbia soledeña"...

-- Dicen que la luz de la luna y las candelas de las espermas que llevan las bailarinas en ese retablo las pintó San Luis Beltrán con oro liquido, pero...

-- Ese oro fue raspado con los siglos ....

-- Qué calor hacía en Tenerife... Sí, me dio diarrea...Nunca más volveré a ese pueblo... es el culo del mundo...

-- ¿ Por qué dice eso, Trinidad ?

-- De su esplendor de antaño no queda nada, lo que se dice nada, es un cagadero... ahora es sólo un pueblo de poca importancia, habitado por gente de color...

-- Profesora, me sorprende que hable así de Tenerife... el pueblo de mi padre... creo que es hora de que me vaya al hotel, tengo que madrugar, mi avión sale a las ocho.

(A lo mejor durante esos años Trinidad pensó que Zárate era "susceptible y acomplejao" hasta que pudo más en ella el deseo de volverlo a ver y logró encontrarlo en el Pajar Electrónico, como ya se dijo).

Julio Olaciregui
Nació en Barranquilla en 1951. Poeta, cuentista, novelista, dramaturgo, periodista. Vivió en París desde 1978, donde trabajó en periodismo y estudió literatura en la Universidad de la Sorbona. Adaptó para el cine *La mansión de Araucaíma*, de Alvaro Mutis, filmada luego por Carlos Mayolo (1986). Ha publicado *Vestido de bestia* (1980), *Los domingos de Charito* (1986), *Trapos al Sol* (1991) y *Dionea* (2005). Algunas de sus obras de teatro son: *En el cabaret místico* (1999), *El tango congo se acerca a La Habana* (2000), *El callejón de los besos* (2009), y *Las novias de Barranca.* Más recientemente ha publicado los libros *Días de tambor, Parfoi danse, La otra vida del negro Adán, Pechiche Naturae y Palmeras suplicantes.*

Cuatrojos

Pepe Enciso

Nos lanzó con rabia sobre la mesa de noche y prendió el radio:

I wanna hold your haaaand...

¡Que hold your hand ni qué carajo! Si cuando estaba a punto de agarrarle la mano a Estelita en el carro, aprovechando una curva forzada, ella le preguntó, o más bien le espetó un: "¿y qué es de la vida de tu primo"? qué hizo que resbaláramos inoportunas por el puente de su nariz, casi hasta la punta, como sucede siempre que Estelita preguntaba por Mauricio, y sucede tanto que todo el tiempo estamos deslizándonos por ese dichoso puente nasal de Andresito. Cambió la emisora y:

Estelita qué linda que estás, Estelita...

¿Qué tenía el primo que él no tuviera? Pregunta incorrecta. Más bien, ¿qué tenía él que Mauricio no tuviera? ¡Pues a nosotras!, jinetes eternas en la cabalgadura de su nariz sosteniendo esas enormes lunas ante sus ojos y resbalando, siempre resbalando.

Después de lanzarnos una última mirada de desprecio, antes de apagar la luz, se le prendió el bombillo. En el amor todo se vale y a lo mejor, pensó, Estelita necesitaba un empujoncito para darse cuenta que él existía. Se durmió fraguando su plan que empezaría temprano comprando gasa, esparadrapo y merthiolate.

****

El quinceañero de Mireya era alrededor de la piscina y estaba todo el combo: Mireya, la de los quince, Quique Carbonell, el eterno verdugo y terror de Andresito; Clarita Piñeres, Beto y todos los demás y, por supuesto, Estelita. Todos bailaban.

Let´s twist again...

Cuando apareció en vestido de baño, camisa mangas largas y nosotras en primer plano cabalgando en su nariz, todos notaron los vendajes cubiertos de merthiolate que sobresalían de sus puños. Estelita, después del consabido "¿y tu primo no vino?", le soltó señalándole las muñecas: "¿y eso?"

"Pruebas de amor", le informó Andresito, muy a lo Antoine Doinel de Truffaut.

"¡Ay no mijito, a mí no me metas en esto. Por mí no te mates!", dijo ella y se alejó ensayando el paso de twist que le vio a Chubby Checker en una película.

De pronto un escalofrío le ascendió por toda la médula, desde la última vértebra lumbar hasta la primera cervical. Quique Carbonell se dirigía a él y eso significaba tragedia. "¡Hey Andresito, Tarzán nunca usa lentes en la piscina!", y diciendo y haciendo, el bravucón de Quique nos arrancó bruscamente de la aterrorizada cara de Andresito Picalúa lanzándonos al agua.

De reacción inmediata siempre que se trataba de nosotras, su luz, su contacto con la nitidez del entorno, quienes proporcionábamos forma y foco a su realidad, Andresito se lanzó al agua a nuestro rescate. Nos hundíamos inexorablemente y él, con sus miopes ojos llenos de cloro pero bien abiertos y ansiosos, se sumergió en pos de nosotras. Nos atrapó con alivio antes de tocar el fondo y salió a la superficie, chorreante y jadeante, mientras nos colocaba en nuestro acostumbrado sitio.

Las vendas de sus muñecas se habían soltado y flotaban en la superficie de la piscina y la visión de sus venas expuestas, intactas y sin heridas desataron un caos hilarante entre la concurrencia: "¡Te desangras Andresito!", "¡llamen a una ambulancia!", "¡vas a manchar la piscina!".

Pero ninguno de estos sarcasmos lograron ensordecer el de Estelita: "¡Esas no son pruebas de amor, son maricadas!", le gritó furiosa.

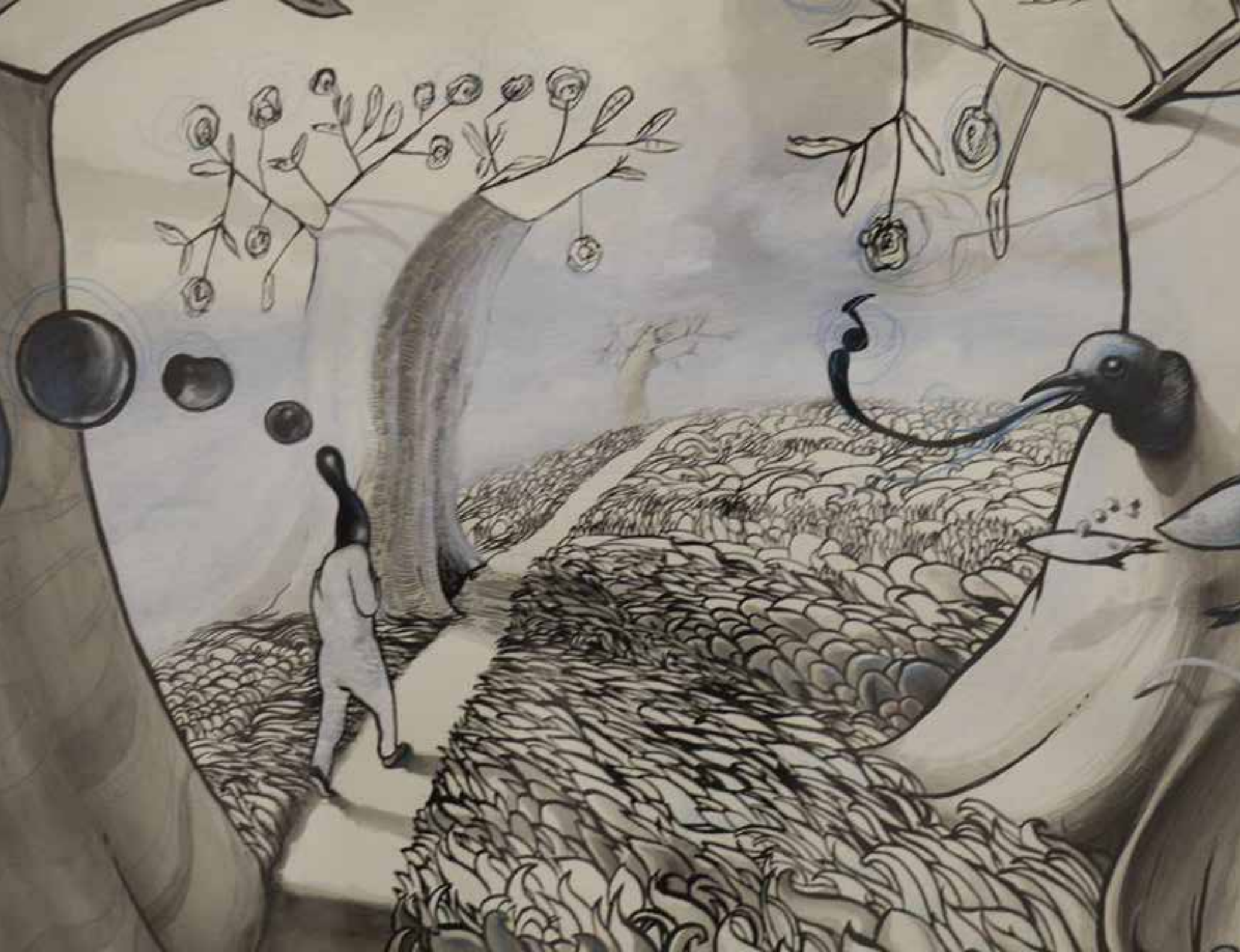
***

Nadie lo vio en el colegio esa semana. El grado de Beto fue el sábado siguiente, la fiesta amenizada por los Corraleros de Majagual resultó todo un acontecimiento y sin embargo ahí tampoco estuvo. Ni el domingo en la película de Jerry Lewis, su favorito.

Estelita, extrañándonas a nosotras, y con nosotras a él, lo llamó a su casa. "Mijita, le dijo su mamá, Andresito sintió el llamado de Dios. Se fue al seminario".

Estelita se quedó pensando cuántos curas habría en el mundo con vocaciones forzadas. Nosotras, por nuestra parte, pasaremos el resto de nuestros días brindándole nitidez a la vida de Andresito y sentido a la lectura de su breviario, pero sobre todo protegidas, junto con él, de un mundo que no nos toleraba.

José Enciso Bárcenas
Nació en Barranquilla. Estudió Periodismo en la Universidad Javeriana y se dedicó al área audiovisual en la realización y en la docencia por casi treinta años. Su cuento *Hueles a Moroline* ocupó el primer puesto en el Concurso El Túnel-Cámara de Comercio de Montería en 2010 y en 2017, y ganó el premio al Mejor Cuento del Concurso Caro y Cuervo con su relato *Su Huella en el mar verde esmeralda*. Fue finalista del Concurso Nacional de Cuento La Cueva y del Concurso de Cuento Corto de la Feria del Libro de Pereira, en 2018, entre más de 400 participantes. Está terminando su novela *10 Días Inútiles*.



El Búho es una vaca y yo soy un chico de plástico

Adolfo Ariza

El Comandante se ha dado cuenta que debe hacerme una marca a presión, hombre a hombre, y ha encargado esa tarea a su combatiente más fiero: el Búho. Una especie de bisonte con la cabeza rapada y una trenza de indio al estilo mohicano. Ya llevan dos goles en contra y no les conviene salir vapuleados por un equipo remendado, sobrevivientes del pueblo que ellos mismos han humillado.

Ellos y nosotros sabemos que esto no es una práctica de fútbol, un simple picado. Aquí está en juego el honor, la valentía; el miedo del que ellos nos creen absolutos propietarios.

El primer gol fue normalito. Recibí un centro desde la derecha y golpeé el balón con el hueso frontal, a lo Pelé, de piconazo. Todos los que han jugado fútbol alguna vez saben que ese balón, cabeceado así, no hay portero que lo atrape. Es como patear un tiro libre con el terreno mojado. Solo hay que buscar que la pelota pique delante del portero. Ese balón va para adentro, indefectiblemente.

Ni siquiera celebramos la anotación. Los miramos y ellos nos miraron, con sorpresa, como si no entendieran, como si esperaran que les pidiéramos disculpas por haberles anotado. Decirles que nos habíamos equivocado, que dentro de un rato permitiríamos que empataran y todo quedaría subsanado. Al final ellos resultarían ganadores, como siempre. Nosotros también nos miramos y mientras ellos hacían el saque en la mitad de la cancha, nos alzamos de hombros.

El segundo gol fue de antología. Le toqué el balón por el centro a José Tulio, que me lo tiró al vacío, tres metros más adelante, lo alcancé y le pegué de una, de revés, con la pierna izquierda. El disparo salió de humo, rasante, al segundo palo, inatajable. Seguí con la vista la trayectoria del balón que chocó contra la pirámide que formaban sus armas, amontonadas detrás de la puerta. Había allí desde un simple revólver de seis tiros, hasta un fusil de asalto. Esta vez no los miramos, ni nos dimos cuenta de si ellos nos miraron o se miraron. Estábamos demasiado ocupados celebrando, a pesar de que este no era un partido oficial, sino una simple práctica que estábamos en la obligación de perder si no queríamos que las cosas pasaran a mayores. Pero, con los dos goles a favor y la emoción del triunfo, se nos olvidó que éramos gente temerosa y amenazada por los integrantes del equipo contrario. Vi la cara de Fabio, nuestro portero, al abrazarme. Estaba radiante.

Había olvidado, por un momento, la muerte de su hermano. Una muerte dolorosa e inane, tanto, que los hombres reconocieron después que se habían equivocado, que todo había sido producto de una mala información, pero que ya estaban buscando al culpable del infundio para ajusticiarlo. Nos gustó eso, que los hombres reconocieran el error y pretendieran enmendarlo, aunque esto no le devolviera la vida al hermano mayor de Fabio, quien ahora parecía haber olvidado todo con el festejo del gol; quizá, porque se sentía un poco vengado. Si bien el asesino de su hermano no estaba en aquel grupo que ahora enfrentábamos, sabíamos que las piezas (aunque no importaran demasiado) copiaban la culpa de la mano que las ordenaba. Un hombre, sin importar las excusas que se dé, siempre tendrá la posibilidad de hacer un alto en el camino y decir "¡basta!, no cometeré una tropelía más".

Apenas hicieron el saque, luego del segundo gol, el Comandante se acercó al Búho y le dijo muy quedo al oído: "Ablándame al flaco. Al de la camiseta estampada con la carita feliz". El Búho se me acercó y comenzó a hacer su trabajo. "Si vuelves a hacer otro gol, te corto las pelotas", me dijo, respirándome en la nuca. De ahí en adelante, el Búho fue conmigo lo más brutal que pudo. Apenas me dieron el primer balón, se me vino encima. Yo lo alcancé a ver con el rabillo del ojo, giré sobre los talones y se la pasé por el túnel. "¡Límpiala!", murmuré, para mis adentros. El patadón no se hizo esperar. Volé por los aires, pero no me preocupé en lo más mínimo por la caída. Soy de plástico y sé caer muy bien, dando volteretas sobre mi cuerpo, como en sus tiempos lo hacía el Pipita de Ávila. Fue lo que quise decirle al Búho cuando me puso el tache sobre la rodilla, fingiendo que había perdido el equilibrio. "Soy de plástico. Llevo polímeros en la sangre. Tus golpes no me afectan. Cada vez que te pase el balón por el orto tendrás que aguantarte. Aunque lo desees, no podrás ir por tu arma y dispararme porque esto es una práctica de fútbol, no la vida, y aquí estás obligado a ser un poco menos miserable".

No cobramos la falta. Nadie pitó, pese a lo evidente de la infracción y la mala intención del Búho. Hago un paréntesis para explicar esto de que "nadie pitó". No se trata de que haya varios árbitros autorizados para pitar durante una práctica de fútbol. Lo que ocurre es que, como en esta clase de picados amistosos no hay un juez designado para dirigir, cada jugador es su propio árbitro. Es decir, si vez que alguien comete una falta al reglamento, sea contra ti o contra cualquiera de tus compañeros, tú simplemente dices "¡falta!", y el partido se detiene. Luego, cobras la infracción y el partido continúa. Tu palabra o la de cualquiera de los integrantes de los dos equipos es ley durante el trámite del juego. Luego de que un jugador agredido diga que le cometieron falta, con eso basta. No importa que el rival esté o no de acuerdo. Puede mostrar su inconformidad con la decisión, pero la falta se cobra, a menos que, en convenio con sus compañeros de equipo, decidan, en vez de permitir el cobro, abandonar el juego.

Esta vez nadie reclamó nada. Todos pasamos por alto las tímidas palabras de Alfredo Linero, al que estos imbéciles le desaparecieron un sobrino (un pateador zurdo formidable), cuando dijo a regañadientes: "Eso es falta aquí y en la Conchichina".

El partido continuó y el Búho siguió buscándome por toda la cancha. José Camacho, uno de los defensas centrales, trató de aplacar los ánimos fingiendo una mala entrega que el Búho aprovechó para anotar y descontar en el marcador.

La ruidosa celebración del gol los tranquilizó un poco, pero luego, cuando se reanudó el partido, el Búho debió recordar que no estaba ahí para marcar goles, sino para fastidiarme. De inmediato, volvió a buscarme. No rehuí el encuentro. Volvimos a chocar y en todos esos choques el Búho salió burlado y yo rodando por el gramado que, para ser más descriptivos, no era un gramado sino un sembrado de ciérrate putas. Esas matas arrastradizas, tímidas y punzantes que cierren sus hojas, erizadas de pequeñas púas, cuando las insultas, tal como el león recoge sus garras al escuchar el sonido seco del látigo del domador. En el fondo, nosotros nos sentíamos también como un sembrado de ciérrate putas.

Yo estaba realmente adolorido, pero con el orgullo intacto. El Búho era una vaca y yo un chico de plástico que rebotaba contra el suelo como un neumático. Estaba de nuevo tirado sobre el sembrado de ciérrate putas, sobándome las pantorrillas, cuando José Camacho se me acercó para decirme: "Cambiemos de puesto. Bájate a la defensa. Ese miserable está llenándose de motivos para matarte". Me dolieron las palabras de José Camacho mucho más que cualquiera de las patadas que había recibido de aquel animal rapado, con trenza de indio mohicano. Sentí que, si aceptaba el sensato ofrecimiento que me hacía, quizá por el grado de disfrazada cobardía que llevaba implícita esa misma sensatez, perderíamos para siempre. A la larga no importaba el marcador que, en ese momento, llevábamos a favor, ni el resultado final del partido, que bien podíamos perder. Importaba el partido de la vida, que era toda una final; los noventa minutos de lucha, sufrimiento y dolor en los que, sorteando el miedo, el desequilibrio y la insatisfacción —y hasta las humillaciones—, un hombre tenía que manejarse con dignidad alguna vez. Este partido, ilusorio o real, era nuestra vez. Era la única oportunidad que teníamos de ser dignos y de merecernos mutuamente. No acepté la propuesta de José Camacho. "El día de morir es uno solo y yo soy un chico de plástico", le dije, cabreado. Y, así, con la sangre caliente, me fui a buscar al Búho que, ahora, conducía el balón torpemente por el centro de la cancha, como un pollo amarrado. Me le fui por atrás y le di con todo en los tobillos y en los riñones. El Búho sintió todo mi poder, dobló las rodillas y cayó de bruces sobre el sembrado de ciérrate putas. Se paró de golpe, como disparado por un resorte, y me enfrentó con sus ojos de fuego, pechándome (a lo que yo le respondí pechándolo), con la trenza de indio mohicano agitándosele rabiosamente sobre los hombros.

—¡Falta! —gritó, cabreado.

Adolfo Ariza Navarro
Narrador y poeta. Nacido en la población de la Avianca, departamento del Magdalena, el l6 de febrero de l962. Ganador de varios concursos literarios a nivel nacional e internacional, entre los que pueden contarse: X Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera, Premio de Novela Ciudad de Barranquilla, Capital Americana de la cultura 2013, Premio Internacional Juan Rulfo de Novela Corta (2009). Ha publicado los libros: *Afuera estaba la noche* (Novela 2006), *Regresemos a que nos maten amor* (poesía 2008), *Mañana cuando encuentren mi cadáver* (novela 2015), *Instrucciones para matar un caballo* (cuentos 2017), *Estas son mis palabras* (poesía 2018), *Los cuentos de H y otros textos* (cuentos 2018). Actualmente está radicado en la ciudad de Barranquilla donde prepara la publicación de *Los textos inútiles*, su tercer libro de cuentos, al que pertenece el texto que aquí publicamos.

Como en un cuadro
(¿Tal vez de Hopper?)

Jaime Cabrera

Hay una mujer en alguna parte de este día de verano, el más caluroso del año en Altonia Beach, que abre una puerta, se asoma y desaparece sin ser nombrada, como en un cuadro. Aunque en realidad para la historia poco importa su nombre. Por supuesto debe tener uno cualquiera; tú, por ejemplo, te llamas Madame Michaux, y lo digo en voz alta para que levantes la cabeza y me mires con ojos sorprendidos y te asomes comprensiva por encima de mi hombro cada vez que escribo una tarjeta postal a semejanza de ese Esch de la novela de Broch.

Los hombres nos hemos pasado la vida con un afán desesperado de nombrar las cosas, de llamarlas por un nombre y poseerlas (marcarlas como a los caballos y los toros, dijo el poeta desde el atril en donde escribía sus poemas, aunque esta vez se tratara de un ensayo). Y colocarles números y apodos como ciertas sinfonías.

Este es "El tabuco": cuatro paredes pintadas de blanco y un balconcito que da sobre un canal sucio paralelo a Collins Avenue. Esta es "La nave de los locos": una pila de libros y revistas *The New Yorker*. Esta es "La Cicciolina", mi computadora. Este es mi equipo de sonido: "Bessie". Esta es "Nastassja Kinski", mi sofá cama. Esta es ella: "Miss Blues", que en el retrato tiene enredada una libélula en el cabello. Convención de convenciones, todo es convención.

Y esta es una vieja tarjeta para llamar a mi país, que caducó sin uso y sin esa voz que tras pedir disculpa tal vez hubiera dicho: "El destino está ocupado".

Y esta eres tú: Madame Michaux (que de los tuyos los hay: Teodoro W. Adorno, Mishima o Fellini; Beppo, Franelle, Labyronette o Nagara; Tom, Garfield o Fritz; con botas, que juegan al ajedrez como el parlanchín Popota o que son pura sonrisa como Cheshire); tú, que me escuchas atenta lo que te cuento y que no tienes país a donde llamar ni a quién extrañar.

A lo que me refiero es a una imagen cargada de vaguedad que se ha quedado prendida con esa sensación de cuando algo va a suceder y no sucede todavía, pero de la que se tiene la absoluta certeza de que en un momento cualquiera ha de suceder —quizás cuando me agache a buscar el otro calcetín bajo el sofá cama y traquee mi columna o mientras coloco un almohadón en donde te puedas dormir, Madame Michaux.

La he visto en alguna parte. Quizás en un cuadro. La mirada entra por una ventana, recorre un

pasillo y descubre al fondo que hay una mujer que abre la puerta 104F, se asoma por un segundo y desaparece, sin mirarme.

Y vuelve a aparecer mientras fumo y no necesito echar la ceniza en la artesanía maya y tomo whisky contra el tedio y camino en piyama por todo el apartamento con pasos afelpados como los tuyos, Madame Michaux, sin atreverme a escribir nada más que postales que se quedan sobre la mesa porque de repente, en medio de tanto olvido, recuerdo que ni siquiera tengo amigos, que el último se asiló en... ya no me acuerdo y aquella Lulú que dejé atrás, que era una mujer digna, con la que nunca me revolqué, debe haberse casado con un buen hombre y mudado quién sabe a dónde… ¡Porras!

El hueco que deja la figura de mi ensueño es un universo que nace, se contrae y renace; instante y volutas de humo que no van al cielorraso ni a ninguna parte; ulular de alguna sirena que cruza la calle a esta hora, que llega hasta aquí y luego se va alejando. Todo se aleja. Se aleja. Se aleja.

Y tú, Madame Michaux, quizás debes de estar preguntándote (si pudieras) que si alcancé a verla de cuerpo entero, que cómo tenía la cara, que de qué color estaba vestida y cómo llevaba los cabellos, ¿sonrió, fue esa una sonrisa? ¿Se le parecía o te pareció que se le parecía? Esas cosas que siempre se preguntan…

Porque sólo alcanzado el silencio de la madrugada, ella vuelve a tener sentido, abre la puerta, se asoma y cierra la misma puerta al largo pasillo, y lo repite tantas veces en el humo, que pasa a ser maravillosa y absurda y necesaria.

Es ella quien ahora me llama desde algún otro lado y espera. Me espera. ¿Me estará esperando? Siento la proximidad del fuego entre los dedos y el vaso con whisky y el lápiz que esperan la orden. Ven, ven. Voy, voy.

Lo vuelvo a contar como si la viera con los ojos cerrados que es mi manera de contar esta historia. Y las palabras son nuevas, recién inventadas, para que no te aburran, Madame Michaux. Pero ya no oyes, te has ido quedando dormidita con dulce felicidad, mi vieja Madame Michaux.

Eso es todo y nada, una imagen, Madame Michaux, una imagen. Una imagen. Sin su "porción extra de prosa" y con "su porción extra de olvido", Madame Michaux que me acompañas desde tu lejanía en las largas noches de mi soledad altoniense; Madame Michaux que ya no me miras siamesa con tu antifaz de fiesta imposible y ojos azules un poco estrábicos. Madame Michaux… Madame Michaux… Madame.

¡Basta!, digo de pronto como si mi sombra fuera la de otro, ¡basta ya!, y la dejo en su cuadro de mujer que abre una puerta, se asoma y desaparece en su tiempo inmóvil. Y aunque no sea la misma, tampoco será otra diferente; mujer a la que uno le aplaza una historia.

Al dejar de hablar de un fantasma, me libero de otro que como el Tío Sam me apuntaba con su dedo en un afiche y me dice: "Te quiero a ti… te querré toda la vida".

Y viene la distracción, la cabeza que vaga, el no-me-acuerdo, el "que cada uno imagine sus infelicidades" y la risa Louis Armstrong en consecuencia…

No quiero despertar a Madame Michaux, pero todo me da risa. Primero en rachas, después hasta las lágrimas. Es una risa incontenible. Es una

risa incontrolable.

Me río cuando le hablo al retrato.

Digo: ¿sabes por qué me enamoré de ti, Miss Blues? No por tu facilidad para llorar; no por tu manera de saludar colgándote del cuello y dando besos a granel y al detal; no por tu corazón de samaritana capaz de dejarme para salvar el corazón de otro y decirme que me querrás siempre, pero que no puedo entenderlo, porque soy hombre; no por tus piernas largas de bailarina; no porque te gustan Flannery O'Connor y Kevin Spacey; no por tu forma de chasquear la lengua; no porque digas que la banda sonora de tu alma es *Long Long Summer* interpretada por Dixie Gillespie; ni siquiera por tu buena ortografía… No y no. Y más risas. Me enamoré de ti por tu manera de abrir una puerta, asomarte y luego desaparecer como en un cuadro, tal vez de Hopper, y sin embargo, mantener siempre viva la esperanza de que vas otra vez a aparecer.

En fin, *¿por qué reí esta noche?* Aunque era la noche más calurosa del año en Altonia Beach, había amenaza de huracán y no tenía empleo, yo me sentía un buen tipo que, simplemente, había superado su dosis diaria de humo, licor, libertinaje solitario y soledad y que, de repente, en vez de tundirme, golpearme la cabeza contra el muro de mis lamentaciones o tratar de morderme un codo tratando de hacerme el héroe, descubría la risa. La risa. La risa. ¿Qué más podía hacer?

Jaime Cabrera González

Escritor y periodista nacido en Barranquilla (Colombia). Radicado en Miami Beach, Florida (E.U) desde hace 25 años. Es autor de los libros *Miss Blues 104º F, Textos sueltos bajo palabra y Como si nada pasara*. Algunas de sus narraciones aparecen en las antologías de ficción: *20 narradores colombianos en USA, Cuentos sin cuenta,Antología del cuento caribeño, Cuentos cortos del Diario El Tiempo, Cita de seis-Letras en la Diáspora y Veinticinco cuentos barranquilleros*, entre otras. Y en las de no ficción: *Miami [Un]plugged, Gabito nuestro de cada día y Cronistas del Caribe colombiano*. También ha sido publicado en páginas electrónicas, revistas y suplementos literarios. Ganador de varios concursos de cuento en Colombia, Estados Unidos y otros países. Ha titulado su próximo libro *En un bosque de la China*. Desde hace más de tres años dirige el Taller de Escritura Creativa de la Miami Beach Regional Library.

El país

Naudín Gracián

El silencio estaba echado sobre el coliseo como una pesada gelatina, y la soledad dormía a su lado.

Repentinamente, lo espantó un viento que corrió sobre las bancas, se tropezó con la pila de muertos y fue a estrellarse contra los palcos de enfrente. Luego, el silencio bajó de nuevo con la lentitud de una pluma y se acomodó sobre todas las cosas, al lado de la soledad.

Sin embargo, ésta demoró poco en el recinto porque de súbito, de entre una trabazón de muertos aún sangrantes que perturbaban la pulcritud del coliseo, se fue levantado un vivo bañado en sangre, mirando en derredor como quien por primera vez no es ciego, y se sentó sobre una banca de cemento que dormía allí cerca.

El vivo poco a poco se fue descubriendo todo el cuerpo. Estaba entero, sin un solo rasguño. No vio que se sentó tan junto a la muerte que ella tuvo que apartar la mano izquierda para que él no se la aplastara. La muerte no hizo más nada, ni siquiera lo miró y siguió contemplando el montón de muertos, apoyada en su guadaña. Naturalmente, la soledad se fue del lugar, pero el silencio siguió pegado a todo.

Es increíble que ahora esté casi contento por seguir vivo. Eso quiere decir que soy un Desviado y hasta ahora nadie lo había notado: ni siquiera yo. Ni el Padre. ¿Ni el Padre lo sabría? No, imposible. Pensar eso es de por sí una blasfemia. Él nos conoce a todos los de su pueblo más que si fuéramos sus hijos carnales: como a sus dedos. Quizá somos precisamente eso: sus dedos. Cuando nacemos, ya Él nos ha asignado un Destino, nos lo pone al lado derecho para que siempre vaya con nosotros y nos permita hacer sólo lo que el Padre ha puesto en su ser. Por eso, en nuestro país la vida es lo más fácil que hay: sólo tenemos que obedecer a nuestro Destino.

Afortunadamente, yo nací escogido para una tarea especial. Apenas estuve en edad de poder alejarme de mis padres, mi Destino me tomó de la mano y me llevó ante un Funcionario. Luego, me condujo a un lugar donde encontré a miles de seres como yo. Allí fui educado para servir de una manera especial al Padre: somos una especie de mensajeros o portadores de sus deseos, pero nadie, aparte de nosotros, lo sabe, porque nadie debe saberlo. Algunos de nosotros son ascendidos a funcionarios, otros andan por el mundo siendo un dechado de virtudes como ejemplos, y los más somos verdugos y a la vez víctimas.Que seamos verdugos y víctimas no quiere decir que nos traigan ciudadanos para atormentarlos o ejecutarlos, ni que nosotros cometamos estupideces y nos castiguen; porque debe suponerse que, debido a nuestra educación especial, ni conocemos muy bien las estupideces ni nos interesa cometerlas.

Se distrajo un poco porque pasó otro viento por su lado, a través de la muerte, sobre los cadáveres y se estrelló contra los palcos de enfrente para enredarse consigo mismo y caer muerto sobre el piso. El silencio volvió a espantarse, pero luego bajó lentamente para dormir de nuevo, dueño de todo el coliseo.

Las estupideces las cometen los Desviados que son gentes a las que infortunadamente les tocan unos destinos demasiado débiles, tanto que son vencidos rápidamente. Algunos llegan a matar a su destino. Luego, viven haciendo cosas inauditas pues no tienen quién les dirija la vida. Dicen que los Desviados sufren mucho tratando de encontrarse a sí mismos. En esa infructuosa tarea de hallar de nuevo su identidad, hacen cosas en contra de La Ley. Son muy torpes e ignorantes. Han llegado a matar funcionarios menores e incluso a tratar de atentar contra el Padre. Cuando eso ocurre, nosotros entramos en acción para salvarlos, porque ellos son los consentidos de nuestra sociedad: todos tratamos de dejarlos sufrir lo menos posible en su desamparo, y nosotros, los escogidos, sacrificamos nues¬tra vida por ellos.

Algunas veces varios desviados se reúnen para atentar contra las instituciones, y entonces es cuando nosotros salimos a la calle, actuamos como ellos y hacemos parte de sus pandillas hasta que, en una batida oficial, nos dejamos agarrar y nos hacen un juicio en el que siempre somos condenados, ya sea a ser torturados o a ser fusilados, para escarmiento de los Desviados. La ejecución de la condena en un lugar público, hace que se calmen y de esa manera los salvamos de que se hagan castigar por el Padre. Si en esas redadas por casualidad es atrapado un Desviado –nadie los persigue porque nos conocemos muy bien–, es soltado enseguida. Por eso siempre somos nosotros mismos los verdugos o los ajusticiados. A mí me ha tocado varias veces ser torturado y torturar, pero una sola vez fusilé, con veinticinco compañeros más, a veintiséis de los nuestros.

Se quedó observando los espíritus que se levantaban de entre los muertos, uno tras otro. Se felicitaban con abrazos y él les gritó: "¡Ey, muchachos, aquí estoy!". El silencio se espantó con su voz y luego bajó para dormir otra vez, porque el movimiento que producían los espíritus no le impedía posesionarse de todo. El hombre que estaba sentado en la banca de cemento, no los volteó a ver más. La muerte, que estaba a su lado, se levantó, les dirigió algunas palabras que tampoco perturbaron el silencio, y se echó a caminar seguida por los setentaidós espíritus.

Esta es la ejecución más grande que yo he visto porque también fue la peor de las revueltas que se han dado, al menos en nuestra generación. Surgieron muchos más Desviados de los que se creí que existieran, y por eso nuestros sacrificados tuvieron que ser numerosos. Después de apresarnos en la redada, como siempre, se organizó la ejecución con mucha propaganda. Nos trajeron al coliseo más amplio que tenemos. Ya estaba lleno cuando llegamos. Naturalmente, muchos de los presentes eran Desviados. Un funcionario menor, sobre la tarima, empujó con potencia su voz hacia los palcos, anunciando los cargos que nos imputaban.

Antes de salir ante el público, nos abrazamos felicitándonos por cumplir los deseos del Padre. Luego, abandonamos esa especie de jaula en que nos trajeron hasta aquí. El silencio, a pesar del gentío, era una plasta que fue perforada por la voz del funcionario que anunció a los verdugos. Entraron en fila, se detuvieron, giraron cuarenticinco grados sobre sus talones y quedaron justo frente a nosotros. Uno frente a cada uno.

A mí me tocó que me matara el Roqueme.

Nos saludamos con una leve sonrisa, evitando que los Desviados que estaban presentes en los palcos lo notaran. Cayó otra capa de silencio sobre el que ya existía y sentí que entre todos no íbamos a poder con tanto.

Cuando los verdugos levantaron las armas hacia la mira, fue que experimenté por primera vez que yo como que soy un Desviado, porque en vez de sentirme orgulloso por servir al Padre de esta manera tan especial, lo que experimenté fue que el miedo se me agarró de las rodillas, trepó fríamente por mi espalda y me dio un garrotazo en la cabeza. Caí desmayado en el preciso instante en que descargaban contra nosotros: de otra manera no se explica que todos estén muertos menos yo.

A estas alturas de la tarde, los Desviados deben estar en sus respectivas casas maldiciéndose por estúpidos, y pasará mucho tiempo antes de que se vuelvan a pronunciar.

De todas maneras, a mí me parece que cada vez demoran menos entre una revuelta y la otra, y que cada día son más numerosos. Pero esos son asuntos del Padre. Ahora recuerdo que, en estos días en que estuvimos entre los Desviados para que nos creyeran como miembros de su grupo, les oí decir que el Padre no existe. ¡Qué cosas se les ocurren! Pobrecitos, ¡si supieran que Él los quiere tanto que nos sacrifica a nosotros, sus hijos más fieles, por ellos!

Un pájaro ciego se asomó en el espacio y el batir de sus alas era tan torpe que el silencio se encogió un poco, pero al momento volvió a dormirse. El hombre continuó recordando frente a los cadáveres que semejaban una sola masa oscura y compacta en el centro del coliseo. Éste constaba de dieciocho hileras de bancas de cemento superpuestas a cierta distancia, formando anillos concéntricos. En el lado oriental y muy cerca de la tarima, donde el viento no llegaba empujado por sus espantos mortales, estaban las bancas especiales para los Funcionarios. Eran muebles cubiertos con plumas de pecho de avestruz y protegidos del sol, desde donde se apreciaba con mayor belleza la ejecución pública de la justicia. La gente común entraba por las escaleras externas que desembocaban en cuatro lugares diferentes desde donde el público se dispersaba disputándose la mejor panorámica. Los funcionarios seguramente entraban por algún túnel, pues, cuando menos se esperaba, aparecían muy orondos en sus puestos.

Todo estaba pintado con un blanco tan absoluto que allí el sol se estrellaba mucho más contento de ser luz, como cuando se tropieza con el mar. Y la luna también porque de noche el coliseo parece un pozo de luz. Quizá era por eso que al silencio y a la soledad les atraía tanto ese lugar, de tal manera que si por casualidad uno entraba solo al pedazo de nada que era ese coliseo, como que sentía que se estaba diluyendo y que peligraba con desaparecer. Entonces uno salía apresuradamente, sin sospechar que aquella desagradable sensación eran los empujones de la soledad y del silencio.

Luego, el hombre vio, sin inmutarse, que su Destino se desprendía de entre los cadáveres, maltrecho y triste, quizá avergonzado, y, haciéndole un ademán de despedida con los dedos, echó a caminar hacia quién sabe dónde.

Dentro de poco deben venir a recoger los cuerpos, así que tengo que alejarme pronto de este lugar. Ahora estoy muerto y deseando que me hubieran matado -aunque no dejo de sentir cierta satisfacción absurda-, porque de aquí en adelante vagaré sin destino pero sin poder ser un Desviado real pues a mí, quiéralo o no, me ocupa La Ley. Mi educación no me permitirá que busque otra identidad, que es lo que hacen los Desviados. Por otro lado, la gente no me dirigirá ni el pensamiento, porque la gente no determina a los muertos. Y ni siquiera puedo suicidarme porque eso sería proporcionarme una redención que no me merezco.

El hombre salió del coliseo con un andar dificultoso. El sueño le confundía los pies y se le colgaba de los párpados. La soledad apareció presurosa en el coliseo para acostarse al lado del silencio.

Medellín, mayo 6 de 1990

Naudín Gracián Petro
Nació en Montelíbano, Córdoba, Colombia. Es Licenciado en Idiomas Inglés-Español de la Universidad de Antioquia, y Especialista en Pedagogía de la Universidad Santo Tomás. Ha publicado 14 libros entre cuentos y novelas, ha ganado varios premios literarios a nivel nacional e internacional, y ha sido incluido en varias antologías de narrativa, nacionales e internacionales. Ha sido jurado de varios concursos literarios y ha impartido talleres de creación de textos a lo largo y ancho del país, en ciudades como Riohacha (La Guajira), Montería (Córdoba), Florencia (Caquetá), Medellín (Antioquia), Leticia (Amazonas), entre muchas otras. Actualmente es docente de Literatura en la Universidad de Córdoba.

Yo espero...

Cristina Duncan

Todo en él era una curva y sus cosas estaban situadas en alguno de los extremos: la inteligencia, en el extremo negativo de la curva de Bell, la estatura, en el derecho; la joroba cabalgaba el lomo. Se salvaban un brazo y una pierna, corrientes y molientes; se salvaban los dientes, docenas de ellos, amarillentos que insistían en salir disparados con ayuda de diminutas gotas de saliva en torrente.

Tenía 22 años y un retardo mental importante cuando lo conocí. Muy alto, encorvado, con una pierna y un brazo encogidos que lo obligaban a caminar de medio lado. Se engominaba el flequillo rizado que aplastaba a medio lado, justo por encima de unas cejas espesas y encrespadas. Tartamudeaba con voz ronca y en un discurso lento que salía por donde le permitían unos dientes obligados a expulsar el labio superior en dirección del flequillo tieso.

Había sido un alumno destacado en su centro de enseñanza especial. Sobrevivió a las numerosas modificaciones de conducta que se encargaron de proveerle de una serie de hábitos de higiene, control parcial de la emisión generosa de saliva y un repertorio de habilidades sociales que sería aún, la envidia de un montón de gente. Sabía calcular, sabía leer y escribir, podía llevar una contabilidad elemental y, más importante que todo esto, tenía un acusado sentido de la lealtad y de la responsabilidad.

Lo conocí en la sala de espera de un psicoterapeuta al que alguna vez visité y a quien servía de cobrador. Se ganaba un sueldo fijo y un porcentaje sobre pagos atrazados de pacientes morosos. Se presentaba acicalado y compuesto en casa de quien primero parecía un deudor para luego terminar pareciendo víctima: *Vengo de parte del Dr. Fulano para cobrar la factura que tiene pendiente*... exageraba su ya lenta elocución y miraba lánguido

Vínculos invisibles, dibujo Omar Alonso

a su interlocutor. Invariablemente le contestaban con algún tipo de excusa: *¡a señora Mengano no se encuentra... Vuelva mañana... Hoy no puede atenderle... le pagan a fin de mes...* Él contestaba babeando que se quedaría esperando hasta que le pagaran. Tomaba asiento en la silla más cercana, con la mirada perdida en el techo. Podía permanecer en esa postura horas enteras e insistía en la misma respuesta cada vez que se acercaba alguien a recordarle que ese día no cobraría la deuda. Sólo se escuchaba algún suspiro largo o el sorber de su saliva espesa que a veces limpiaba con un pañuelo blanco y planchado. Siempre conseguía los pagos en la primera visita y solamente una vez tuvo que ir tres días consecutivos por tratarse de la cuenta de un político que en verdad creyó, poder quebrantarle la confianza en sí mismo.

Para cuando cumplió 44 años de edad, había conseguido ahorrar una importante suma de dinero gracias a la generosidad del tío-abuelo que lo mantenía sano, bien alimentado, bien vestido y bien amado. Con su bendición trajo a vivir a casa a su vieja novia de la escuela, una chiquita con síndrome de Down, huérfana, regordeta, tierna, blanca, blanca. Fabricaba fregonas artesanalmente y las vendía a las empresas de la Vía 40. Tenía el cutis como porcelana china y sus ojos de Geisha sonreían siempre. Ambos se habían esterilizado por concejo de la madre de ella, pero habían adoptado un cachorrito de perro Cocker Spaniel que alguien había dejado abandonado en la puerta del zoológico.

Más tarde que temprano, él se sometió a un tratamiento de ortodoncia prolongado y se hizo aplicar Botox en el brazo encogido. Una plantilla gruesa en todos los zapatos del pié derecho, le permite caminar mirando al frente, casi erguido, casi guapo. La toma siempre de la mano cuando caminan por la calle, aún cuando conduce el automóvil del tío, gracias a un dinerillo entregado a un falsificador de licencias de todo tipo, en esta ciudad de puertas casi abiertas.

Cristina Duncan Salazar
Sicóloga de oficio y profesión, y narradora nacida en Barranquilla. Estuvo radicada por dos décadas en España pero ahora vive de nuevo en Barranquilla. Ha publicado *Talullah.doc, cartas de una inmigrante*, texto que recibió una beca del Portafolio de Estímulos de la Secretaría de cultura en el año 2009; y el libro de cuentos *Se escriben cartas de amor y otros relatos*, obra ganadora del Premio Cámara de Comercio de Medellín, 2015.

Pesquisa conyugal

Pedro Badrán

—Voy a renunciar al trabajo —dijo y arrojó el saco sobre el sofá.

Era algo que ya le había dicho, que él debía renunciar a su trabajo y montar su propia agencia de seguridad, con ese sueldito que te ganas, Ulises, mejor hagamos un préstamo y montas una oficina con los amigos que conociste en el ejército o con esos coroneles que tanto te aprecian, tengo un amigo abogado que nos hace la consulta en la superintendencia, yo me encargo del papeleo, todo eso se lo dije, pero él siempre ha sido muy inseguro, no quiere quedarse sin sueldo y menos ahora que debe responder por un hijo, creo que está feliz con mi embarazo, eso sí, muerto del susto, como todos los hombres, por eso ahora se ha vuelto más hablador porque antes, por nada del mundo, cruzaba una conversación conmigo, y tal vez sea mejor así porque nunca he querido que me cuente los líos en que anda metido o los casos que está resolviendo, o la bala que le rozó la cabeza, cosas así, para qué, y la verdad sea dicha yo no he tenido un buen embarazo, él se levanta por las noches y me trae lo que le pido, antojitos que le dan a una, a veces me preocupa que se vaya a trabajar sin haber dormido lo suficiente, sí, yo siempre me he quejado de sus silencios y ahora que está más conversador no le voy a decir que se calle aunque a veces pierda el hilo de la conversación, o simplemente no quiera que me siga contando sus cuentos, como esa vez que me contó la historia de sus días en el ejército cuando un centinela se quedó dormido, en pleno campamento, y dos guerrilleros se les metieron y alcanzaron a matar a seis de sus compañeros de batallón, qué miedo, no es algo que yo quiera oír y menos en el estado en que estoy, por eso le digo que cambie de tema, a lo mejor me puede contar otra cosa, hablarme del cambio de personal en la oficina, o con quién está trabajando, ya sé que es con una de esas recién egresadas de la Escuela de Criminalística, ¿cómo es que se llama?, sí, Marcela.

—Hoy me sacaron de homicidios y me van a pasar a robos y atracos callejeros.

Marcela Sandoval, la morenita que lo estaba mirando la tarde que hicieron la novena de Navidad para la familia de los funcionarios, y él me llevó todo orgulloso y me presentó a todo el personal, secretarias, técnicos y el jefe Rebolledo incluido, ese viejito morboso con ojos de águila y brillantina en el pelo, pero esa tal Marcela, se me quedó grabado el nombre, me pareció que tenía algo con él, cómo lo miraba, y cuando Claudia, la esposa de Lizarazo, me dijo que Ulises y Marcela estaban

trabajando juntos a mí me entró la sospecha porque durante dos o tres meses él siempre llegaba tarde y yo me imaginaba que estaba con esa mujer, y cada noche le buscaba alguna huella de pintalabios o de perfume y le hacía preguntas sobre sus compañeros de trabajo, pero él no me decía nada, aunque yo le metiera conversación, porque yo empezaba así, ¿qué es de la vida de Lizarazo, en qué anda?, ¿y el jefe Rebolledo se porta bien contigo?, ¿y tú con quién estás trabajando?, ¿no será con alguna de esas egresadas de la Escuela de Criminalística?, ¿será con Marcela?, y él siempre me sonreía y se quedaba callado, quejándose de mis celos, dándome la espalda en la cama, dejándome allí con mis preocupaciones, pero ahora ha dejado el saco sobre el sofá y acaba de decirme que va a renunciar al trabajo, porque lo han enviado a combatir atracos callejeros, una forma de rebajarlo, eso sí que está raro, quién sabe lo que le habrá pasado a Ulises, pero de seguro no me lo va a contar, ¿o sí?, si se atreve a contármelo siempre me queda debiendo algo, por eso tengo que llamar a Claudia, la esposa de Lizarazo, para saber el chisme completo, o para comprobar que no me está mintiendo, al fin y al cabo, por mucho que el trabajo de un marido sea de agente secreto, detective, o lo que sea, a la esposa siempre se le debe tener confianza, eso es lo que me dice Claudia, y quién sabe si tenga razón, pero lo que sí es cierto es que ella sabe más chismes de la oficina que el mismo Lizarazo, me imagino que es Olguita, la secretaria del jefe Rebolledo, la que le cuenta, son amigas desde hace tiempo, estudiaron juntas en un colegio de monjas.

—Fue por el asesino que se me escapó, ese muchacho que mató al cura.

Sí, ya lo recordaba, el pobre cura del barrio Las Mercedes, lo habían encontrado muerto, degollado en su propia casa cural, hasta salió una foto con la cara y los ojos abiertos en uno de esos periódicos que venden en los quioscos, y después lo mostraron en televisión y mucha gente salió a decir que el cura era muy bueno y no tenía enemigos, y el obispo desde el púlpito declaró que excomulgaría al asesino, y el alcalde que la policía estaba tras la pista del asesino, pero no se trataba de un robo porque todas las copas y los cálices habían quedado en la iglesia y la hora del crimen fue como a las once de la noche, yo me acuerdo porque lo vi en un noticiero de televisión antes de que Ulises llegara, y al día siguiente el alcalde dijo que se había conformado un bloque de búsqueda entre el CTI, la policía y la Sijín y tarde o temprano debían presentar resultados contra la ola de inseguridad que azotaba el sur de la ciudad, así lo dijo, por eso el jefe Rebolledo designó a Ulises para resolver el caso y él una noche me dijo que estaban investigando, y que no se iban a demorar mucho en resolverlo, nada más, no iba a decirme que estaba trabajando con una de esas muchachas, fue Claudia quien tuvo que decírmelo, yo no sé cómo hace, pero Lizarazo siempre le cuenta las cosas a Claudia, en cambio Ulises, sí, mejor que no me cuente detalles pero lo que sí yo quiero saber es si todavía está trabajando con esa tal Marcela Sandoval.

—No es que se me haya escapado, la verdad fue que lo dejé ir.

¿Lo dejaste ir?, eso tampoco me lo había contado, y esto sí que es raro, porque Ulises tiene buena fama, y en la oficina aquella tarde de la novena de Navidad no hicieron sino hablar bellezas de él, de lo inteligente que es, siempre descubre algún detalle para capturar al asesino, y sobre todo lo derecho, honesto y trabajador, me imagino lo que dirán las secretarias y la tal Marcela, que se ve a leguas que se lo quiere comer con los ojos, por eso es que le pregunté por el cambio de personal,

porque para qué me voy a engañar si la verdad es que Ulises está bueno, más bueno que un chocolate con almendras, con esos ojos y esos brazos, el cabello negro con un mechón en la frente, y no se ha engordado, yo he querido que engorde un poquito, un poquito nada más, pero él sale tres veces a la semana, a hacer ejercicios, barras, abdominales y lagartijas, duerma o no duerma bien, se levanta a las cinco de la mañana y se va al parque, ya le dije que después del parto voy a tener que meterme a un gimnasio, me van a salir estrías, gordos, y de seguro las tetas y las nalgas se me van a caer, así le pasó a Claudia cuando tuvo el niño, lo mejor de Ulises son las nalgas pero él no se ha dado cuenta y eso que yo se lo he dicho, los hombres no se dan cuenta de nada, y Ulises menos, a lo mejor no le gusta que le digan que tiene unas nalgas bonitas.

—Vivía en un inquilinato de Las Cruces. La muchacha que hacía el aseo de la casa cural lo identificó.

Y yo que creía que ese caso estaba resuelto, pensaba que ya tenían al culpable, hasta salió en el periódico, pero lo que no me dijo fue que la tal Marcela y él fueron juntos hasta el propio cuarto del asesino, quién sabe si ella entró o lo esperó afuera, esas culicagadas recién salidas de la escuela son capaces de cualquier cosa, hasta de acostarse con el jefe, y andan armadas, les gusta la acción, la adrenalina, no tienen que ver con nada, y menos van a respetar que Ulises y yo tengamos un matrimonio, sólo quieren ascender, porque así de trepadoras son esas desgraciadas, en el banco donde yo trabajaba también había unas que mojaban pantaloncito cuando llegaba un gerente o un funcionario de alto rango pero, como me ha dicho Claudia, toca defender el matrimonio, Marcela no sabe con quién se está metiendo y menos de lo que yo soy capaz, esa también es una de las razones por las que a veces quiero que Ulises deje ese trabajo y monte su propia agencia de seguridad, le diría que sólo contratara hombres, si acaso una secretaria pero, eso sí, yo misma le haría la entrevista o la recomendaría.

—El muchacho empezó a llorar. No tendría más de diecisiete o dieciséis años. Me dijo que ese cura hijueputa lo había violado a los nueve años.

Al principio yo me resistía a creer eso de los curas, pero es la pura verdad, aunque no me explico cómo es que un muchachito de nueve o diez años no tiene malicia para saber que el cura lo quiere violar, porque no fue por la fuerza sino a punta de pura lengua, tal vez el cura le dio dinero, no es algo que me quiera imaginar, porque si es por la fuerza uno puede entender, no pudo defenderse, pero quién sabe también si el muchacho ya tenía un trauma o qué, o el cura lo engatusó o el muchacho era muy bobo, o las dos cosas, si algo le debo a mi papá y a mi mamá es que nunca se obsesionaron con la misa, la religión, las monjas y los curas, afortunadamente yo no estudié en un colegio de monjas como Claudia, de eso hablamos un día con Ulises en esta misma mesa, o mejor hablé yo, porque él sólo asentía o murmuraba pero conversación, en realidad, no había, esos temas de las monjas y la educación no le interesan, tampoco las telenovelas que yo veo por las noches, si acaso quiere hablarme de un partido del Real Madrid y el Barcelona, pero a mí eso no me gusta, por muchos esfuerzos que haga no puedo interesarme, aunque a veces me toca ver el partido con él, y me gusta cuando Cristiano Ronaldo se quita la camiseta, en cambio Messi, Dios mío, yo no sé por qué lo habrán puesto en el empaque del pan Bimbo, ese muchacho no me despierta un mal pensamiento.

— ¿Tú estás de acuerdo con lo que hice?

No, la verdad no estoy de acuerdo, quizás pueda entender a Ulises cuando me dice que le entró la compasión, pero ha debido controlarse y hacer de tripas corazón, Ulises creía que ese cura debía morir y el muchacho no merece pagar cárcel, Ulises es buena persona, eso no se discute, por eso lo dejó ir, no pensó en las consecuencias, ese no es su trabajo, él debe limitarse a hacer lo que le mandan porque para las otras cosas están los abogados y los jueces, eso que hizo me parece una brutalidad, así me diga ahora que se conmovió y que un cura corrompido es más peligroso que un guerrillero, pero no le digo nada, mejor me quedo callada, aunque si me lo preguntara otra vez le diría que no, no estoy de acuerdo, y creo que ya él lo sabe porque yo levanté las cejas y seguramente él entendió mi gesto.

—Lo peor fue que todo se complicó.
¿Y ahora éste con qué me va a salir?

—Lizarazo capturó a un pandillero del barrio y lo sindicó del crimen del cura.

Otra pata que le sale al cojo. Eso era lo que decía mi papá, que en paz descanse, cuando a un problema le seguía otro.

—Consiguió testigos y ahora el pandillero está preso. Un muchacho, hincha de Millonarios.

Y ya me imagino lo que viene, sin que Ulises tenga necesidad de contármelo, aunque a veces yo le pregunto cualquier cosa sólo para confirmar lo que ahora sospecho, porque Lizarazo quería presentar resultados y el jefe ni se diga, tenía detrás al alcalde y al mismo obispo, y Lizarazo vio la oportunidad y no dudó en capturar al pandillero, armarle la tramoya para encochinarlo, y allí fue donde Ulises entró en crisis, porque no iba a permitir que condenaran a un inocente, él es así, doce años, me dice, doce años, esa es la condena si el muchacho colabora y confiesa, y a Ulises le dio cargo de conciencia, esa es una de las cosas que me gustan, pero no fue lo único por lo que me enamoré.

—Fui de nuevo al inquilinato, para capturar al verdadero culpable pero ya el muchacho se había escapado.

Sí, de seguro Ulises regresó, casi como un asesino que regresa al lugar del crimen, pero lo que no es capaz de decirme es que esta vez fue solo y no con Marcela, y como si fuera un detalle menor agrega que la dueña del inquilinato, la casera, le dijo que ese muchacho no le quedó debiendo un solo peso y se devolvió a Caicedonia, su pueblo, el caso es que mientras regresaba a la oficina, pensando en el pandillero inocente, en la injusta condena que tendría que pagar, se le ocurrió que debía confesarse con su jefe, el doctor Rebolledo, él confía mucho en ese señor, pero yo no, por mucho que parezca que trata bien a mi marido, se ve a leguas que ese viejito es acomodado y bien morboso, les mira las nalgas a todas las secretarias, Claudia ya me lo ha dicho, porque Lizarazo se lo cuenta riendo y dice que las viejas tienen la culpa por usar minifaldas y vestidos apretados, qué tal.

—El jefe ya sabía todo. Si hasta le habían dicho que yo recibí dinero. Mejor dicho, el asesino del cura me sobornó.

¿Y quién podría habérselo dicho al jefe? No tengo que pensar mucho para responder esa pregunta, Marcela, quién si no, Marcela Sandoval, ya me lo imagino, pero Ulises no me lo va a decir, mañana llamo a Claudia y le pregunto, y si ella todavía no lo sabe me lo averigua, ella sí que le

saca facilito las cosas a Lizarazo, yo no sé cómo hace, pero lo que soy yo no me voy quedar con esa duda, Marcela tiene que estar metida en todo este embrollo y eso es lo que Ulises tarde o temprano me tiene que decir.

—El jefe me dijo que ya tenían al asesino y que Lizarazo había resuelto el caso. Así que me dejara de pendejadas y no lo jodiera más.

Yo me muerdo la lengua pero no puedo aguantarme las ganas de saber, no puedo esperar hasta mañana para llamar a Claudia, primero lo consuelo, le pregunto si quiere más Coca-cola y luego si sabe quién fue la persona que le contó todo al jefe, y aunque él al principio diga que fue alguien de la oficina, obvio, a mí se me ocurre decirle que mañana voy a llamar a Claudia para preguntarle, y él dice que mejor no la llame, que deje las cosas así, ¿para qué quieres saber?, y yo sólo le digo mirándolo a la cara, con mi tonito, claro está, ¿de casualidad no sería Marcela?, y se lo vuelvo a repetir porque el muy cobarde no puede sostenerme la mirada, y él entonces no se demora en confirmarme:

—Sí, fue ella.

Yo sabía, yo sabía, pero todavía falta algo, el fondo del asunto al que quiero llegar.

—En la oficina todos saben que se acuesta con el doctor Rebolledo. El único que no sabía era yo.

Con razón.

El único que no sabía eras tú, pendejo, da gracias que el doctor Rebolledo no te despidió como un perro, por corrupto, y ahora de puro orgullo quieres renunciar, eso lo pienso pero no lo digo, no quiere renunciar porque quiera seguir mi consejo de montar una oficina o una agencia de seguridad, no, sino porque sabe que se metió con la amante del jefe, por eso el doctor Rebolledo ahora lo traslada asignándole otros casos, atracos callejeros, pandillas juveniles, robos de apartamentos, quién sabe la humillada que le habrá metido cuando llamó a reclamarle, hasta habrá trapeado el piso con él, estás caído y quemado, Ulises Lopera, porque ahora no te creo nada de lo que me has contado, la verdad es que no creo que hayas dejado escapar a ese asesino, ¿será que Ulises se inventó todo este cuento o es que yo estoy imaginando demasiado?, mañana mismo llamo a Claudia, la voy a llamar ahora, eso es, no, ya es tarde, mejor espero, sí, mejor espero, pero es que no puedo quedarme con las ganas y aunque me muerda la lengua a mí también se me escapa, oye Ulises, ¿tú de casualidad no tendrás algún rollo con la tal Marcela?, y él me mira sorprendido, con su carita de yo no fui, inocente, y le repito la pregunta, así ya sepa la respuesta.

Pedro Badrán
Nació en Magangué (Bolívar). Cuentista y novelista. Con *El día de la mudanza* ganó el Premio Nacional de Novela Breve (2000). *Un cadáver en la mesa es mala educación* (2003) le mereció una beca de creación otorgada por la alcaldía de París. Su novela *La pasión de Policarpa* (2010) ha recibido el favor de la crítica y el público. Y en 2015 publicó la novela *El hombre de la cámara mágica*. Es autor además de los libros de cuentos *El lugar difícil* (1985), *Simulacros de amor* (1996), *Hotel Bella Vista y otros cuentos del mar* (2002), y *Manual de superación personal y otros cuentos* (2011).

Las Damajuanas

Beatriz Vanegas Athías

1

Vivían en la Calle de la Estampa. La mayor se llamaba Inma y la menor Damajuana. Pero esto es un decir, en realidad sólo se llevaban dos años. Inma había venido de Magangué y Damajuana era del pueblo. Por ser nativa de Sacramento, su nombre se impuso sobre el de Inma. Así que todos dimos en llamarlas Las Damajuanas. En esa costumbre sacramentense de llamar niña a toda señora, doña o persona mayor que inspirara respeto, ambas se convirtieron en "las niñas Damajuanas". Aunque a mí nunca me gustó igualarlas porque siempre creí que cada una de las Damajuanas tenía su manera propia de habitar Sacramento.

Su casa pintada de verde olivo era sencilla y estaba ubicada en la esquina de más movimiento de la calle. Nadie recordaba desde qué época vivían allí. Para mí, siempre tuvieron cuarenta años y una tienda a donde mi madre me enviaba a conseguir botones y encajes para los vestidos que mi tía me cosía.

La más amable era la niña Inma, sus cabellos cortos y peinados hacia atrás dominados por el aceite Johnson, daban a su rostro tal adustez, que era fácil suponer los raudales de paciencia que derramaba cada acto de su día. Tenía tal serenidad para buscar el botón preciso en cada uno de los compartimentos del estuche transparente donde guardaba miles de todos los colores y formas. Hasta que hallaba el necesario. Entonces cobraba, los envolvía en el papel de colores cortado en cuadritos; guardaba las monedas en el cajón de madera y me decía que le diera saludos a mi mamá de su parte.

La casa de las niñas Damajuanas era una tienda, seguida de una trastienda dividida por un cancel hecho con sacos de urea a donde se empacaba el arroz pilado para la venta. Allí, en la trastienda, había una cama grande y otra chiquita, un ventilador, un escaparate que parecía un barco anclado y en ruina y dos mecedoras de hierro tejidas con plástico.

Después seguía el patio que era el sitio más grande y bello. Tenía sembrado lirios, un palo de limón y dos de guayaba. Uno entraba al patio y veía cómo en el aire se cruzaban el aroma del limonero con el de la guayaba y el de los lirios. En esa amalgama no se distinguía cuál era el olor más sabroso. La tierra pisada era de color rapé y de ella emergía un palomar que a veces parecía que se iría volando en las patas de los cientos de palo-

mas que aterrizaban a comer maíz partido, arroz sin cáscara y a darse un chapuzón en las vasijas plásticas llenas de agua que Inma siempre mantenía aseadas.

Pero lo que más me gustaba de aquel patio era una inmensa escultura de barro que en forma de iglú permitía la entrada y la salida de una pala que despedía los más apetitosos olores. Olor a pan recién horneado, a molletes, a galletas polvorosas, a pan de agua, a galleta de panela, a bizcochos con bocadillo.

Todas las tardes me enviaban a donde Las Damajuanas a comprar el pan para el desayuno y todas las tardes Inma, aprovechaba un descuido de Dama para guiñarme el ojo y echar en mi bolsa de plástico, dos galletas polvorosas de más. Era la ñapa, me decía con picardía. Enseguida levantaba la voz para que Dama escuchara:

-Estas polvorosas son las más deliciosas porque tienen un corazón de bocadillo para meter el dedo y llevarlo a la boca pleno de dulce.

Yo estaba de acuerdo.

Una tarde que fui a comprar el pan, noté que Inma estaba muy apresurada por atender a los clientes. Iba y venía de la tienda a la trastienda. Cuando llegué, me hizo pasar al patio y suplicó que la esperara mientras despachaba a una señora que venía por dos libras de ñame. Me senté en una mecedora y vi que en la cama grande estaba dormida la niña Dama. A su lado, una mesita de noche llena de frasquitos de remedios. Estaba arropada en plenos treinta y ocho grados. El rostro de Inma cambió de la ansiedad a la angustia cuando puso su mano en la frente y el cuello de la niña Dama.

Con cuanta delicadeza la sentó y le dio una cucharada de jarabe. Con cuánta delicadeza dejó que la cabeza de Dama se posara nuevamente en la almohada. Con cuanta angustia suspiró y caminó como quien se dirige a la horca a buscar los panes que desde hacía más de media hora yo aguardaba. Recibí mi encargo, entregué el dinero, pasé nuevamente por la cama donde la niña Dama era un montón de espasmos y me subí a la bicicleta para pedalear calle arriba, pensando en que Inma había olvidado darme las dos galletas polvorosas que siempre me obsequiaba de ñapa.

2

Mi mamá me llevaba los domingos a misa. Escuchaba y era feliz con la banda de música que tocaba La Lorenza. Manuelito Flórez nos extasiaba con sus solos de clarinete y después se unían con alborozo las trompetas, el bombo y los platillos de Adán Alemán. Ir a misa era una fiesta. En esas estaba cuando de pronto vi que pasaban muy cerca de nosotras Las Damajuanas. Iban hermosas con sus mantillas negras. La niña Dama caminaba un tanto endeble, pero el fuerte brazo de Inma sostenía su caminar. Dieron el último toque y entré con mi madre a misa. Situada detrás de ellas podía observarlas a mi antojo. Me encantaba ver el cuchicheo de Las Damajuanas, me embebía ver cómo Inma estaba pendiente de Dama, cómo la ayudaba a levantarse luego del ofertorio.

Mi mamá se acercó a ellas cuando terminó la misa y preguntó por la salud de Dama, Inma aprovechó para sobarme la cabeza y guiñarme el ojo. Entonces me dijo que ya no se iba a olvidar más de darme la ñapa, que disculpara su olvido del otro día.

Salimos de misa y vi cómo mucha gente indagaba por la salud de Dama. Eran muy queridas Las Damajuanas, de eso no había duda. Las vi alejarse

tomadas del brazo hacia la Calle de La Estampa, a lo lejos sólo se divisaba una calle de polvo amarillo transitada por decenas de feligreses que retornaban a sus casas. Mis ojos se alargaron detrás de un par de señoras con mantillas negras que iban felices conversando de lo lindo.

3

Crecí y vi cómo envejecían las Damajuanas. Aunque su vejez era distinta a la de mi tía, por ejemplo. La vejez de ellas era una vejez serena, apaciguada. La vejez de mi tía, tal vez por sus cinco hijos, era una vejez angustiada. Marcada por arrugas como caminos que nadie quisiera transitar.

Muchas bodas presencié en la Iglesia. En los festejos de los matrimonios siempre me encontraba con Las Damajuanas. En una de esas fiestas noté cómo Inma se embriagó y a Dama le tocó llevarla casi cargada a la casa.

Eran muy buenas bailadoras. Cuando daban las tres de la mañana, los parejos que habían tomado desde el día anterior, caían sobre mesas y mecedoras fulminados por el ron. Las mujeres veían que apenas empezaba la fiesta, se quedaban sin parejos. Pero Inma surgía dicharachera. Conjuraba la pesadumbre y con desparpajo invitaba: ¡Pues si no hay parejos, bailemos entre nosotras! ¿O es que nos vamos a perder esta banda que suena tan bueno?

Hasta que el día clareaba las mujeres bailaban en la calle con los pies descalzos. Primero se emborrachaban los músicos de la banda que ellas. Yo veía cómo descendía el licor de las botellas y pasaba a las gargantas de las festejantes, pero esas mujeres seguían tan impávidas como si padecieran una sed insaciable. Mi madre era una de esas mujeres y las Damajuanas una de las parejas que no perdía una sola pieza. Entre sueños, las veía abrazarse ante la indiferente ebriedad de las demás.

4

Un día Inma amaneció muerta en la cama de la trastienda. Fue un infarto escuché que dijeron. Corrí hasta la tienda que ya estaba atestada de vecinos y casi me caigo del susto cuando escudriñé el rostro de la niña Dama y percibí que en menos de un día le cayeron todos los años encima. Sus ojos verdes se volvieron grises de tanto salir por ellos unas lágrimas gruesas y silenciosas. Sus cabellos negros se platearon como si hubiesen estado expuestos a una nieve indeleble. No gritaba, no se daba golpes de pecho como se acostumbraba en el pueblo. Sólo miraba y miraba a Inma que parecía dormida y entre más la miraba, más lloraba. Los dolientes se acercaban con tal recato, que nunca había imaginado a mis paisanos capaces de ser tan respetuosos con el dolor ajeno.

Siempre me pareció mágica la manera cómo en Sacramento los espontáneos voluntarios fabricaban la escenografía de la muerte en cuestión de minutos. Raudos entraban veladoras, sábanas blancas, floreros, cuadros de las ánimas del purgatorio, de la Virgen del Carmen y del Corazón de Jesús para decorar el altar al que no podía faltar el vaso de agua para que el alma de la muerta llegara en la noche a saciar su sed y no se quedara atascada en el purgatorio. Las sillas se dispusieron en círculo en un abrir y cerrar de ojos. Y las mujeres más viejas vistieron bellamente a la difunta.

Entonces vi cómo el patio cambió sus olores: ahora expelía el olor del dolor que salía de las veladoras, de las flores de coral y cayenas que se sumaban a lo que debían oler las lágrimas de Dama y de los más cercanos a ella.

Medio pueblo fue al entierro. Dama estaba desmadejada, pero entera. Soportó la procesión con el ataúd. El interminable sermón del padre. La entrada al cementerio. Sus sobrinas la sostenían porque creían que se iba a desmayar. Pero no, Dama misma ayudó a entrar el ataúd a la bóveda con manos certeras tatuadas de venas como ríos verdes. Después regresó a la casa como quien marcha en una procesión. Y se sentó en una mecedora del patio a llorar en silencio y a levantar las manos para recibir los abrazos de pésame que fueron más de cien.

A las cinco de la mañana mi madre y yo regresamos exhaustas a la casa.

Dama se fue a vivir a La Calle De la Luz, a casa de las sobrinas. Allí fue confinada a la cocina y a la crianza de cuanto niño le trajeran los sobrinos. Extrañamente para Sacramento, las dos sobrinas, Griselda y María de los Ángeles tampoco se casaron nunca.

El año que cumplió ochenta y siete años, Dama murió de muerte natural, veinte años después de Inma. Fui al sepelio con mi madre y con mi hijo menor.

Caminábamos como contando los pasos cuando veníamos de regreso del entierro. Entonces pasé por la esquina de la Calle de La Estampa que hoy se llama Calle del Comercio, y a pesar de que en esa esquina ahora funciona un hotel, llegó a mi nariz un olor delicioso, suave, aromatizado. Un olor muy parecido al de aquellas galletas polvorosas, las que Inma me daba de ñapa y que tenían en el centro, un corazón de bocadillo para saborearlo con fervor.

Beatriz Vanegas Athías
Majagual, Sucre, Colombia. Poeta, narradora, cronista, periodista y editora. Columnista de *El Espectador* y *El Meridiano* de Sucre. Sus más recientes publicaciones: *Todos se amaban a escondidas*, cuentos, Ediciones Corazón de Mango 2015; Festejar la ausencia, Antología poética, Un libro por centavo, Universidad Externado de Colombia, 2015; *ABColombia* poemas para niños, Ediciones Corazón de Mango, 2018; *Llorar en el cine*, poemas, Ediciones Corazón de Mango, 2018, *Goles, chilenas y gambetas*, poemas para niños, Ediciones Corazón de Mango, 2018. Premio Nacional de Poesía Universidad Externado de Colombia, Premio Nacional de Poesía Casa Silva y Premio Internacional de Poesía Pilar Paz Pasamar, Jerez (España).

La vuelta

Clinton Ramírez

Ramo aparcó la kawa a un lado de la carretera, a la sombra de un trupillo, entre cascajos y abrojos. "Espérame aquí", recalcó. "Tardo un par de minutos".

Me pasó el trueno, el temido .357, me dio una palmada vigorosa en el hombro izquierdo y descendió hacia la playa, tomando el sendero de trupillos.

A unos cincuenta metros, bajo una enramada derruida, distinguí a un par de tipos en camisillas, sentados a una mesa de patas enanas.

El mar, a esa hora, me pareció una inmensa manta azul extendida bajo el cielo, sin la furia gris de otras mañanas. Ramón vestía una ancha camisa de colores, jeans desteñidos y calzaba las botas de exsoldado, una de las pocas pertenencias que conservaba de su vida militar, si excluía del inventario una granada de fragmentación y un cuchillo de cazar. Soplaba una brisa ligera entre los trupillos, con la fuerza suficiente para doblegar la hierba que crece salvaje en los bordes de la carretera asfaltada.

"Vamos, acompáñame", me dijo. Yo esperaba a un amigo en la esquina de la cuadra, con quien pensaba ir a chicanear en la playa. Releía una novelita de vaquero cuando él detuvo la kawa azul. "Quiero que veas cómo se hace una vuelta." Alargó la expresión "vuelta" más de allá de los límites habituales. Una vuelta puede significar mucho o nada. El significado depende de los involucrados y de la situación al momento de ser pronunciada la palabreja, de los silencios y visajes que la acompañen. A ratos, sin motivo a la vista, presumía de sus movidas de duro, del más astuto y el mejor, aunque sin entrar en detalles. Solo él podía sacar pecho, entre la patota del gatillo, de la importancia de sus trabajos, incluso de los realmente condenables, aquellos a los que nadie quería medírsele por la condición de las víctimas.

Subí a la parrilla sin pensarlo, incapaz de zafarme del privilegio, magnetizado por la invitación inusitada de Ramón. Pronto la estrepitosa kawa tomó la carretera a Barranquilla, luego de abrirnos paso a madrazos en la Santander, atestada de vehículos de diversa procedencia, de pasajeros afanados y de coteros inoportunos. "Hay un par de pintas a las que entregaré un paquete." Los tipos esperaban en una cabaña en inmediaciones de Puebloviejo. En el espejo de la moto, seguí los gestos de su rostro de alargadas patillas mientras él aceleraba pegado a la berma. Nada importante. Un encargo de pura rutina, bueno para estirar las piernas y los brazos después de un viernes de juergas. Me averiguó sobre mi forma física y mis actividades de la noche anterior. Yo debía espe-

rarlo en la carretera, sin dar escama, con el frente de la kawa apuntando para Ciénaga. La ley andaba mosca últimamente. Entregaba la encomienda en par patadas y paratrás, a unas buenas cervezas en el billar del barrio.

Intrigado, sin saber si permanecer en la moto o ir tras él, me limité a observarlo. ¿Qué podía hacer? Misterioso, simpático y cortante, Ramo -como le decimos los vecinos- nunca compartía el sentido de sus decisiones con los amigos o colegas de oficio. Yo, diez o doce años menor que él, no era ni lo uno ni lo otro, solo era un chico más del barrio, alguien a quien debían llevar despacio, al decir de los expertos del traqueteo. Era sabido en todos los círculos malandros de la ciudad que él prefería operar por su cuenta, según su entender e instintos, sobre todo cuando le ponían en las manos un negocio que exigía máxima eficacia y total discreción. Hacía encargos únicamente para gente dura de Barranquilla, Santa Marta y Ciénaga que podía pagar sus tarifas astronómicas, inalcanzables. Nunca trabajaba en cambio para ningún mafiosito líchigo de mierda, como decía soltando un salivazo.

El andar de Ramón, al principio pausado, ganó intensidad a mitad del sendero húmedo y, a la vuelta de un trupillo, a quince metros de la enramada, se transformó en una carrera feroz hasta la playa. Me llevé instintivamente la mano al magnum al verlo correr en dirección a los tipos.

Pude escucharlo gritar, alertar a los hombres, que apenas voltearon, mientras corrió blandiendo la machetilla que reluciente apareció de la nada en su mano derecha.

El hombre más bajo y corpulento, sin tiempo a correr, intentó protegerse con los brazos. La cabeza del hombre cayó en la arena, a pocos metros de la banca en la que quedó sentado. El otro alcanzó a correr hacia la playa, pero tropezó, y Ramo y la machetilla fueron más veloces que su intención de levantarse. Tres machetazos bastaron para liquidarlo.

Había visto matar a varios tipos. En el billar, un par de meses atrás, un muchacho de mi edad le pegó tres tiros en la cabeza a un compañero suyo por la discusión de una puta carambola. El dueño de una tienda del barrio, antiguo integrante de la policía, le metió dos pepazos a un cliente porque éste, tal vez en broma y otro poco en serio, se negó a pagarle la cuenta y lo acusó de ladrón, de clavijero. Quedó muerto en la silla donde jugaba dominó y bebía ron con viejos amigos de andadas. Nunca, sin embargo, vi machetear a nadie de aquella manera feroz. En mi vida del ejército, abandonada hacía menos de un año, enfrenté episodios duros. A una guerrillera, en las selvas de Necoclí, luego de un enfrentamiento con su columna, yo mismo la rematé de dos tiros de fusil a unos treinta metros de distancia. La maldita, herida en el pecho, se las tiraba de muerta mientras esperaba, con una granada en la mano izquierda, que nos acercáramos para hacerla estallar. Había visto compañeros caer destrozados al pisar una mina o volar por los aires a la explosión de un cilindro de gas. Eso de cortar cabezas me parecía una salvajada. Ramo, para mi espanto, había procedido con mucha naturalidad al despachar a los dos cristianos, liquidados sin saber de qué película les salió semejante demonio.

Horrorizado, enfurecido, seco de palabras, me marché, temeroso de que algún pescador me hubiera visto llegar con Ramo. Todo mundo conocía la kawa no solo por los estropicios o por el cilindraje sino por la facha del dueño. Confirmé, sin salir de mis temblores, demasiado sofocado dentro de mis ropas ligeras, que nadie —Ramón

subía con la machetilla viva en la mano en busca de la kawa— parecía vivir en aquel desolado sector de la playa. El mar seguía en calma y el cielo alto y sin manchas.

Me alcanzó. Condujo a mi derecha, indiferente a los vehículos que, en sentido contrario, pasaban raudos en dirección a Barranquilla. Debíamos apurarnos. Me negué a subir. Debía preparar motores para otra vuelta en horas de la tarde en los alrededores de Santa Marta. Iba a necesitar de un conductor competente. ¿Te apuntas? Si me le medía, podía decirme a quiénes iríamos a quebrar, dónde y la hora. Tenía las armas listas y la ruta de escape. Me emputaba la desfachatez, el engaño, la seguridad de chacho de la película de Ramón. Ni sudaba ni parecía haber cometido un crimen atroz. Me hablaba en el tono de un amigo que convida a otro a una fiesta de ataque, con buena música, chicas atrevidas y la droga que quieras.

—¿Qué mierda pensaste? —Respondió al fin, sin elevar la voz, en total control de sus palabras—. ¿Qué iba a mearme un trupillo en la playa, con tanto patio que tengo en la casa de los viejos?

Me defendí a medias. El rostro me hervía aún. Reparé en sus cejas espesas, en el bigote de rufián de los años veinte y en sus patillas de cine barato, como el que consumíamos en las noches del Trianón mientras mascábamos chicles, fumábamos marihuana y crecía el japeo de la gallada. Había reemplazado la camisa de colorines por una blanca, de anchos botones y cuello alto y duro, a la medida de su cuerpo delgado y recio. Sobre el pecho, velludo y amplio, colgaba la medalla de san Antonio con el niño, santo de quien el abuelo materno de Ramo conservaba un altar en el patio de su casa. En la bota izquierda, ajustada con el pantalón, ubiqué la machetilla letal, veloz. En la pretina, la cacha apenas visible, portaba el otro Magnum, el .44 de doble acción. Me lo había dejado disparar un par de veces en inmediaciones del estadio de béisbol, en la manguera de un amigo común. Era una pieza excepcional, fría como el dueño, de cañón niquelado y que exigía, para ser disparada con tino, de un pulso firme y de un dedo entrenado. Nadie en el club del traqueteo en Ciénaga ostentaba un arma igual. La obtuvo a cambio de una vuelta en Barranquilla, diez años atrás, al principio de la carrera, recién desempacado del ejército.

—Este es el mundo al que quieres entrar. ¿Viste la vuelta? Pilas, sube. Me muero de sed.

Me detuve. Los manes estaban desarmados, alegué. Ninguna necesidad había de semejante actuación. Habría sido más decente usar el .44. ¿Decente? Quise tragarme mis palabras al enfrentar sus ojos, pero, en lugar de calmarme, de tomar el mínimo, le levanté la voz más de la cuenta a Ramo, que me escuchaba sin oírme.

—Los alerté —argumentó burlón, la mirada dulcificada, como cuando salía a volar al final de una tanda de pepas—. Les dije 'corran, que vengo a matarlos', pero estaban amanecidos y pepos. Los hijueputas tuvieron una oportunidad.

Quise saber quiénes eran y qué hacían allí, en la enramada, mirando el mar. Negó saberlo. Jamás los había visto. Mantuvo la misma mirada sonreída, elevada, atento a mis pataletas. Los tipos no tenían pintas de esperar a nadie. Se encogió de hombros. Mi indignación le resbalaba:

—Yo no hago preguntas —explicó al fin, apegado a una fórmula que le escuché otras veces en el billar o en alguna esquina de la cuadra—. Yo cobro mi tarifa. Aprende algo: el Magnum es para matar tigres. Súbete.

La extraña uña (detalle), dibujo Omar Alonso.

—También saca del mercado a perros y burros —le repliqué sin esconderme la bronca, el empute—. Está escrito en *El Archivo de Odessa*, mi novelita de vaqueros preferida.

Hizo, torciendo la boca, un comentario sobre el tono jopo de mi humor. Ninguna razón teníamos para pelear por la suerte de dos desconocidos montañeros.

—Sí —admitió sin convicción, fatigado por la disputa—, pero depende de la clase de los burros y los perros, de si baretean o no. Sube ya.

Discutir le mareaba. Había estirado la paciencia de Ramo a límites peligrosos. Un bus merquero nos echó una sofocante bocanada de aire y gasolina. El rostro me ardía de una manera confusa. Los labios me seguían temblando de furia. Me picó la mano. A la cabeza me subió la idea de cancelarle la visa de tránsito allí mismo, con su propio revólver.

—¿Todavía quieres entrar al negocio? Hoy podrías ganarte tu primer billete largo. ¿Te gustó el bautizo?

¿Bautizo? La sangre se me calentó de nuevo. La suma que pronunció, si le hacía el dos en su vuelta de Santa Marta, yo jamás la había tenido en mis manos. Me contuve.

Quería entrar al selecto club de gatilleros del barrio. Presté dos años de servicio militar para adiestrarme en el manejo de todo tipo de armas. Matar a machete, mujeres embarazadas o niños estaba fuera de mis planes. Me revolvía, sobre todo, que el muy maldito, abusando de su condición de hombre mayor y de sus bien ganadas charreteras de matón, me hubiese sometido a semejante prueba. Me indignaba confirmar que carecía de la pasta de un asesino sin entrañas.

—Esas pintas eran porquerías –reiteró, conciliador, en plan de hermano mayor, de consejero siniestro—. Nadie los extrañará en el juego. Vendrán otros.

Terminó de detener la kawa. Me miró directo a los ojos, midiendo mis agallas, tratando de leerme la cabeza. Al fin dijo, dulcificando todavía mucho más el tono:

—Quita esa cara, pelao: es sábado. ¿Subes?

Si subía, anotó, eso significaba que sería su pana en la vuelta de Santa Marta. Permanecí callado. Llevaríamos, además de los revólveres suyos, una Beretta de 18 tiros para mí y una recortada de reserva en la caleta de la moto, por si había jaleo con los guardaespaldas de las pintas, un par de manes de Medellín. Regresaríamos a Ciénaga por el viejo camino colonial. En Costa Verde, me soltó, alguien encaletaría las armas y yo me subiría a la Ranger de otra llave suya.

"Ya", dije. "Veo".
—Aja —confirmó—: la cosa se pone fea. El palo no está para cuchara. Habrá mucho trabajo.

El billete de un embarque de coca andaba embolatado. Había que ajustar algunas tuercas. ¿Sabía algo?

En Ciénaga los rumores tenían la virtud de ser exactos. Sonrió, celebrando mi ocurrencia, exhibiendo esta vez su dentadura de piezas grandes e intactas.

Subí a *jochones*. Él cruzó la vía para tomar la derecha. Me acomodé el tambor del Magnum 357 bajo la pretina del jean. Una brisa ligera alcanzó mi rostro, realmente transfigurado. No necesitaba ir a mirarme en el espejo de la sala de mi madre para reconocer en mis facciones, todavía frescas y despreocupadas, el perfil de otro hombre. Me toqué con vigor los pómulos.

Condujo la moto con corrección, siempre sobre la berma, en límites de la barrera de mangles que separa la carretera de los caños de la ciénaga, sin excederse de los cien kilómetros, él que rara vez anda a menos de ciento veinte. El mar, a la derecha, empezaba a agitarse, a golpear contra la playa de una película demasiado exhibida, llena de baches, sin bañistas a los que complacer. La kawa alternaba rugidos y explosiones mientras devoraba el asfalto, que empezaba a reverberar. Me revolvió confirmar que nosotros no contábamos ni contaríamos nunca, que éramos piezas de poner y quitar en un tablero de calles sucias y carreras estrechas, sin porvenir. También a mí me consumía un calor viciado, pegajoso. Me urgía beber una cerveza helada de un tirón. Ramón aceleró la kawa al entrar a Ciénaga, demasiado tranquila para ser sábado. El cielo seguía alto y distante sobre las montañas más bajas de la sierra, en cuyas faldas aún íbamos los muchachos del barrio a cazar venados. No cruzamos una palabra durante el regreso.

Santa Marta, 13 de septiembre de 2017.

Clinton Ramírez C.
Narrador y ensayista. Nació en Ciénaga, Magdalena, Colombia, 1962. Magister en Literatura Hispanoamericana y del Caribe (2013). Es autor de los libros *Las manchas del jaguar* (1988), Premio de Novela Ciudad de Montería en 1987; y de los libros de cuentos *La mujer de la mecedora de mimbre* (1992); *Estación de paso* (1995); *Prohibido pasar* (2004); y *La paradoja de Jefferson* (2005). Es autor también de las novelas *Vida segura* (2007); *Hic Zeno* (2008); *Un viejo alumno de Maquiavelo* (2017); y *Otra vez el paraíso* (2018). Cuentos y ensayos suyos han sido traducidos al inglés, al italiano y al francés. La Colección Zenócrate, en 2017, reunió todos sus cuentos en el volumen *¿Te acuerdas de Monín de Böll?* Su cuento *La vuelta* resultó finalista en la edición 2018 del Concurso Nacional de Cuento de la Fundación La Cueva.

El jurado

Joaquín Mattos

La centelleante claridad del nuevo día, que lo despertó de un sueño más bien corto pero reparador, le reveló de golpe, y en toda su crudeza, la espantosa obra de su despropósito de la noche anterior: las sábanas estaban empapadas en sangre.

Era impresionante: aquello tenía todo el aspecto de una carnicería. Cualquiera que entonces hubiera observado ese desbordado caldo, aún tibio y de un rojo feroz, no habría podido menos de pensar que el cuerpo del que había manado debía haber quedado totalmente exangüe.

Después de la terrible sorpresa, su reacción fue de zozobra, en vista de la necesidad urgente que tenía de ocultar aquel desastre a la camarera, que, en cualquier momento, en el curso de esa mañana, debía aparecer para hacer el arreglo de la habitación. Aturdido, desesperado, retiró con violencia de la cama las sábanas manchadas, hizo con ellas una gran bola y buscó afanosamente un lugar donde esconderlas. Entre los cajones de la mesa de noche y el clóset, optó por este último. Pero enseguida se arrepintió. Así que las sacó del clóset y, en un acto impulsivo, estuvo a punto de arrojarlas por la ventana, pero a tiempo comprendió que ésta era una solución más absurda que la anterior, máxime que la ventana daba sobre la terraza de una cafetería situada en los bajos del edificio.

Por fin, y luego de pensar por primera vez sin ofuscación, tomó la decisión de ordenar la cama y de sepultar cuidadosamente las sábanas ensangrentadas bajo las sucesivas capas de los varios y gruesos cobertores, como quien disimula la basura debajo de la alfombra. Cuando lo logró y todo recobró un aspecto de pulcra normalidad, empezó a tranquilizarse.

Dado que su salida del hotel estaba prevista para las diez de la mañana de ese mismo día, cifró su esperanza, con más fe que razón, en que su partida pudiera cumplirse antes que el grave hecho fuera descubierto.

¿Cómo había llegado a todo eso? La aventura –llamémosla así– de Camilo Sabogal, 35 años, alto pero de complexión frágil, y quien solía ocultarse o revelarse, según el caso, en una sonrisa que muchos juzgaban irónica, había empezado casi cuatro meses atrás, cierta mañana de principios de noviembre en que recibió una llamada telefónica en las oficinas del colegio de bachillerato donde enseñaba Español y Literatura, en un barrio popular del suroccidente de Barranquilla; una voz suave le proponía participar en calidad de jurado en un concurso de cuento convocado por el Consejo Nacional de Cultura, la máxima entidad estatal de fomento de las actividades culturales

Andrea, dibujo de Omar Alonso.

de la nación. El certamen estaba destinado a los jóvenes autores inéditos de la Orinoquia, una región que le resultaba remota, pero que tenía para él el vago encanto de que en ella se extendían los famosos, los vastos y vertiginosos Llanos Orientales.

Cuando la funcionaria, que lo llamaba desde Bogotá, le dio a conocer en tono amable las condiciones del concurso y el monto de sus honorarios, no tuvo ya ninguna duda. "Acepto con gusto", le dijo. "Es un honor que me hacen".

A los pocos días, le llegó una carta con el membrete del Consejo Nacional de Cultura por medio de la cual oficializaban su designación como jurado, acompañada de un cuaderno anillado que contenía una completa exposición de la metodología a la que debía ajustar su trabajo, así como de los formatos en que tenía que consignar la evaluación de las obras que debía preseleccionar.

En el curso de los dos meses siguientes, estuvo recibiendo y leyendo copias de los cuentos concursantes; cuando terminó de leerlos todos, todavía dispuso de tres semanas más, que aprovechó para acabar de escrutarlos y separar con plena certeza los granos de la paja. El viernes cuatro de febrero, por fin, a eso de las diez de la mañana, con la cabeza estropeada por una fuerte resaca, abordó el avión que lo llevó hasta Bogotá, donde una hora después hizo conexión con el vuelo que lo transportó no sólo a él, sino a todo el cuerpo de jurados del concurso –que habían confluido a ese viaje colectivo desde distintas zonas del país– hasta su destino final: Villavicencio, ciudad sede de las reuniones deliberativas en las que se decidiría el fallo del concurso.

El alegre recibimiento que les ofrecieron las autoridades del evento en el pequeño aeropuerto de Villavicencio, con pancartas de colores que les daban la bienvenida, no le hizo prever, sin embargo, que aquellas resultarían unas jornadas espléndidas, en las que él y los demás integrantes del jurado habrían de alternar sus deberes con diversiones de todo género. Conformaban poco menos que una legión, pues se trataba en realidad de un concurso múltiple que comprendía varias disciplinas literarias y artísticas (cuento, poesía, ensayo, composición musical, etc.) y había un jurado de tres miembros para cada una de ellas.

El mismo hotel donde fueron alojados (el mejor de la ciudad) fue establecido como cuartel para las deliberaciones. Llevaban a cabo éstas durante el día, con gran rigor pero en los ambientes más informales y gratos, y por la noche eran obsequiados por la organización del certamen con estupendas atenciones sociales: desde cocteles y cenas hasta fiestas con tríos de música típica. Uno

de los principales agasajos se cumplió dos días antes de la partida, en horas de la tarde: un lento paseo en lancha por el río Guatiquía, amenizado con joropos y galerones interpretados por músicos lugareños, y cuyas rápidas y a veces melancólicas notas dispersaba la suave brisa por los densos matorrales de ambas orillas. En el desarrollo de esa misma excursión, visitaron el obelisco que señala el sitio que corresponde al exacto centro geográfico del país, en el Alto de Menegua, cerca de Puerto López.

Por la noche, tan pronto como regresaron a Villavicencio, animados por el licor que habían consumido, Sabogal y otros dos colegas resolvieron salir de juerga por la ciudad. Abordaron un taxi y le pidieron al conductor que los llevara a un sitio donde pudieran divertirse con mujeres.

Acabaron en un burdel modesto, incluso humilde, que, con todo, no llegaba a ser de mala muerte. Ocuparon una mesa, cada uno con una acompañante a su lado, alrededor de una botella de ron de caña. Sabogal salió varias veces a la pista de baile y dio giros alegres y veloces con su pareja. Ya con la cabeza nublada por el alcohol, se encerró con ella en una de las piezas. Al día siguiente, tras despertar en la habitación del hotel, embotado por la resaca, apenas si recodaba los rasgos de la mujer y, todavía menos, los detalles y las circunstancias de la cópula.

De inmediato, como de un manotazo, apartó de su memoria los jirones que le quedaban de aquella crapulosa velada, pues cayó en la cuenta de que ese día tenían la reunión final para decidir el fallo del concurso. La ducha, fría y abundante, cayó en su cuerpo como una bendición. Cuando se dirigía al pequeño restaurante donde tenían programado un desayuno colectivo, ya se sentía como nuevo. O casi.

En medio del desayuno –animado, conversado, imbuido de un ambiente de camaradería jovial–, uno de los meseros le anunció que había una llamada telefónica para él. Se levantó y fue hasta el artefacto.

–Aló –dijo.
–¿Don Camilo?
–Sí.
–¿Qué tal, cómo me le va? ¿Cómo le terminó de ir anoche?
–Bien, muy bien. ¿Con quién hablo?
Al otro lado de la línea, la voz era delgada, delicada, casi infantil.
–Excúseme –agregó Sabogal–: Mi cabeza no está muy clara.
–¡Y tan bien que me porté con usted anoche!
–Ajá…
–Y usted también fue muy formal. Me pareció un hombre interesante y…bueno, quería volver a saludarlo, nada más.
–Ah, gracias, qué amable.

Era la prostituta de la noche anterior. La muchacha –pues era evidente que se trataba apenas de una muchacha– le preguntó que si era posible que se volvieran a ver esa noche. A Sabogal le picó un acceso de curiosidad y aceptó. Fijaron la cita para las siete en punto, en el vestíbulo del hotel.

Unos 15 minutos antes de la hora acordada, mientras se arreglaba en su habitación, dos sentimientos ocupaban el espíritu de Sabogal: por un lado, la satisfacción y el alivio de haber concluido bien su trabajo, lo que había ocurrido hacia las cinco de esa tarde, cuando él y los otros dos jueces suscribieron el acta de un fallo que consideraron honesto y justo; por otro, la expectativa por saber cómo sería la fisonomía de la mujer con quien se iba a reunir dentro de poco.

Cuando el ascensor abrió sus puertas y lo depositó en el vestíbulo, la hasta entonces oscurecida memoria de Sabogal recibió un rayito de luz al ver a una jovencita que estaba de pie, apoyada sobre la barra de la recepción, lo que le fue suficiente para reconocerla. Avanzó hacia ella, que lo saludaba ya con una sonrisa un tanto tímida. No lo defraudó: si bien se trataba de una mujer de pequeña estatura, su cuerpo era proporcionado y armonioso, su tez era limpia y tersa, su cabello –que llevaba corto, peinado hacia ambos lados en dos capas simétricas que apenas si le cubrían las orejas– era lacio y brillante, y en su rostro las sangres indígena y española se habían combinado de manera feliz para componer unos rasgos cuyo conjunto era bastante atractivo a la vista.

Salieron del hotel y se fueron caminando a paso lento por la calle ancha y en penumbra. La noche era fresca. Por una extraña e instantánea sintonía afectiva, se trataron casi de inmediato como si fueran un par de antiguos conocidos. Él sintió una simpatía y una atracción espontáneas por aquella chica, que se veía fresca e inocente, ajena por completo a esa sórdida aureola de malicia y doblez de las prostitutas curtidas. Al cabo de tres cuadras de moroso paseo, ya iban tomados de la mano e intercambiando tiernos y sinceros besos de enamorados adolescentes.

Sabogal propuso ir a una taberna. Quería departir con ella, oír música, compartir alguna bebida. Tomaron un taxi y ella le indicó una dirección al conductor. Se bajaron en una zona de diversión donde imperaba un ambiente de fiesta pública, con una gran afluencia de gente, numerosos puestos de comida rápida en las calles y una algarabía de diversas músicas encontradas que eran amplificadas a muy alto volumen. Después de algún titubeo, escogieron uno de tantos sitios similares, pero que les agradó porque estaba dotado de una terraza que resultaba acogedora por su despeje y amplitud y porque permitía disfrutar a plenitud del sereno.

Sentados uno muy cerca del otro, la sensación de intimidad y complicidad se ahondó en ellos. Mientras bebían espaciados sorbos de ron, se dejaron deslizar por la corriente fluida de una conversación elemental y grata, y continuaron besándose, ahora con más efusión. A él le reconfortaba sentir que aquel affaire escapaba a la simple y vacía rutina comercial que suele establecerse con una prostituta cualquiera. Veía, sin el menor asomo de engaño, en la pureza de sus gestos y de su gozo, que ella no se entregaba a él con el estudiado profesionalismo de una ramera, sino con la pasión espontánea de una amante llena de fogosidad juvenil. Incluso, su inesperada confesión de una falta cometida contra él, paradójicamente, vino como a confirmarle esto.

–¿Se acuerda que, cuando nos conocimos anoche, usted me dijo que deseaba una llanera?

–Sí.

–¿Que lo que quería era una muchacha de aquí porque deseaba probar cómo lo hacía una llanera?

–Claro. Y tú me dijiste que eras llanera. Por eso me quedé contigo. ¿Ahora me vas a decir acaso que no lo eres?

Ella estalló en una risita tímida, avergonzada, el rostro ruborizado.

–Perdóneme. Le mentí porque necesitaba la plata. No lo hice de mala fe. Además, usted me gustó desde el principio.

–Ah, caramba. ¿Y de dónde eres entonces?

–De Bogotá.

Apuró un sorbo de ron y agregó:

–Y quiero confesarle otra cosa: sólo llevo cuatro días en esta ciudad.

–¡Cuatro días! –se sorprendió Sabogal–. ¡Exactamente los mismos que yo llevo de estar aquí!

Pero la muchacha le tenía reservada una sorpresa mayor:

–Y exactamente los mismos cuatro días que llevo también de estar en este oficio –dijo, con un mohín que le ensombreció por un instante el semblante.

Entonces le contó su historia. Sabogal tenía todo el derecho a pensar que se trataba del clásico expediente mitomaníaco de muchas prostitutas que, queriendo pasar por mujeres honestas que han caído sólo reciente y accidentalmente en la prostitución, buscan derivar de ello una condición ventajosa para sacarle un poco más de dinero que el habitual a su cliente de turno. Y, de hecho, estuvo a punto de pensarlo, pero sus maneras dulces, su ternura todavía cándida e inexperta –que se prodigaba en ademanes y frases que él recibía como estímulos altamente seductores–, su aspecto ingenuo y bondadoso, el tono infantil de su voz, todo en ella daba a sus palabras un sólido substrato de credibilidad. De modo que le creyó o quiso creerle.

Por otra parte, como ficción, aquella historia le hubiera demandado un ingenio del que ella parecía carecer. Y en todo caso –se dijo por fin Sabogal, al cabo de un largo rato, cuando terminó de escucharla–, cierta o no, le resultaba cautivante y eso le bastaba para admitirla e implantarla en la realidad.

La muchacha le contó que desde los doce años de edad (y esa noche en que se lo contaba estaba a 16 días de cumplir los dieciocho), a raíz de haber conocido, en casa de una compañera de colegio, unos hermosos aeromodelos que el padre de ésta construía, y con los que jugó fascinada durante toda aquella época, había adquirido una irresistible y creciente inclinación por la aviación. Con el paso de los años, sentía cada vez más que ésa era su vocación y soñaba no con ser azafata, como hubiera podido esperarse, sino con ser piloto. Así que, cuando terminó el bachillerato, se lo anunció con toda seriedad a sus padres. Ellos, un obrero de la construcción y una modesta dependienta de una ferretería, se opusieron de inmediato de manera rotunda. Le dijeron que se olvidara de esa locura, que ése era un oficio exclusivo para los hombres y que más bien pensara en una profesión práctica, acorde con su sexo y su clase, y cuyo aprendizaje no fuera muy complicado en términos de duración y de costos, para que pudiera aportar lo antes posible algunos ingresos a la casa. Pero como su determinación era tan firme como lo era la renuencia de sus padres a apoyarla en ningún sentido, ella, al cabo de algún tiempo (en parte por desesperación, en parte por ira, en parte por rebeldía, esa clase de rebeldía en que el sujeto se autodestruye para ofender a la sociedad), tomó la decisión más radical: vendería su cuerpo –que sabía joven, atractivo– durante cuatro meses, exactamente durante cuatro meses, que fue el tiempo que calculó que le alcanzaría para reunir el dinero que le permitiría ingresar a una escuela de aviación.

Resolvió que tenía que irse a una ciudad lo bastante lejos de Bogotá como para que les fuera difícil a sus padres encontrarla y tan cerca que el costo del viaje estuviera al alcance de sus posibilidades económicas. Una mañana, aprovechando que sus padres y su único hermano la habían dejado sola en casa, empacó sus efectos personales y, con el dinero que había logrado recolectar días antes entre algunos amigos cómplices, se fugó en un enorme, confortable y refrigerado bus a Villavicencio.

Eso había sido cuatro días atrás. Llegó a las dos de la tarde y, hacia las nueve de la noche, ya había sido admitida en el burdel donde Sabogal la cono-

cería tres días después.

–Te has dado cuenta –le dijo él, ensayando un corolario tal vez cursi a su relato– que, por cumplir tu deseo de volar, de ascender a las mayores alturas, decidiste precipitarte a lo más bajo.

Ella asintió en silencio con la cabeza.

–Sí. Pero sólo será por cuatro meses –dijo, congelada la cara en un gesto entre melancólico y perplejo–. Después de eso, nada me impedirá volar.

Observándola fijamente, Sabogal se entretuvo con la idea tonta de que aquella muchacha era tal vez un avatar de Amelia Earhart, o, por lo menos, llevaba dentro de sí sus mismas intrépidas semillas y no lo sabía.

Ella se despabiló de súbito, se arrojó hacia él con un movimiento impulsivo y le dio en la boca un beso largo, profundo, frenético. Acto seguido, le dijo:

–Apuesto a que no se acuerda que anoche me dijo algo bonito.

–¿Qué pudo ser?

–Me dijo que por la tarde había conocido el ombligo del país pero que no le había importado tanto como conocer el mío.

Sabogal sonrió. Se sintió excitado.

–Vamos a mi hotel –le musitó al oído.

–Creo que esta noche no puedo –dijo ella–. ¿Usted hasta cuándo se queda?

–Hasta mañana temprano –contestó él–. Mi vuelo sale a las once de la mañana. Así que sólo tenemos esta noche.

–Pero es que esta noche no puedo.

–¿Por qué? ¿Qué te lo impide?

–No es nada. Es sólo que no puedo –volvió a excusarse ella y remató, cambiando bruscamente de ánimo–: ¡Aplace el viaje hasta pasado mañana!

–Lo veo muy difícil –dijo él, y arremetió–: ¡Vamos, nena, disfrutemos esta noche! ¡Di que sí puedes!

–No, no puedo –masculló la muchacha, y era evidente que el momento se había tornado difícil para ella. Transcurrieron unos segundos en que, de no ser por la música que sonaba alrededor, se hubiera podido oír el latido del estado de tensión que había sustituido la relajación y la alegría que habían caracterizado aquella velada. De pronto, ella se llenó de valor para explicar–: Está bien, le voy a decir por qué no puedo, pero espero que me comprenda: quedé comprometida con estar donde la patrona antes de las once de la noche, porque quiere que yo atienda a un cliente muy especial que llegará a esa hora.

El corazón se le desinfló a Sabogal. Pero todavía se le ocurrió un último recurso:

–Bueno, apenas son las nueve y quince. Así que pórtate bien y acompáñame por una hora al hotel. Una hora nada más. Sólo quiero un poco de privacidad contigo. Eso es todo.

Acabó por convencerla. Pagó de inmediato la cuenta y, en cuestión de minutos, abandonaron el lugar en un taxi. Cuando atravesaban el vestíbulo del hotel en dirección al ascensor, uno de los recepcionistas trató de detenerlos. Le explicó a Sabogal que no podía subir a la habitación con la señorita, salvo que pagara su alojamiento. Sabogal pretextó que se trataba de una amiga y que sólo iban a reunirse, junto con otros jurados del concurso, para beber una botella de licor del minibar y tertuliar un rato. El recepcionista, un poco a regañadientes, transigió.

Pero tan pronto como transpusieron el umbral de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con

un golpe seco, sin encender la luz, empezaron a besarse y a acariciarse con un apetito urgente, creciente. Sólo cuando estaban tumbados en la cama, ya en la cresta de la ola febril del deseo y casi por completo desnudos, ella se atrevió a confesarle:

–Ay, don Camilo, yo le dije que esta noche no podía. Y ahora me hace pasar por la vergüenza de tener que reconocerle la verdadera verdad: es que tengo la regla.

Pero ya era demasiado tarde. En realidad, lo dijo no para oponer un obstáculo, sino porque consideró su deber advertírselo, pues ella ya había depuesto prácticamente sus armas. Sabogal acabó de rendirla:

–Qué importa eso –le dijo, y añadió en tono de broma–: Si es preciso, el amor hay que hacerlo con sangre.

Así que acabó de desnudarla y empezó a poseerla parte por parte, degustándola a fondo, sin prisa, y luego, desde el instante en que la penetró, estimulado por el estribillo papito, papito, papito, que ella gemía con una voz a un tiempo suave y desesperada, permaneció por mucho tiempo embistiéndola en distintos ritmos y en distintas posiciones, absolutamente ajeno al hecho de que, fluyendo en forma continua en la espesa oscuridad, del sexo de ella manaba un hilo de sangre que iba irrigando silenciosamente las blancas sábanas.

Joaquín Mattos Omar
Nacido en Santa Marta en 1960. Escritor y periodista. Autor de los libros de poemas: *Noticia de un hombre* (1988); *De esta vida nuestra* (1998); *Los escombros de los sueños* (2011); así como del volumen de narraciones y prosas varias *Páginas de un desconocido* (1989); del libro de cuentos *Canción de amor para despertar a un yonqui* (2014); y de *En la madriguera del genio*, crónicas y ensayos sobre García Márquez (2015). En 2010 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en la categoría de «Mejor artículo cultural en prensa». Textos suyos se hallan incluidos en *Poetas en abril*, de Luz Eugenia Sierra (Medellín, 1985); *Antología de lecturas amenas*, de Darío Jaramillo Agudelo (Bogotá, 1986); *Poesía colombiana contemporánea*, de Marcos Silber (Buenos Aires, 1992); *Antología de la poesía colombiana*, de Rogelio Echeverría (Bogotá, 1997); *Inventario a contraluz* de Federico Diaz Granados (Bogotá, 2001); *Cuentos y relatos de la literatura colombiana*, de Luz Mery Giraldo (Bogotá, 2005); y *Cuentos colombianos* (Madrid, 2009), entre otras selecciones.

La pared

Leo Castillo

Son las cuatro de la tarde. A esta hora la gente que está sentada al frente de su casa, tanto como los escasos transeúntes que caminan por la calle del Comercio, si lo desean, pueden ver a un hombrecito de andar nervioso y nuca rígida que sostiene la cabeza ligeramente ladeada hacia el hombro izquierdo. Aunque es más probable que este cromo mal pegado en un costado de la hora no despierte en personas sensatas el menor interés.

De modo que, inadvertido como la brisa que con un dulzón olor a barzales podridos va levantando el polvo de las calles, así nuestro fulano pasa a través de la pantalla de la realidad como lo haría un fantasma. Y es que Nicomedes (que pues así se llama nuestro sujeto), es poco menos que esto, un fantasma. Nicomedes es un hombre tímido, de ademanes rápidos y cortos como los movimientos de las lagartijas. Para su fortuna la presunta calle del Comercio está materialmente solariega (por lo que a él atañe, nunca ha conocido en ella el supuesto ajetreo de una calle comercial). De manera que ésta, como muchas otras tardes, practica el trayecto hasta su casa sin tener que saludar a ningún impertinente suelto por allí. No le agrada toparse con señores respetables que lo detienen en medio de la calle para darle la mano y preguntar autorizados cómo está, que si su señora madre ha mejorado, que cómo le ha parecido el partidazo que se jugó la selección nacional. En tales casos Nicomedes, hombre escurridizo, responde con imparcialidad y algo de cortesía y asentimiento para salir del paso, en tanto persigue la ocasión de escabullirse. Es hombre de pocas palabras, como se puede ver.

Con todo hablamos de un cumplidor corriente de su deber. Al morir su viejo consiguió dejarlo colocado como recaudador. El viejo, muerto un par de años atrás, también se había desempeñado como recaudador y, a su tiempo, concejal, manteniendo un modesto hogar con dos hijos (el pequeño Nico y Clara) y, con alguna dedicación y austeridad, alcanzó a dejarles para una opaca comodidad. Un año después de su muerte Clara, que ya tenía la edad de rigor, se había casado con cierto obrero y se había ido a vivir a una ciudad cercana. Ahora bien, antes de abandonar su tierra, Clara y su esposo (tendrían sus ahorros), habían adquirido un pequeño apartamento (salita y dormitorio) que dejaron a Nicomedes. Nicomedes se mudó de la vieja casa de sus padres para instalarse solo en el apartamento, quedando su madre al cuidado de una sobrina.

Y es hacia este apartamento que justo ahora se dirige Nicomedes, con su característico paso rápido, casi intempestivo de lagartija a las cuatro de

la tarde, un poco molesto por el polvo que levanta la brisa que sube desde la ciénaga próxima al suburbio.

Y por fin, chas, Nicomedes salta sobre el pretil de su morada. Ya tiene la llave en la mano, así que abre y entra. Luego se da media vuelta, asoma su cabecita hacia la calle, la introduce nuevamente y pam, cierra. Respira acezante, como si acabara de realizar una proeza.

Según se puede ver, Nicomedes es hombre simple y en su tierra lo tratan como tal. Va de tanto en tanto al estanquillo y observa un poco en un respetuoso silencio las vocingleras partidas de dominó, que no entiende y come en casa de su madre, donde también le lavan y aplanchan la ropa. Ah, y tiene y tiene una novia. Esta mujer (ya no tan joven), de tarde en tarde le hace una formal visita. Se quedan conversando con la puerta abierta (la gente a veces murmura más de la cuenta) y a eso de las siete de la noche ella se despide y Nicomedes sale a comer solo, siempre solo.

Ahora Nicomedes ha cerrado la puerta. Está solo y como es habitual no tiene nada que hacer. Abre la ventana de la sala, va al cuarto y prende el ventilador. Se tira en la cama boca arriba, se queda mirando las aspas que giran a dos metros de su cabeza y así permanece durante unos lentos y mudos minutos, sin que se escuche otro ruido que el de las aspas del abanico.

Hasta aquí su vida ha transcurrido sin ningún sobresalto digno de memoria. Pero he aquí que de repente Nicomedes da un brinco en la cama y se estrella una mano contra la palma de la otra. Ha quedado sentado en la cama con una expresión tan extraña en los ojos que parece otro: está estupefacto.

—¡Me voy a casar! —casi grita el pobre Nicomedes—. ¡Me voy a casar con ella! —repite y vuelve a repetir.

Nicomedes se levanta de la cama y empieza a caminar de un lado para otro en el cuarto. Sus ojos están desorbitados y pasan encima de las cosas sin fijarse en nada. Después, como si ya no cupiera en el cuarto sale hasta la salita y sigue paseándose en un estado febril, entrelazándose las manos a la espalda, sobándose la cabeza, tocando palmaditas. Es para reír, en verdad. Por último, abre la puerta del patio y allí se pasea con igual excitación. Del patio va a la salita, de ésta al cuarto y déle que déle. Así lo cogen las seis de la tarde y Nicomedes sin conseguir sofrenar su frenesí sale y se va a casa de su madre. Quienes tuvieren la injustificada ocurrencia de fijarse en él, verían a un Nicomedes que camina un poco más rápido que lo habitual. Nada más. Saluda al paso a una que otra persona y chas, brinca al dintel de su destino.

—Ma-madre —tartamudea Nicomedes—. Mamá, me voy a casar con Sofía.

—¿¡Verdad, verdad!? —es todo cuanto atina a responder su madre, si acaso esto fuera una respuesta—: ¿¡verdad!?

Bueno. Después de la sorpresa de mamá los dos hablan animadamente del próximo suceso. Según parece, en este último par de horas Nicomedes ha redondeado su idea.

—Nos casaremos dentro de quince días.
—¿Dentro de quince días? ¿No es muy poco tiempo? ¿Y Sofía, qué dice?
—Ella todavía no lo sabe.
—Ay, caramba —exclama como embobada la madre.

Mal que bien Nicomedes duerme esa noche. Al día siguiente, presa todavía del entusiasmo que le hemos notado, lo vemos empujar el tiempo paseándose de aquí para allá en el apartamento. Barre por enésima vez la sala, sacude los muebles, acomoda el retrato de su padre que cuelga de un clavo, riega las matas del patio, llega a la puerta de la casa, se asoma y pam cierra.

El tiempo no puede dejar de transcurrir por mucho que se dedique a desesperar a Nicomedes, así que se han hecho las tres y cuarenta y cinco de la tarde. Ya Nicomedes ha ido a almorzar, ha regresado y ahora mismo lo podemos ver sentado en la salita haciendo monicongos con un lápiz en una vieja libreta, impaciente como es de apreciarse. En esto tun, tun, tun, tocan a la puerta.

—¡Sofía! —casi grita Nicomedes y brinca y abre.

Efectivamente, es ella. Nicomedes se abalanza sobre la mujer y la abraza en la puerta. La abraza y la besa en el cuello, en la frente impúdicamente y luego afortunadamente tira de ella hacia dentro y pam, cierra la puerta.

—Pero, Nico ¿puedes decirme qué bicho te ha picado? —no puede por menos dejar de preguntarle Sofía. Por toda respuesta, Nicomedes saca su pañuelo del bolsillo trasero del pantalón. Con sus característicos movimientos de lagartija lo despliega y le muestra un anillo escondido entre los dobleces.

—Me lo dio mi mamá ahorita mismo. Es el que le puso mi padre a ella cuando se casaron. A ver cómo te queda… —y él mismo se lo coloca a Sofía en el anular—. ¡Pero si te va como anillo al dedo! —atina Nicomedes y ambos estallan a reír—. Nos casaremos Sofía, tú y yo nos vamos a casar dentro de quince días.

Es entonces cuando Sofía levanta la cabeza y se lo queda mirando con unos ojos como de luna llena. Lo mira así y su sonrisa empieza a abrirse lentamente y por último se arroja en brazos de su inminente marido.

Ninguna pompa, no señor. Nicomedes telefonea a su hermana notificándole que ella y el cuñado son los padrinos de la boda. En la fecha convenida se lleva a cabo el matrimonio, hay una pequeña reunión, tragos, música y listo. Todo ha concluido. Sofía y Nicomedes son ahora marido y mujer.

Al día siguiente, todavía de mañana Nicomedes y su cuñado están tomándose unas cervezas de despedida. Los dos han amanecido despabilados bebiendo y conversando.

A decir verdad, Nicomedes nunca había bebido de esa manera (ni conversado, huelga decirlo), y este detalle es digno de tenerse en cuenta como trazo que define el incauto perfil de nuestro Nicomedes. Pero bueno, su hermana y su cuñado se van, tienen sus compromisos que cumplir, así que los acompaña al transporte entre bromas y risitas de compinches (está irreconocible de comunicativo) para luego retornar al lado de su esposa. Al llegar encuentra a Sofía vestida con una bata rosa de encaje blanco y la abraza y le hace arrumacos. Dando algunos rodeos dan por fin en el cuarto y caen en la cama. Sofía le quita la corbata, lo desabotona, le saca los zapatos y los pantalones. Quedan desnudos, se abrazan, se besan. Nicomedes palpa por primera vez los senos todavía turgentes y palpitantes de su querida Sofía. Luego, lo sabido, se unen en un abrazo y jadean y jadean hasta que todo concluye. Nicomedes queda rendido y hundido en un profundo y beatífico sueño. Durmiendo se va de largo en el sueño y no resucita sino con las primeras luces del día siguiente.

Nicomedes ha abierto los ojos, se ha despertado sobre su lado derecho. Recobra poco a poco la consciencia de la realidad y extiende su mano para alcanzar a Sofía sin encontrarla. En eso oye ruidos en la sala y entiende que es ella que trasiega por allí. Permanece todavía un momento echado en la cama, se incorpora, se sienta en el borde. Le duele levemente la cabeza y se la acaricia mientras una tenue sonrisa se bosqueja en sus labios. Va a llamar a Sofía cuando repentinamente experimenta una extraña sensación. Decir una extraña sensación es no decir nada desde luego, pero ¿cómo definir un estado nunca antes experimentado, sin referencia visible en el pasado de un hombre? En todo caso, lo que Nicomedes siente es como si una fuerza exterior, quizá el mero espacio del cuarto empezara a comprimirlo, a apretar desde todas las direcciones contra él. ¿Se trata tan sólo del espacio de la alcoba, se trata del planeta o aún el espacio infinito lo que lo oprime? Nicomedes siente la presión poderosa de esta fuerza y queda extrañado de su nitidez, de lo rotundo de esta sensación, permanece rígido, maravillado por el fenómeno hasta cuando estima que ya estuvo bien y decide de nuevo llamar a Sofía. Siente entonces cómo su cabeza experimenta un giro lento pero irresistible hacia atrás, al punto que parce que se le quiebra el cuello y al no poder dominar este movimiento tiene que girar también el cuerpo para evitarlo. Su cabeza está ahora de frente a la pared que, a través de la cortinilla, deja filtrar los primeros rayos del sol. Nicomedes, a causa de de esta operación, ha quedado a gatas en la cama mirando hacia la pared sin poder conseguir retirar la vista de allí. La fuerza que lo violenta es tremenda aunque no dolorosa por lo pronto y Nicomedes sólo está admirado por tan curioso hecho. Llega luego a la certidumbre de que hay tras esta fuerza una incuestionable voluntad, una intención por la que él mismo no responde. Llegado el momento encuentra ridícula su postura, así que muy lentamente (él, que no efectúa sino los movimientos bruscos y cortos de las lagartijas) empieza a gatear hasta el borde de la cama sin que pueda girar un ápice la cabeza de la posición impuesta y es así que consigue sentarse en el borde opuesto.

En la sala Sofía ha estado preparando una limonada, o algo así. Todavía no tienen cocina, habrá que acondicionarla lo antes posible. Canturreando descalza, vestida con la bata de anoche desceñida entra en el cuarto, ve a Nicomedes sentado en el borde de la cama, va y se sienta a su lado. Le da un beso en la mejilla, le tiende el vaso de limonada. Divertida le habla:

—Toma querido: bebe este brebaje para que te quedes aquí siempre conmigo — y ríe, encantadora.

Según pintan las cosas Nicomedes siempre estará allí siempre y será más bien Sofía la que termine alejándose. Claro que la mujer no piensa ni remotamente nada parecido, qué va a pensar. Viendo que su marido no se inmuta deja el vaso en la mesita de noche e, iniciando una danza graciosa, se le acerca y coloca enfrente. Sin dejar de contonearse empieza a desvestirse al ritmo de una música tarareada por sus labios sonreídos. Se quita prenda tras prenda dejando caer la ropa al piso hasta quedar completamente desnuda. Aunque Sofía es mujer hecha y derecha como se ha dicho, su cuerpo no deja de ser esbelto y firme, de formas sinuosas y piel tan suave como la bata del piso. Pero Nicomedes permanece estático y sus ojos son dos cazos pulidos. Ella sin embargo continúa balanceándose hasta acabar echándosele encima y lo derriba de espaldas sobre la cama. Suave pero resueltamente Nicomedes la retira y recupera su postura sentado frente a la pared.

—¿Qué tienes Nico, qué es lo que te pasa, te sientes mal acaso, te duele la cabeza?

Nicomedes no responde. Un rayo de sol le está dando en la cara y por primera vez Sofía se turba, le acaricia la mejilla, lo besa, lo abraza y Nicomedes, rígido como una esfinge. Entonces la mujer decide que ese juego es aburrido. Se levanta y envuelta en una toalla va al baño. Mientras el agua resbala por su piel Sofía canta y juega con la espuma. Va a volver al cuarto esperando que ya a Nicomedes se le haya pasado esa sonsa manera de bromear pero al entrar lo halla en la misma posición. Sofía hace uf, se seca, se viste, se peina, se maquilla un poco.

—Báñate ya Nico y nos vamos a ver a tu mamá.

Sofía sigue diciéndole cosas, bromea todavía, sin hallar respuesta a sus halagos hasta llegar a la escueta desesperación.

—Pero Nico por Dios, qué es lo que te está pasando, háblame, dime qué es lo que tienes —. Nico no responde. —Nico voy a tener que ir adonde tu mamá porque yo no entiendo qué es lo que te pasa —. Y Sofía empieza a sollozar.

Sofía ha vuelto de su suegra, inquieta también ya ella.

—Vamos a ver Nico, ¿qué es lo que tienes? Te sentaron mal los tragos seguramente, el pobrecito no está acostumbrado a tomar de esa manera.

La madre viendo que nada consigue con su exhortación y sus ruegos, tomándole el rostro entre las manos habla con la cara pegada a la de su hijo.

—Nico, soy yo, tu madre, ¿por qué no me dices qué es lo que tienes?

—No sé madre. Me encontré contra esa pared —es todo cuanto concede Nicomedes, que nada más pueden sacarle las mujeres este día.

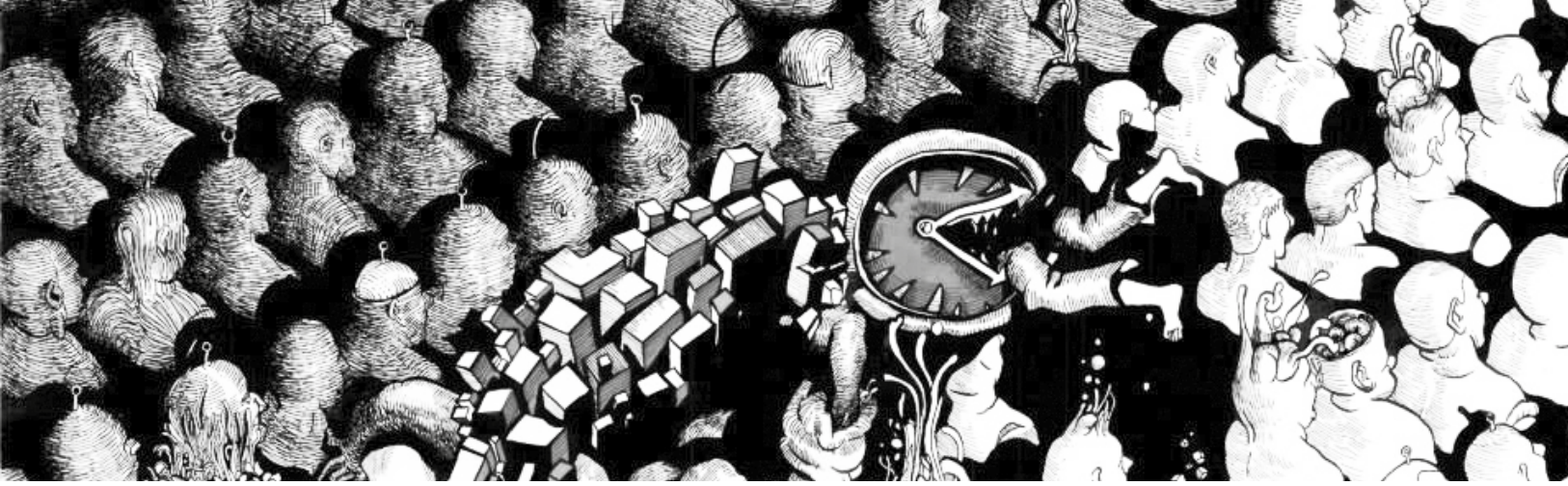
Por la noche su mamá consigue por fin que se acueste, le hace tomar un par de aspirinas con Alkaseltzer, luego un jugo de naranja y se va, visiblemente conturbada se va. Acostado, de lado vuelto hacia la pared en cuestión Nicomedes aparentemente duerme. A medianoche se levanta, va hasta la pared y allí se arrodilla, con que consigue despertar a Sofía, que ya no logra dormir durante el resto de la noche, pasándola entre sollozos.

Despunta el día y Nicomedes parece dormitar en cuclillas, la cabeza reclinada contra la pared. Después de bañarse Sofía resuelve buscar de nuevo a su suegra. En cuanto entra y lo ve contra la pared la buena señora rompe en llanto, y ella y Sofía se abrazan sin saber cómo encarar el asunto.

La madre sale con rumbo a la iglesia (es católica) dejando a Sofía al cuidado de Nicomedes, eleva su plegaria de rodillas ante el altar del Crucificado porque su hijo se restablezca. Por lo pronto sus plegarias no serán atendidas y así transcurre una semana sin que nada haya cambiado.

Si bien en ocasiones Nicomedes recibe uno que otro bocado más bien suele pasarla sin comer nada. Su madre y su esposa desesperan piensan y piensan a la topa tolondra sin poder hacer nada por el hombre y, como cabría esperarse estalla la crisis entre las mujeres. La madre la emprende contra Sofía y la acusa.

—Usted es la que ha echado a perder a mi hijo puerca bruja —y también que —él era una persona normal hasta que se enredó con usted.



Ese monstruo llamado tiempo (detalle), dibujo de Omar Alonso.

Sofía no sabe qué replicar, siendo los sollozos espasmódicos su única respuesta. La madre le grita que se largue y no vuelva más, ella y sólo ella es la responsable del mal que aqueja a su hijo.

La madre se queda sola con Nicomedes en el apartamento y, segura de que se trata de un hechizo, hace traer un brujo. El chamán hace preguntas, se empapa del caso y resuelve que, en efecto, un brujo contratado embromó a Nicomedes para retenerlo junto a una mujer y que el brujo se ha excedido en el procedimiento. Pide a la señora que lo deje a solas con la víctima del maleficio, quema sahumerios de aroma áspero, canturrea, masculla conjuros contra los poderes perniciosos que perturban el juicio a Nicomedes. Luego de una hora exacta de trabajo, sudoroso el brujo abre la puerta, entrega hierbas y emplastos a la madre y se va, no sin antes recomendarle que prepare bebedizos con las hierbas que "le sacarán el diablo del cuerpo a su hijo."

Transcurridos algunos días todo sigue igual, esto es, peor teniendo en cuenta el desgaste que la prolongación el tiempo ocasiona. ¿Qué hacer?

—La pared. Esta pared —es todo cuanto Nicomedes, en sus mejores momentos da en articular.

Como quiera que ciertas personas se enteran del curioso padecimiento, alguien sugiere a la madre de Nicomedes que acuda a un especialista y "ya está. Un psiquiatra es la solución."

—Señora, teniendo en cuenta que la fijación se ha originado en la pared oriental, no quepa a usted la menor duda el complejo de su hijo está relacionado con la búsqueda del padre, principio luminoso, Yang, lo trataremos con regresiones y verá usted cómo supera el trance. No me atrevo sin embargo a afirmar apriorísticamente si la actitud de su hijo obedece a un rechazo por este principio o a una dependencia patológica. Hablo de un crisis identitaria explícitamente, pero los signos como comprenderá usted son ambiguos. Déle esta receta de antidepresivos y –y el médico del espíritu garrapatea su fórmula en el recetario.

Hipótesis más, hipótesis menos, el psiquiatra con el transcurso de los días se ha mostrado tan incapaz y dejando a la madre no menos perpleja ni menos desconsolada que el chamán y a estas alturas su desesperación no conoce tasa. De nuevo, ¿qué hacer? "La pared, claro, cómo es que no se me ocurrió antes, si hasta mi pobre me hijo lo dice."

Y ya tenemos aquí a un grupo de albañiles. El oficial de albañilería (que así se hace llamar el sujeto) inspecciona la pared, toma medidas con su cinta métrica de largo, ancho, espesor, golpea con los nudillos como buscando superficies huecas, compara el revoque con el de las otras paredes y anota, sí, parece que anota y anota en su libretita endurecida con pegotes de argamasa.

—Esta pared no tiene nada de especial, es igual a las otras —es el diagnóstico inapelable del oficial.

—Señor, yo lo llamé para que haga algo, derribe usted ese estorbo y levante otra pared, es eso lo que quiero pedirle —apela la madre.

Los albañiles echan mano a sus mazas y cinceles, cómo no. Ciernen arena, preparan mortero, levantan con bloques otra pared. Entre tanto Nicomedes permanece extático en el borde de la cama contemplando el vacío ante él. Todo se ha arruinado ya. Su mujer, la furtiva Sofía, acecha una salida de la madre para visitarlo, bien que cada vez que efectúa estas incursiones vuelve a casa desolada y es así que su parientes deciden impedirle acercarse a Nicomedes, cuya madre luce notablemente desmejorada. La hermana y el cuñado vienen a verlo pero, pragmáticos, resuelven al cabo que todo es inútil, así que dejando unos pesos y alguna descreída recomendación se vuelven a sus faenas.

Ya los albañiles han levantado, pues, otra pared que han pintado de otro color, más alegre que el anterior y colocado una ventana más amplia con celosía de colores variados y la madre cambió de cortinas, pero "la pared. Esta pared" es todo cuanto repite ante cualquier conato de comunicación Nicomedes. Su salud ha decaído tanto y su delgadez es tan extrema que ya nada más pueden intentar chamanes ni psiquiatras, oraciones ni exorcismos. Ahora es el traslúcido cordón de la dextrosa lo único que parece atarlo a la vida. Está tan flaco y tan débil que no ingiere alimentos y mira como si ignorar dónde está ni quienes son su madre, Sofía ni los paramédicos. Tendido boca arriba, la aguja del suero inyectada en el brazo Nicomedes levanta la mano temblorosa y musita señalando el vago vacío:

—La pared. No puedo con esta pared.

Está en el hospital hace unos ocho días y su estado es delicado, el pronóstico desalentador.

De modo que una tarde a eso de las cuatro, cuando la brisa con su dulzón olor a barzales podridos viene desde la ciénaga paseándose como un cansino fantasma que revuelve el polvo de las calles de la arenosa villa, una tarde en que la calle del Comercio está tan desolada como de costumbre y solamente algunas personas sentadas en sus terrazas se debaten con la última hora del calor, una tarde…

Leo Castillo
Nació en Soplaviento, Bolívar, en 1961. Es poeta, novelista, narrador, traductor y ensayista. Ha publicado los poemarios *El otro huésped*; *De la acera y sus aceros; A la altura de tus heridas, Libro de mal amor*; y los relatos *Convite y Al alimón Caribe*, así como la fábula ilustrada *Historia de un hombrecito que vendía palabras*, y de la novela *La labor de taracea*. Ha participado en festivales y encuentros literarios y poéticos nivel nacional e internacional.

Si una noche oscura el pasado

J.J. Junieles

Alguien le abre las puertas al Diablo todos los sábados por la noche. David lo sabe y lo sufre. A veces logra librarse de ese turno mensual, cuando cuadra horarios con otros fotógrafos, a través de un billete de más, o una entrada para clásico en El Campín. Pero hoy la suerte ya está echada, todos se han ido a lo suyo, y alguien debe tomar las fotos de un accidente.

Aumentó el flash. Una, dos, tres. El muerto miraba su muñeca como si tuviera interés en conocer la hora exacta de su muerte. Era un rostro conocido. David se acercó, se puso de rodillas y miró por entre la sangre. Se puso de pie y buscó con los ojos algo que borrara esa imagen que parpadeaba en su mente. La distancia entre los edificios creció, y él se hizo más pequeño. Quince, veinte años lo separaban de esa cara. De la cara de su padre.

Parecía buscar una explicación, pero en realidad se observaba a sí mismo, más preocupado por su reacción frente al hallazgo que por el estado de las cosas. Sospechó que era, tal vez, una forma instintiva de protegerse, una sana y genuina reacción que pulsaba desde su espíritu.

—¿Se sabe algo del auto? —No. Míralos, unos están borrachos, otros ya no ven nada, están muy viejos—. El policía lo dijo con una preocupación mal disimulada. Un taxista dijo que vio un auto gris girando por aquella esquina, y ella dice que lo conocía. El hocico del gendarme apuntó hacia una muchacha. Ojos grandes, labios grandes. Dice que el viejo comía en aquel sitio.

David volvió a su máquina. Lo bueno de fotografiar muertos es que ninguna foto sale movida. "¿Por qué no ha dicho a nadie su parentesco con el finado?", le pregunta David a David. Nadie responde. La ambulancia llega con su faro de luces dando vueltas, pintando de rojo el rojo de la escena. David, padre, madre, hermana, la infancia. Había un pasado, había una casa con enseres mínimos, una mujer que conserva sobre la estufa la comida caliente de su marido. Un viejo que dice ya no más. Madre llorando bajito en la habitación, su sombra a través de la cortina. No había puertas entre los cuartos, había cortinas. Ese detalle lo había olvidado.

El policía se agachó y sacó la billetera del pantalón. Observó los documentos y dictó los datos del muerto al señor periodista. David anotó

impasible, llevando la frialdad, la venganza, hasta la empuñadura. Tampoco dijo nada cuando metieron la camilla y el bulto en la ambulancia. David regresó al diario justo antes del cierre de la edición. Entregó las fotos y los datos al editor nocturno. Si hay novedades, buscará mañana en los boletines policiales.

Parece que su cabeza la tiene en los pies, porque piensa mejor cuando camina. Recordó a su padre, sus broncas cuando llegaba a casa, tarde en la noche y borracho. Los vecinos demandando silencio. Los perros que ladran. Hermana llorando bajo las sábanas.

Cuando visita a su madre, algo parece colarse en sus conversaciones, algo que se hace presente aunque no se mencione por miedo a invocarlo. Algún hábito o rutina doméstica que los lleva a mencionar su nombre, su razón civil: su padre.

El frío lo hizo abrazarse a sí mismo. Tomó un taxi y, cuando iba por la mitad del camino a casa, tuvo un deseo, rápido, como un auto que se fuga. Le dio al taxista una nueva dirección. No quedaban señales del accidente, hasta la calle se había muerto. Más allá del restaurante, un par de viejos con ruanas guardaban la entrada de un parqueadero, junto a un perro que parecía una oveja. No hablaban, escuchaban música de una radio. El perro también escuchaba. David entró al negocio.

Aunque había mesas en el pequeño local, decidió sentarse ante el mostrador. La muchacha fue a su encuentro con su cara aniñada. Cuando le preguntó qué quería, David vio que también tenía los dientes grandes; lo único apagado era su voz. Regresó con una cerveza y con sus ojos grandes, que ahora estaban rojos. De algún sitio llegaba un olor a cebollas fritas.

Desayuno en el jardín, dibujo de Omar Alonso.

—Usted es el fotógrafo.

—Sí, vine hace poco, por lo del muerto, el viejo que arrollaron en la esquina. —"Reiteración innecesaria de motivos para estar allí", pensó, "soy un idiota".

—Sí, pobrecito —la muchacha hizo una mueca de resignación que le ocultó los labios. ¿Por quién se lamentaba, por él o por el muerto?

—Debió tener más cuidado —le dijo.

La muchacha lo miró como si estuviera muy cansada para escuchar ironías. David hubiera querido retirar lo dicho.

—La calle está muy oscura. Cada vez que arreglan la lámpara del alumbrado, los jíbaros vuelven y la rompen. Tal vez el auto no lo vio —la muchacha dio la espalda y se concentró en el lavaplatos.

Algo se había roto. David se entretuvo haciendo círculos con un poco de agua derramada en el mostrador. Quería decirle algo reconfortante a la muchacha, quería recuperar su atención, cerrar la grieta. Buscó suavizar su actitud, sin parecer rogativo ni condescendiente. Los que mendigan no eligen.

—Te vi hablando con la policía. ¿Conocías al muerto?

—Venía todas las noches. Hablaba mucho. Yo no hablo mucho. Él hablaba de todo. Había viajado mucho, estuvo en muchas partes. Era muy decente, de pronto la mujer dejó los platos, como si hubiera recordado algo. Fue corriendo hacia el fondo del local, a la cocina, donde tal vez algo se quemaba. Regresó con los ojos rojos.

Imaginó a su padre cenando todas las noches, después de la jornada, en lugares innumerables como éste; a través de ese largo camino que recorre la gente para poder olvidarse de sí misma. Así que pasan quince, veinte años, que ya vienen a ser algo, y olvidan lo que fueron, y renacen, y se olvidan del polvo bajo la alfombra.

Corremos con todas las fuerzas buscando huir del tedio de las horas, pero bajamos la mirada y descubrimos que seguimos en el mismo sitio. El caso es que parece que la vida son esos pequeños momentos que al sumarse parecen significar toda nuestra vida. Alguien cruza despreocupadamente una calle y muere. Alguien se ve obligado a trabajar una noche y se lleva una sorpresa. El resto del tiempo es sólo una preparación para esos instantes en que algo pasa y se desencadena todo.

Buscó concentrarse en la muchacha. Tal vez fue la última en verlo vivo. Seguramente, a través de conversaciones casuales, ella sabía más que nadie quién había sido su padre, ese señor decente que distraía a la gente con sus historias de lejanas tierras. Apartó los pensamientos como a insectos incómodos.

La vio quitarse el delantal y colgarlo en un clavo. Se veía indefensa, vacía, sin ese oficio que seguramente llenaba todas sus horas. Cruzó palabras con el muchacho que atendía la caja registradora, y le entregó un mazo de llaves.

David llamó a la muchacha, le dio un billete y ella regresó con las vueltas. La vio colgarse una cartera, y sacar una bolsa con alimentos de una nevera. De pronto, prosperaba un rubor en sus mejillas. Era deseable, accesible, cercana. Ya era también una mujer. Pensó en lo bueno que sería dejarse arrullar por la voz y la paciencia de una mujer.

—¿Cómo se llama?

—Alicia.

—Déjeme acompañarla, Alicia.

—Cómo se le ocurre, vivo aquí no más, muy cerca.

—Vamos, ya usted vio, a veces basta cruzar una calle para que las cosas se pongan feas.

—En serio, no se moleste.

—No es molestia, mujer; a esta hora ni los gatos andan solos.

***

Un olor a champú barato se desprendía del pelo de la muchacha, mientras la peinaba con los dedos; penetraba en él como un pensamiento propio. Tenía sed, y esa inevitable melancolía que se instalaba en él después del amor.

¿Cómo hace esta gente para encontrar belleza en todas partes?, se preguntó, mientras veía el blanco apagado, casi sucio, en las paredes de la pequeña y única habitación del apartamento. Envidiaba a la muchacha, su aureola de oro en mitad de la pobreza de su vida. La ventana del cuarto daba hacia un muro. Ella tan feliz con su ventana hacia ninguna parte. Las mejores flores crecen en los estercoleros. Se supo indolente, y sintió asco de sí mismo.

—Por favor, no piense mal de mí.

—Pero qué podría pensar, muchacha.

—Usted sabe. Hace sólo un par de horas nos conocemos, y ya estamos en esto. Otra noche habría sido fácil decirle que no, pero la muerte del viejo me dio miedo. Lo conocía desde hace un par de meses, ayer me había pedido que nos fuéramos a vivir juntos; esta noche le iba a decir que sí.

David recordó al policía: "Ella dice que lo conoce". Los ojos grandes y rojos de llanto. El imposible olor a cebollas. Quizá todavía existía la posibilidad de que hubiera un final feliz, incluso para ella, que ya no lo esperaba. Recordó también algo que leyó en alguna parte, que al nacer tenemos trescientos huesos, y, al crecer, morimos con menos de doscientos seis.

¿Por qué recordaba eso, qué sentido tenía en ese momento, cuando ha descubierto que, de alguna manera, se ha convertido en su padre, que este, de alguna forma, lo había llevado hasta esa cama? Alguna gente se muere para recordarle al mundo que aún estaba viva.

Le sobó el pelo a la muchacha, como si limpiara de polvo a una muñeca. Le hubiera gustado que alguien les tomara una fotografía.

—Mañana le mando a hacer una misa —dijo ella.

J. J. Junieles

Nació en San Luis de Sincé, 1970, creció en Cartagena de Indias y vive en Bogotá. Poeta, narrador y periodista. En 2002 ganó el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá, Poesía; en 2007 se le otorgó la Beca de Residencia Artística Banff Centre for the Arts de Canadá; y ese mismo año fue escogido por el Hay Festival de Literatura para ser parte del proyecto Bogotá 39. Sus trabajos periodísticos han sido publicados en diario El Heraldo, El Universal, revista Semana y Soho de Colombia. Ha publicado en poesía: *Canciones de un barrio en la frontera* (2002) *y Barrio Blues* (2015); en cuento: *Con la luz que me queda basta* (2007), *El amor también es una ciencia* (2009), *Todos los locos hablan solos* (2011), y la antología de cuentos *Fotos de cosas que ya no están* (2015) Sus cuentos y poemas aparecen en antologías de Italia, México, España, Argentina y Colombia. Ha sido traducido al inglés, italiano, portugués, alemán y sueco.

La bala de alguien

Efraím Medina Reyes

En 1977, cuando estaba por cumplir diez años, un tipo le disparó a otro. No recuerdo las caras. En 1977 ya escuchaba con pasión a Miles Davis y Jimi Hendrix. ¿Pueden creer eso? Yo nací en Getsemani, un poderoso ghetto de música antillana, y me gustaba Johnny Ventura, Richie Ray y todos esos desgraciados latinos de New York, pero el rock era el alma de mi alma. En 1977 un tipo le disparó a otro, ambos eran altos y fuertes, ambos eran negros y feroces. Uno pensó que bastaría con un cuchillo, era flaco y ágil. El otro más pesado y taciturno tenía una Colt 45. No recuerdo sus caras, sólo la de Elvis grabada en la camiseta del muerto. Un negro grande, flaco, con largas patillas. No era el primer cadáver que veía y no sería el último, pero nadie jamás ha vuelto a tocar la guitarra como Jimi y nadie, escuchen bien hijos de puta, ha podido cantar en esos tonos bajos, recorriendo todos los matices del negro al gris, despacito, suave, hondo, afilado. Del gris regresando al negro y a ese color más oscuro que el negro que sólo él conocía. Saboreando cada nota, ese maldito... nadie puede hacerlo como el Rey. Elvis no ha sido el mejor cantante de la historia, Elvis no necesitaba serlo. Elvis ES, entiendes, es. Marvin Gaye es mucho más astuto, un negro a la topatolondra, conoce los pormenores, puede sostenerse el tiempo que le da la gana sobre las olas más furiosas. Nació para el soul. En 1977 había un poco de elegancia todavía en el mundo, uno podía irse por allí con los amigos a ver revistas porno y escuchar rock and roll. Quienes nacieron después estaban sordos, por eso esa birria, ese cutre de Juanes puede hacer gargaras aquí y allá, impune. Y esa marmota de Shakira. No los odio, los desprecio con rigor. En 1977, al salir de la escuela, un negro mató a otro negro. Nunca supe por qué. Los otros chicos chillaron, yo apreté los dientes. Un rockero debe estar preparado para eso. Sabía que iba a pasar, que todas esas escaramuzas de rutina iban a terminar con la bala de alguien alojada en el corazón de alguien. Miles Davis nació también en un lugar podrido, quizá más que éste. Había en Getsemani una linda mujer llamada Nilda que me encantaba, todavía está allí. Ha ido y venido como yo. Su boca es fantasía y sus ojos el infierno añorado. Escuchaba a Jimi y desde la ventana la veía pasar. Mi primer amor, mi único amor. El resto fue arduo o liviano, no lo sé, ya no importa.

Me dicen que escriba sobre rock, ¿qué mierda de exigencia es esa? No se puede escribir al respecto, pero tengo algunos recuerdos. Con Ciro, el mejor amigo que tuve en este puerco mundo, tumbados en el piso de aquella habitación pintada de negro oyendo mil veces las putas canciones de Skid Row. ¿Por qué no? Había esa sobre la vida a los dieciocho. Mil veces. Bebiendo Jack Daniels, sabiendo que afuera no había nada, sólo mugre y

escritores paisas. Son quejumbrosos los escritores paisas, viven y cagan desgracias propias o ajenas, de eso se alimentan, eso venden, por eso se arrastran. Algunos más ruines que otros, serviles y oportunistas, chupadores de becas y favores de la grande momia, la vieja y soporifera señora Marqueting. Pero eso no contaba entonces, los conciertos de techo con Jack Daniels eran el máximo para dos chicos que no aspiraban a nada, unidos por una amistad sin coartadas. Teníamos una chica, una bella y oportuna mujer de largas piernas. Era su novia y mi amante, casi nunca la veíamos. Recordar a una mujer bajo el influjo despiadado de una canción es mil veces mejor que estar con ella. Recordar un mal polvo es mil veces mejor que echarse un excelente polvo. Como cualquier mamífero me he revolcado con nenas por ahí, he tratado de enseñarles que el amor es más frío que la muerte. El rock calienta la sangre, prepara el espíritu, destruye los fantasmas. Me defendí con ásperas canciones de mi destino, sobreviví a la manteca sabanera y el esmirriado vallenato. No los odio, les tengo cariño. ¿Sabían eso? Los mayores nos trataban de estúpidos por escuchar es música rara. Y entonces fundamos 7 Torpes Band. No teníamos idea de música, queríamos estar allí y gritar como apaches que nos pertenecíamos y que unas piedras y una mugrosa playa no iban a ser nuestro lugar en el mundo. Podíamos vivir dentro de la música y lo hicimos, hasta hoy, hasta siempre.

En 1967 vine al mundo, también Kurt Cobain. A los seis años me quedé sin padre igual que él. Es mi hermano, el cometa rubio, alucinado, hecho trizas. Iggy Pop fue su profeta y es el mío. Lo vi hace poco batiendose contra el tiempo en la Arena de Verona. Un reptil de ojos brillantes, de voz profunda, la leyenda viviente. No sé si Iggy ha matado a alguien, sé que ha matado algo: su propio fantasma. Cuando a alguien le disparan ocurre una cosa extraña; aquel negro apretó el gatillo y antes que sintiéramos el estallido el otro flotó unos instantes como una pluma. Un tipo de casi dos metros se alzó en el aire casi con una sonrisa y luego vino el sonido y entonces aquel cuerpo se desplomó en el asfalto, tembló ligeramente y luego se quedó inmóvil. Sobre su pecho Elvis sonreía con los ojos entrecerrados por la anfetaminas. Elvis solía escaparse para ver a los negros, sabía que ese era el camino. En aquellos garitos aprendió más cosas que en la escuela, las peleas eran sangrientas y la música centelleante. Soñaba con aquella música, sentía que podía ser tan negro como cualquiera y lo fue. El estómago de Kurt era un desastre, se le olvidaba comer por estar imaginando alguna melodía. ¿Saben qué es? Pedacitos de vidrio clavados allí. En 1977 un sujeto le disparó a otro y yo escribí mi primera canción: Malditos los feos que van al cine/ y en las carnicerías aplastan moscas/ malditos los feos que no se odian/ y esperan un día de honor y gloria/ que ezquizofrénicos/ sin gracia alguna/ sueñan despiertos/ ir a la luna.

No tenía guitarra, no tenía espacio, el sol calentaba los muros, los pies dentro de los zapatos estaban húmedos y la imagen de Elvis sobre aquella camiseta era todo mi mundo: Malditos los feos que no van al box/ que husmean la playas distantes/ que se alistan en la marina/ malditos los asesinos sensibles/ malditos los millonarios con acné/ maldito el golf y el bigbang/ malditas las bellas que no me lo dan.

No me gustan las teorías, detesto a los profesores, odio a la gente que sabe hacer algo muy bien. Sólo puedo hablar con mujeres que me adoran, estoy acostumbrado a ellas. El rock me enseñó que no hacer carrera en la vida puede hacer aburridos los días pero dulces las noches. No tienes que ser bella para visitarme, yo puedo hacer con-

Evaporación, dibujo de Omar Alonso.

tigo todo eso que los idiotas sueñan hacer con una bella marmota. Las bellas no saben moverse, las bellas cuidan sus huesitos. Estoy flaco, tengo frío en el alma y una verga apropiada, justa, a tu medida. Nadie puede hacer como yo eso que has soñado, soy el tipo indicado para beber tus orines, he escuchado rock cada día de mi vida esperando el momento, tengo cicatrices de bala, cuchillo y desamor. Tengo un tatuaje, dos quizá. Hace doce años me atropelló un camión y tres meses después un taxi. Sobreviví por ti, sobreviví esperando esa canción. No debes pensar que Rod Stewar fue siempre ese peluche ronco, el tuvo su oportunidad. Hay una canción que te haré escuchar de rodillas: Jóvenes turcos. Está repleta de honestidad y melancolía. He escrito 179 canciones, la última ayer: Tengo miedo de la gente que cree en el mañana/ espero un día aprender a conducir/ Miedo de los que prometieron jamás usar un arma/ No puedo esperar por ti/ soy flaco y tengo frío, baby/ Tengo asco de la gente que habla del mañana/ tengo miedo de estar sin ti/ miedo de no temer estar sin ti/ espero un día ganar una pelea/ Tengo rabia y no sé por qué/ ellos dicen que me ha ido bien en la vida/ Tengo miedo de no poder cambiar las cosas/ de quedarme atascado en una confortable habitación de hotel.

Nunca me he sentido apropiado en ningún lugar, incluso en los momentos más apacibles he sentido incomodidad. Una vez viaje ocho horas hacia ninguna parte y conocí a una bella mujer llamada Mia, debí conservarla a ella. Estaba confundido y tiré todo por la borda. Ella pensó que amaba a la otra y tenía razón, lo que pasó por alto es que sentía por ella algo más que amor, algo más puro, básico, duradero. Podría llamar amor con más confianza lo que sentía por Mía. A la otra me unía esa mierda adolescente y autodestructiva que se pega al alma como los chicles a la parte inferior de las mesas y los mocos a los vidrios.

En 1987 estaba destrozado y acudí al doctor Marvin Gaye. A él tampoco le estaban saliendo las cosas pero al menos podía mirar atrás con la frente en alto. Lo que me tenía destrozado era humillante, esas cosas que se enquistan y roen la voluntad. No podía más esos libros de medicina, no quería seguir escuchando los consejos de mi madre, a ella no le habían servido de mucho. Entiendan bien crétinos; adoraba a esa señora, no he conocido a nadie más fuerte que ella. Lo que me costaba entender es que se empecinara en hacer de mí un profesional, ella me había enseñado que se podía vivir sin eso. Le recordé sus palabras y ella me recordó que era mi madre y nadie en el mundo podía amarme más. Eso fue patético, no se puede extorsionar a la gente que amas con tu amor. El rock enseña que el amor puede ser más adictivo que la heroína, que si amas a alguien tu deber es destruirlo. Se trata de que los besos y el sexo, de que las caricias y las frases almibaradas, de que los susurros y los celos, de que toda esa bisutería signifique algo. El amor, madre mía, es un

medio no un fin. Al final me dejaste ir y casi me mata una fiebre, resistí por ti. Debía demostrarte que era tu hijo. Ahora lo sabes y puedes cantarme todos esos boleros con tu voz grave y delicada. Serías estupenda para el blues, madre. Lo eres.

Uno se mueve dentro de una gama de sonidos, esa torre invisible se ha edificado con las canciones de toda una vida. Miles Davis está en los cimientos y por eso nadie puede abatirlo. Cuando algo te duele de verdad no quieres consuelo ni ayuda, lo que te importa es que te duela más, salir del otro lado de ese maldirto dolor y para eso sirven las canciones, para que el dolor alcance su más profunda y desenfrenada dimensión. Para que el dolor aumente de intensidad y tense los nervios como el arco cuando la flecha está a punto de salir. Morrison sabía qué hacer con el dolor y lo hizo. Ella estaba cansada y él apenas empezando. Tragaba cosas como un pato demente, todo a su paso. Nadie que baila con una serpiente puede llegar a tiempo para la cena.

Puedo terminar esto en la próxima frase, puedes sentir que me hundo en ti hasta el otro lado de la muerte. No siempre fue así, el aprendizaje fue lento. Se necesita aplastar muchos labios para entender que son, tocar detrás de la nuca, esas vertebras preciosas. En 1977 un jodido negro acabó con su mejor amigo negro, a ninguno de ellos le gustaba el rock. El asesino estuve algunos años en la cárcel, después montó un bar y se casó con una rubia. Era un bar de música antillana, un buen bar en la Calle de la Sierpe. La gente llegaba allí para hablar de béisbol, un buen bar. El asesino atendía detrás de la barra y su rubia mujer iba y venía entre las mesas. A él no le importaba que los clientes la miraran y le dijeran alguna estupidez. Había matado a su amigo negro, había estado en la cárcel, no tenía que demostrar nada.

Eres bella, baby. La chica más hermosa que haya visto. No de una forma banal, tus ojos deberían estar un centímetro más separados, eso sería un crimen, se perdería ese aire de criatura del bosque. Me gustan los bosques. Nunca he estado en un bosque, al menos no en la forma en que yo imagino un bosque. Tus ojos son todo el bosque que necesito y tú la criatura que espero encontrar allí.. Eres linda, nena. La cosa más perfecta que hay en este perfecto mundo. No de una forma lógica, tus manos son fuertes, largas y delgadas, podrías apretarme el cuello y meterme en líos. Me gustan así, la gente inofensiva es lo peor.

En 1977 un negro se enfrentó a otro negro, nunca vi sus caras. Al recibir la bala aquel negro flotó sobre la calle bajo el ardiente mediodía, el otro espero a verlo caer y luego se alejó, caminando, como si fuera a comprar el periódico del domingo. Si amo el rock como lo amo es por ellos. Si los recuerdo a ellos como los recuerdo es por el rock. ¿Entiendes baby? Sí, claro que entiendes.

Efraim Medina Reyes
Cartagena de Indias. Vive en Italia. Poeta, narrador, cineasta y músico experimental. Ha publicado *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo*, *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin, Sexualidad de la Pantera Rosa y Lo que todavía no sabes del pez hielo* (novelas). *Cinema árbol y Sarah y las ballenas* (relatos). *Chupa nena pero despacio y Pistoleros/Putas y Dementes* (poemas). En 1995 y 1997 ganó el Premio Nacional de Literatura. Suele colaborar en las revistas Internazionale (Italia) y Soho (Colombia). Es codirector del Carnaval Internacional de las Artes que se realiza cada año en Barranquilla (Colombia). Tiene inéditas dos novelas: *Bluesman/songs&stories* y *La mejor cosa que nunca tendrás.*

La noche de las luciérnagas

Carlos Polo

Alvita estaba de viaje en Santa Marta arreglando unos papeles de las escrituras de la casona que habían puesto en venta, eso fue lo que le entendí a Lucha. Armando apareció como a las cuatro de la tarde y trajo ropa para quedarse unos dos días. Estaba más callado de lo habitual y sus raras manías, esos extraños y rápidos movimientos de cabeza, las manos apretadas, la tocadera del pelo a cada rato, se le notaban mucho más.

Ese día, como teníamos visita y era domingo, Lucha estaba fajada en la cocina, machacando ajos, exprimiendo limones, limpiando los bocachicos, pelando el plátano y la yuca para cocinar una viuda de pescao.

De la vieja grabadora escapaban las melodías de una canción triste y de despecho que Lucha ponía cuando estaba de buen humor o con melancolía. "Usted es un mal hombre sin nombre/ señor/ usted es un canalla que abandona sin razón/ es el fiel prototipo del cinismo y del rencor/ usted es una copa que guarda veneno en vez de licor…", cantaba Lucha, cambiando la letra mientras sacaba una botella de aguardiente de la nevera y se mandaba un trago.

En ocasiones, en domingos como ese, se ponía a hablar con Enith y recordaban a mi papá, creyendo que yo no las escuchaba o que no les ponía atención. Fue así como supe que mi papá era profesor de matemáticas, que se murió de un infarto a los 33 años. "La edad de Cristo", destacaba Lucha. En una de esas conversaciones Lucha contó que el día en que murió papá, en la casa de por allá lejos, apareció en la mañana una mariposa negra gigante que ella intentó espantar, pero papá le dijo que la dejara: "Eso es un regalito que te va a llegar, una sorpresa bien bonita".

A los minutos empezó a sentirse mal y no podía caminar. Lucha dice que a su entierro asistieron muchas personas y que papá era un gran ser humano, querido por mucha gente porque era amable, servicial y siempre se preocupaba por los más necesitados.

Cuando papá murió, mi hermana Magdalena, a la que mi papá bautizó con el nombre del río, era la más grandecita. Néstor estaba mucho más pequeño y Xandro todavía mucho menor, pero él dice que sí se acuerda de papá. Yo lo conozco apenas en fotos, porque cuando papá murió yo estaba en la barriga. Una vez Lucha le contó a Enith que después de que papá murió no comía, no dormía, pasaba los días y las noches enteras llorando, recordando a su esposo sin que nada ni nadie le diera consuelo. Habían pasado tres meses

así cuando el bebé que llevaba en la barriga lloró. Tres veces, dijo Lucha que lloré y el susto fue tan tremendo que se desmayó y a partir de ahí cambió todo y se puso a guerrear la vida como ahora.

Cada vez que yo oía esa canción que dice "oye mamá/ en la puerta hay un señor/ que dice que es mi papá y que quiere hablar contigo/ dímelo ya/ dime pronto por favor/ que si ese es mi papá se lo diré a mis amigos/ allá en la escuela mis amiguitos me preguntan si tengo papá/ porque dicen que nunca lo han visto/ ni a la escuela me ha ido a buscar…", pensaba que eso me iba a pasar a mí y que un día cualquiera un señor que no conocía iba llegar a preguntar por mí a la casa porque mi papá no estaba realmente muerto.

Cuando se hizo de noche, Armando y yo subimos al balcón y nos tiramos en el tejado para mirar las estrellas y hablar tranquilos. Armando seguía callado y yo estaba embelesado con la cantidad de estrellas que se podían ver desde ahí. Mientras observaba ese mar de luces, recordé una historia que había leído en un libro de sociales, en donde un indio viejo le cuenta a su nieto que las estrellas son las almas de los muertos que vigilan desde el cielo a sus seres queridos. Entonces empecé a contarle a Armando que el indio, viejo y sabio, le decía a su nieto que allá arriba estaban todos sus antepasados vigilando para que los vivos de su tribu no perdieran sus costumbres.

El viejo le decía al niño que allá arriba estaban su padre y su abuelo y por la intensidad de la luz y su intermitencia podía reconocer a su gente, a sus familiares y a su pueblo. El sabio decía que cuando alguien moría se iba para esa bóveda infinita del cielo y desde allá vigilaba a los suyos, y que si uno sabía interpretar los signos de la noche y del cielo y el brillo de las estrellas, podía escuchar los consejos de sus antepasados. Todo eso que decía el indio en el libro me quedó marcado en la cabeza.

"Las estrellas como las almas de los muertos son infinitas y siempre nos acompañan y nos sirven de guía", decía el viejo de pelo plateado con una gran trenza y la cara llena de canales marcados por donde pasó el tiempo. Como decía el libro aquel con un montón de palabras como raras, pero que a mí me parecieron bonitas.

"¿Sabes cuál de todas esas estrellas es tú papá?", le pregunté a Armando que arrugó la cara y siguió mirando fijo al infinito. Yo pensé que la más grande y la que más brillaba con una rabia fulgurosa era mi papá diciéndome que no me sintiera solo y triste porque él siempre me estaría mirando desde el cielo.

De repente las estrellas empezaron a bajar del cielo y a acercarse a nuestras caras. Se pusieron tan brillantes como mil faroles juntos y estaban tan cerca que si nos movíamos de donde estábamos acostados y si nos poníamos de pie las podíamos tocar. Cada vez estaban más cerca y titilantes como lucecitas de Navidad. Me paré porque de un momento a otro nos rodearon en un espectáculo de luz que me estaba encandilando y poniendo nervioso. Millones y millones de estrellas parpadeantes al alcance de la mano como cocuyitos voladores.

"Acuéstate de nuevo y quédate quieto que esto solo pasa una vez en la vida y solo a niños especiales como nosotros. Son millones de luciérnagas que nos están consolando porque nuestros papás se murieron", dijo Armando, aunque me pareció que tenía la boca cerrada. Una de las brillantes lucecitas se metió en el oído de mi amigo y no sé por qué pensé que la estrella era su papá que había bajado a susurrarle al oído cosas buenas y a

contarle unos secretos para que se pusiera feliz y entendiera el significado de la muerte.

Una de las más brillantes entró en mi boca y pude ver su luz infinita alumbrándome por dentro. Ahora estoy convencido de que era papá curándome el dolor de mundo que vino conmigo antes de nacer. Un grito de Lucha llamándonos rompió el encanto e hizo que las estrellas empezaran a dispersarse, volando alto otra vez y parpadeando cada vez menos.

Armando se levantó sin decir nada y caminó por el techo sin hacer ruido para que no nos descubrieran. Al llegar al filo del balcón saltó y vi que, antes de tocar el piso, como si hubiera encontrado unas escaleras invisibles, pisó cuatro veces en el viento y tocó la tierra como una hoja cuando aterriza suave y delicada.

Se volteó y gritó:

"Te toca a ti, tírate de una. No lo pienses porque la cagas… Dale que todavía puedo ver esa estrella prendiéndose y apagándose dentro de tu barriga. Si te da miedo mejor no porque te rompes las piernas y las costillas".

Durante un rato largo, que bien pudo haber sido una vida entera, me quedé mirando hacia abajo, dudando y escuchando a Lucha que me estaba llamando por toda la casa con insistencia.

Bajé por el callejón, por la misma paredilla por donde había subido, pensando en que lo más triste es que la estrella de mi padre me había vuelto a abandonar, porque me di cuenta de que mi barriga había dejado de brillar.

Carlos Polo
Poeta, narrador y cronista. Ha publicado los libros: *Polifonía de Colores* (Poesía), *Testamento de la Barriada* (Cuentos), *La Suerte del Perdedor* (Novela), *Rapsodia para reclutas asustadizos* (Narrativa), Premio Concurso Nacional de Cuentos de la UIS, 2009; Mención Especial en el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar por el trabajo *Infierno en la Modelo*, 2014; ganador del V Premio de Periodismo Promigas a la mejor Crónica del Carnaval Ernesto McCausland Sojo; Primer Premio Concurso Nacional de Cuentos Universidad Metropolitana, con el trabajo *Paciente X50504*, 2017. Ganador Portafolio de Estímulos del Distrito de Barranquilla con su libro de cuentos *Las malas noticias llegan primero.* Premio de Novela del Portafolio de Estímulos del Distrito de Barranquilla con *Es en la noche cuando los gatos son pardos*, 2018.

Tan triste como bella

Íos Fernández

Para E .G y J.C.O

Querida tan triste:

Estos meses sin ti me han convertido un hombre enteramente disminuido, diezmado, demasiado melancólico para mi propio gusto. Lo digo en serio, si algo brilla en mí, son sólo rezagos de una antigua tormenta.

Quise ser la canción que te hiciera bailar, pero al llegar a tu oído me he convertido en ruido. He querido ser lluvia, pero la lluvia sólo es lluvia cuando te moja. Cuánto diera por deshacerlo todo y volver la instancia de la primera palabra, del primer beso, de aquella primera noche en que entré deslizándome en tu cielo mojado.

Extraño rozar tus aguas profundas y morder tus peces rosados… pero el tiempo se acorta y asfixia, y con la distancia y el silencio me indicas que somos dos ríos cuya suerte es desembocar en mares distintos.

Debes saber que no me conformo con esto, aún anhelo la casa grande y el bello jardín: la flor intacta y perfecta… ¿te acuerdas?… no este cuartito de hotel, no el cuadro con el paisaje repetido o el bodegón gastado colgado en la pared.

Ya no sé cómo insistirte después de lanzar tantos golpes al vacío, después de perder innumerables noches confesándome en el oído sordo de tu contestador automático; sin conseguir una respuesta. ¿Será que cambiaste de número? ¿O acaso mi palabra como una vieja navaja ha perdido su filo y mi encanto se ha derrumbado

como un castillo de naipes? Tal vez no jugué las fichas correctas. Nada de esto es tu culpa, equivocarme siempre ha sido lo mío.

Querida tan triste, esta carta no es un As, pero sí el último aliento que me queda bajo la manga y lo apuesto por ti. Si no la aceptas mi destino será sumergirme en otras aguas, donde mi ruido parezca canción, donde mis aguas también mojen…y volver a la noche asesina, a disputarme un polvo incierto, un trago amargo, y el abrazo frío, propio de los desconocidos entrañables… ¿Acaso tu cama y tu cuerpo se acuerden de mí?

Si he escrito todo esto es porque… No lo diré, nunca antes lo dije. Si eres tan astuta como pareces ya deberías haberlo entendido. Tengo palabra, siempre la he tenido, pero también tengo silencio y es un muro inquebrantable que sé dónde, cuándo y cómo poner.

Atentamente,

Más triste que tú.

Ahora mientras relee en voz alta la carta que nunca enviará, semidesnudo y descalzo, sentado al borde de la cama de un motel de mierda, mirando lejos a través de la ventana, a Adrian le gustaría poder olvidarla y volverla a conocer. Romper el hilo en un punto equis, evadir los lugares pérfidos en donde esta historia se extravió y desviarla hacia esa otra dimensión en donde tal vez fueron felices. A Adrian le gustaría tomar de nuevo el bus de la ruta equivocada, cruzar las miradas en medio del pasillo, bajarse en la misma parada, tropezarla accidental y aparatosamente antes de salir, pronunciar las mismas palabras, detallar con mirada lasciva el curioso piercing en la nariz y el pantalón ajustado de enfermera donde se marcaba el minúsculo hilo dental. Todo eso, la concreción de un solo instante.

Adrian no es tonto y sabe que no se enamoró de Sue sino de un instante de Sue, un instante involuntario y afortunado, y que el resto fue sólo la réplica o la idealización de ese puto instante, de ese gesto, que es el filtro que después hizo posible que el sonido de un pedo estridente jalonara sonrisas y soportable un grado moderado de mal aliento o el humo de un cigarrillo ajeno.

La vio por primera vez en el pasillo de un bus, a esa hora de la noche en que hombres y mujeres de rostros magullados y espaldas encorvadas vuelven del trabajo y se dirigen a casa; ese hueco donde los espera alguien y un plato de comida o al menos un colchón donde recostarse para al día siguiente levantarse y volver a empezar, e introducirse en esa mortuoria rutina de ir y venir, lenta e idiota, en que se convierte la vida.

La segunda vez la vio en la entrada de un cinema, se reconocieron, se saludaron, vieron *Irreversible* sentados uno al lado del otro, y luego se emborracharon y se besaron mientras sostenían en las manos una botella de ron con la que violentaban la Ley Seca impuesta esa noche en Fortuna, debido a la cercanía de las elecciones municipales. Esa misma noche Sue le advirtió dos cosas: que tenía novio y que todos los hombres que se acercaran a saludarla en la calle, habían sido, al menos en una ocasión, sus amantes.

Al día siguiente se citaron en un parque pero Sue no apareció. Adrian después de pensarlo mucho se decidió a llamarla y mientras ella hablaba despreocupadamente sobre el hecho de que no cumpliría con el pacto de la cita, él imaginaba que al otro lado, escuchándolo todo, estaba el otro hombre, burlándose de él, chupándole los blandos pezones o hendiéndole dos dedos en medio del culo. Y por un instante, aun sabiendo a qué atenerse con ella, sintió por primera vez que un fuego lo atravesaba y lo quemaba por dentro, irritando sus entrañas. Tuvo que reprimir el deseo de arrojar contra la pared aquel maldito teléfono y pisarlo hasta volverlo añicos. Volvió a su casa deseando al menos encontrar un vaso de agua helada y encendió con la llamita de la estufa un par de cigarrillos arrugados y marchitos, olvidados alguna vez sobre la nevera. Abrió al azar las páginas de unos cuantos libros de su biblioteca, buscando refugio bajo la sombra de algunos párrafos antiguamente subrayados y en *El sonido*

Diego y Gise (detalle), dibujo de Omar Alonso.

y la furia de William Faulkner encontró éste: "Ninguna batalla se gana jamás. Ni siquiera son libradas. El campo de batalla sólo revela al hombre su propia locura y desesperación, y la victoria es una ilusión de filósofos y tontos". Después de leerlo, entró al baño, y para calmarse se hizo la paja con un desgano de despecho, eyaculó con fuerza dentro del inodoro y vio perderse el semen entre el remolino de agua donde juraría haber visto su rostro perverso y sonriente.

Horas después volvió a marcar el número de Sue, pero ésta rechazaba su llamada al instante. Lo hizo varias veces con igual resultado y decidió borrar el número de la memoria del aparato. Sabía que su voluntad había sido doblegada y que si no hacía esto la llamaría toda la noche hasta hacerle o hacerse la vida imposible.

Una semana después la encontró sentada en compañía de otro hombre en la barra de un bar. Adrian supo que se trataba del novio, aunque la disposición de sus cuerpos no revelaba ningún tipo de complicidad. Se acercó a Sue, la saludó estrechándole la mano y le hizo saber que había perdido el número de su teléfono.

El otro hombre, sentado al lado de ella, no se inmutaba, como si no se diera por enterado. Adrian tomó una servilleta de la barra, sacó un bolígrafo del bolsillo y anotó la pregunta:

"¿Ha muerto la flor?"
Sue, astuta, le guiñó un ojo y respondió con otra pregunta en el mismo papel:
"¿Ha muerto?"

Y debajo con trazo delineado anotó sus dos números telefónicos. Adrian giró el cuerpo y salió del bar sin despedirse. En la calle levantó el brazo y en un movimiento de la mano abierta arrojó el papel hacía atrás logrando una cesta perfecta, de tres puntos, en una caneca de basura. Y se fue a tomar solo en un bar de la Calle Larga, un bar donde había una puta paisa a la que le faltaba un brazo y tres dientes, y una cantidad de gringos malolientes que lo hicieron sentir, por momentos, en uno de esos bares de marinos, de puertos legendarios, en medio de su noche oscura que no fue iluminada por mujeres bellas ni por la luna.

Dos días después la volvió a ver de espaldas, caminaba por las calles del Centro tomada de la mano del mismo sujeto; sujeto de baja estatura, de tez morena, andar parco y corte de pelo estilo militar. Quiso seguirla, pero comprendió en el acto lo inútil y ridícula que era esa iniciativa, no tenía nada qué reclamar, sabía que él era el advenedizo, el clandestino. Una hora después Sue apareció sola y ebria en el bar de la Calle Larga, donde Adrian departía con dos viejos amigos. Se arrojó sobre sus piernas y lo besó con desespero mientras le decía que el otro hombre le producía náuseas, que lo había besado pero pensaba en él, que había dejado al otro hombre porque lo prefería a él.

Por el sabor a gasolina que desprendían sus besos, Adrián supo que Sue además de ebria había estado inhalando cocaína. La paró de sus piernas y le dijo que se largará a su casa. "¿Ha muerto la flor?", preguntó ella antes de irse a vomitar al baño que sobre el marco de la puerta tenía escrito: Al fondo la derecha.

Salió del baño dando tumbos, golpeándose contra las paredes. Afuera del bar se sentó en el andén y se puso a reír como una hiena delirante, se puso de pie y se tambaleó sobre el par de tacones medianos hasta caer en el piso. Adrián salió del bar, la levantó, la montó en un taxi y la llevó a un motel. La acostó sobre la sucia cama, la desnudó

y acariciándole el vientre le dijo: "Dime dónde carajos te duele". Ella, aún ebria, le gritaba que se lo metiera y que le diera duro. Luego se puso de pie y exhibió su cuerpo desnudo a través de la ventana frente a los transeúntes que pasaban y se detenían.

La noche siguiente hicieron el amor por primera vez en un motel miserable del Centro, diferente al de la noche anterior. Mientras Adrián la besaba y se hundía en ella, Sue se puso a llorar. Adrián prefirió no preguntar nada esta vez para no arruinar el instante y se limitó a beber sus lágrimas con la misma disposición que tenía para beber todos sus líquidos. Luego de eso caminaron tomados de la mano hasta la casa de ella y se sentaron largo rato en el andén. Me gusta cómo me tocas, le dijo Sue, porque lo haces sin maldad. A veces los besos, dijo, son lo único que hace que el sexo no sea pura violencia. Esa noche le contó que quería huir de Fortuna, de la casa, de la guerra del silencio que el desamor y el fastidio había impuesto en sus padres, tan ajenos a ella que no paraba de hablar, de decir siempre, así fuera de manera incongruente o alocada, lo que pensaba. Quería escapar a una ciudad de clima frío, el calor de Fortuna no estaba hecho a su medida, la moral estrecha de sus habitantes mucho menos. En esta ciudad me siento media mujer, dijo, en esta ciudad debo pensarlo demasiado antes de vestirme de negro y ni siquiera cuando tú me muerdas el cuello podré ponerme una bufanda. Le dijo además que soñaba recurrentemente con un hombre viejo y calvo que escribía y no paraba de fumar en Madrid. Le contó sus otros sueños: soñaba con una garza coja que fumaba, soñaba que se quedaba encerrada en un baño lleno de mierda, soñaba que caminaba en medio de un jardín en cuyo centro había una flor dorada, hermosa y perfecta, a la cual se acercaba, contemplaba unos minutos y pisaba. Luego dijo, sacado de la nada, que le habría gustado llamarse Abril. Finalmente miró a los ojos de Adrián que permanecía inmóvil sentado a su lado con la mirada perdida, y le dijo:

"Quiero que sepas que me siento vulnerable frente a ti, porque no esperas nada de mí. Estoy perdida ¿no ves?, no soy buena con las palabras pero si me miras a los ojos lo entenderás".

Adrián permaneció unos segundos sin decir nada y luego le hizo saber que le gustaban los bares de mala muerte, los moteles miserables, las mujeres sórdidas, los libros de Henry Miller y las peleas callejeras que había vivido en medio de todo eso y que no le era desagradable o extraño, pero que lo que él quería de verdad, era una casa grande con un bello jardín lleno de flores perfectas y una linda chica junto a la cual recostarse.

Sue le dijo que quería algo similar, que por favor la sacara de todo aquello. Entonces Adrian le acarició la cara y le dijo lacónicamente antes de darle el beso:

"Yo tampoco soy bueno con las palabras, pero si me miras a los ojos…"

La herida abierta esos primeros días se removió un año y dos meses después dentro de la psiquis desajustada de Adrián. Estaba sentado en la sala del apartamento que ahora compartían en Bogotá, y mientras la esperaba pensaba con furia: "Como ha tratado a otros me tratará a mí". La había llamado infinidad de veces sin que Sue le contestara el celular, unos minutos después ella lo llamó excusándose por no haber podido contestar.

Mientras Sue hablaba sin parar, Adrian escuchó música en derredor.

— ¿Dónde estás? — preguntó con aspereza.

— En un bar —dijo ella, sin inmutarse.
— ¿Con quién estás? — cuestionó, incisivo.
— Ya voy para allá — dijo Sue y colgó.

Entró al apartamento tres horas después, ebria y dando tumbos como en los días iniciales, traía una sonrisa pegada a los labios y cantaba una canción: *"Hay dos días en la vida para los que no nací"*, cantaba y se volvía a reír, como una hiena. "Hola, mi amor", dijo, cuando Adrian la interceptó. Sus ojos negros y profundos eran un par de lanzallamas descargando su furia sobre una rama seca, los tenía abiertos hasta más no poder y su respiración era entrecortada. De pronto empezó a gritarla y a zarandearla tomándola por los hombros. Sue se estremecía y se reía. "Contesta, zorra", le exigía, "¿Con quién mierda estabas?". Sue le contestó diciéndole que él no era más que un extraño que había conocido en un bus y que no tenía ningún derecho a cuestionarla. En ese instante el puño cerrado de él se estrelló con violencia sobre el rostro de ella, que lloró como la primera noche en que hicieron el amor, y sangraba. Hubo un silencio incómodo e insalvable, como de revólver cargado. Entonces Adrián, alto y flaco, se vio reflejado en el espejo de la sala y se sintió miserable y ridículo. La vio temblar asustada como un animalito herido y sintió pesar por ella. Quiso consolarla pero sus actos, como una motocicleta, no tenían reversa. Sue lo miraba despavorida, acuclillada en un rincón, mientras se limpiaba la cara. Adrián respiraba ásperamente, atragantado por el silencio y apretaba los labios como buscando las palabras que lo redimieran. Sue por fin se puso de pie y le gritó: "maldito, maldito", antes de salir corriendo, tirar la puerta y dejarlo solo. Y lo que Adrián estuvo a punto de decir y lo que habría podido ser se perdió para siempre.

Íos Fernández
(Cartagena de Indias, 1979). Narrador y periodista. Estudió literatura y teatro. Autor del libro de cuentos *El siguiente, por favor*, Premio Distrital de Libro de Cuento, Cartagena de Indias, 2002. Como periodista ha colaborado con las revistas SoHo y Cartel Urbano de Bogotá. Textos suyos han aparecido en La Movida Literaria, Revista Labra Palabra, Rio Grande Review, y Puesto de Combate, y en los suplementos dominicales de El Universal de Cartagena, El Heraldo de Barranquilla y La Opinión de Cúcuta, entre otros. Su cuento *Aura o nunca* aparece en la antología *El corazón habitado: últimos cuentos de amor en Colombia.*

Pájaros

Gerardo Ferro

A mi padre, a mis abuelos

1

Los niños están debajo de la cama. La neblina helada que cubre el pueblo se cuela por los resquicios de las ventanas. Isaura y Rosalba lloran, no saben exactamente qué ocurre pero el pánico que invade la casa las hace llorar. Ígneo las abraza. Desde el escondite escuchan los susurros de su madre.

Alguien toca a la puerta. Lúcida se incorpora del asiento en donde ha permanecido rezando desde que escuchó los camiones entrando al pueblo. Va hasta el cuarto, se agacha debajo de la cama, abre bien los ojos y se lleva su dedo índice a la boca en señal de silencio. Luego camina lentamente hasta la puerta y pega su oído derecho al tablón de madera. Vuelven a tocar.

—Soy yo, ábreme rápido —le dicen del otro lado.

Lúcida lanza un suspiro de tranquilidad y entreabre la puerta para que Pórfido pueda entrar.

—Ya se fueron —le dice su marido una vez adentro, caminando hasta la sala, buscando una silla donde sentarse.

—¿Dónde estuviste? —le pregunta Lúcida, de pie, frente a su esposo.

—Me escondí en el billar. Cuando vimos los camiones no nos dio tiempo de movernos. Si hubiesen entrado ahí me agarran.

—Pero por qué dices eso… no sabes si vendrán por ti…

—Nadie sabe que vendrán por él hasta que vienen.

—¿A quién se llevaron esta vez?

—A don Carlos, el de la botica. Tumbaron la puerta a culatazos y lo sacaron a rastras por el pelo.

—¡Y qué tiene que ver un simple boticario con toda esta locura!-exclama Lúcida, sin dejar de masajear las pelotitas del rosario que tiene entre sus manos.

—Ellos se llevan al que quieren, Lúcida, sin explicar nada, sin que les importe nada.

—Tenemos que irnos de aquí, Pórfido, tenemos que irnos ¡ya!.

—Estoy arreglando las cosas para irnos, no podemos hacerlo así no más. Por ahora tienes que calmarte.

Lúcida le hace caso, jala otra silla y se sienta en ella.

—¿Tu familia te ayudará?

—Es lo que me han dicho… Están buscando posibilidades de trabajo en Kalamarí.

—¿En Kalamarí?

En la calle, los perros siguen ladrando a la oscuridad. Lúcida recuerda que los niños aún permanecen bajo la cama y va hasta el cuarto.

—Niños, ya pueden salir, su papá regresó.

Isaura y Rosalba dejan de lloran, se toman de las manos y siguen a Ígneo, el mayor de los tres. En la sala se detienen a varios metros del sillón donde Pórfido continúa sentado, pensativo.

—Les he dicho mil veces que cuando esos camiones lleguen no pueden llorar, no pueden hacer ningún ruido.

—¡Isaura fue la que lloró primero!—grita Ígneo.

Pórfido está cansado y no quiere seguir la discusión.

—Vayan a dormir—les ordena—, mañana no hay escuela.

2

A las doce en punto, Lúcida escucha el ruido de un motor aproximarse. Con algo de miedo se asoma a la ventana. En la oscuridad de la esquina, las luces del vehículo se encienden y apagan tal como lo acordaron. Rápidamente va hasta la habitación donde duermen los niños. Esa noche los acostó antes de tiempo, los metió vestidos bajo las cobijas y les advirtió que deberían despertarse temprano porque se irían de viaje.

—¿A dónde?—le preguntó Ígneo.

—Nos vamos para el mar—le respondió Lúcida y los niños se pusieron felices.

Así que al momento de levantarlos ninguno puso problemas.

—Apúrense—les dice Pórfido en voz baja mientras agarra las maletas que han estado esperando junto a la puerta. Lúcida carga a la pequeña Rosalba, que sigue somnolienta, y le ordena a Ígneo que agarre a Isaura de la mano. Así lo hace y salen de la casa.

El conductor no ha apagado el motor del viejo Chevrolet; se mantiene alerta viendo la negrura fría de la calle. La frente le suda, sabe que si lo detienen puede meterse en problemas. Pero Pórfido es amigo de los buenos y desde hace mucho. En todo caso, le pide que se apresure. Pórfido deja el equipaje en el amplio maletero y ayuda a Lúcida con los niños en el puesto trasero, luego le da un beso en la frente a su esposa, alcanza a sonreírle y se sube al puesto del copiloto.

—Vámonos—le pide al conductor, y se internan en la noche buscando la salida del pueblo.

—¿A qué hora llegaremos?—le pregunta Lúcida a su esposo.

—Son doce días en río hasta Kalamarí. El viaje es largo.

Lúcida arropa a los niños que ya se han quedado dormidos, luego mira por la ventana y piensa con miedo en todo lo que puede suceder en doce

días. A pesar de que se conoce el trayecto de memoria desde la noche en que Pórfido le contó que todo estaba listo, Lúcida sigue preguntando por la duración del viaje y repasando en su cabeza el itinerario. "Doce días se pasan rápido", piensa para tranquilizarse.

—¿Qué haremos cuando estemos allá?

—Conoceremos el mar, Lúcida. Ya te dije que la casa queda cerca del mar.

—¿Pero después de eso qué haremos?

—¡No te preocupes más, mujer! Trata de dormir un poco.

—No puedo dormir.

—Lo peor ya pasó, Lúcida. Todas las noches me preguntabas cuándo nos íbamos a ir y ahora que nos vamos…

—No es eso… es que de todas formas me da miedo.

—Trata de dormir.

Lúcida vuelve a mirar a través de la ventana. La vegetación a cada lado del camino es un manto negro, inhóspito y amenazante.

—Y el dinero, ¿nos alcanzará?

—No te preocupes. Con lo que me prestó la familia alcanza.

—Hay que pagarles hasta el último centavo…
—Sí, hasta el último.
La pequeña Rosalba, que descansa sobre el regazo de su madre, entreabre los ojos.

—¿Ya llegamos, mamá?

—No. Primero hay que cruzar un río—le explica.

—¿Un río? ¿Y cuánto mide el río?—le pregunta Rosalba y cierra los ojos.

Lúcida no le responde, vuelve a mirar la carretera oscura abriéndose entre las luces del carro, luego extiende su mano y toca el hombro de su marido. Pórfido gira el torso hasta quedar de frente a su mujer.

—¿Cuánto mide el río?—le pregunta Lúcida con los ojos acuosos.

Pórfido le sonríe sin saber qué responder; el silencio puede ser un espejo de horrores. Están aterrados, temblorosos, como si acabaran de darse cuenta que la carretera negra por la que viajan no terminará nunca. Pórfido no soporta la mirada de su esposa y le vuelve a dar la espalda. Desde allí le responde lo primero que se le ocurre:

—Cuando lleguemos a Kalamarí se olvidarán de todo.

Lúcida se relaja. Ella sabe que el río mide lo que miden todos los muertos que llevan sus aguas. Así que le hace caso a su esposo y cierra los ojos para descansar. "Cuando lleguemos se olvidará todo", piensa, y vuelve repetir la frase en su cabeza hasta quedarse dormida.

3

Lo primero que piensa Lúcida es que no podrán ponerla en pie. La casa está rota, a medio construir, igual que el barrio. Las paredes de ladrillos sin pintar están dobladas y endebles, a punto de

venirse abajo con el más mínimo ventarrón. Las habitaciones están vacías. El suelo es de tierra y baldosines rotos. Los vidrios de las ventanas están manchados por el salitre. La maleza de las calles rodea la casa. Lúcida está cansada y le tiemblan las piernas.

—La iremos levantando poco a poco, como todos los de por aquí—promete Pórfido.

Sólo unas pocas casas, apenas en mejor estado que la de ellos, se levantan en los alrededores. Las calles están cubiertas por una fina capa de arena que brilla como diminutos espejuelos. El cielo está despejado. El calor es sofocante. Un enmarañado sistema de vegetación que mezcla matarratones, almendros, laureles y enredaderas de verdolaga crece a lo largo y ancho de las calles. El barrio es un territorio salvaje, recién descubierto.

—¿Qué es eso que huele así, mamá?—pregunta Rosalba.

Un intenso olor a algas podridas invade el aire. Pero ni Lúcida, ni Pórfido saben a qué huelen las algas podridas.

—No sé, debe ser el mar—responde Lúcida—, debe ser el olor del mar.

Así que todos recuerdan que el mar está cerca, que el río murió en el mar que añoraban, que ese sonido que escuchan a lo lejos, como un bramido que se repite, deben ser las olas. Así que dejan las maletas sobre el suelo y salen a la terraza. Ígneo se aventura un poco más y camina hasta la mitad de la calle.

—¡Vengan, desde aquí se ve el mar!—les grita.

El resto de la familia camina hasta donde está Ígneo. En efecto, la ausencia de casas permite verlo desde cualquier punto del barrio. El mar es de un verde profundo, y es inmenso y es hermoso.

—¿Ese es el mar, mamá?—pregunta Isaura.

—Imagino que sí—responde Lúcida, encogiéndose de hombros.

En ese momento se dan cuenta que están solos; no hay nadie más por las calles arenosas del barrio.

—Ígneo, mira si hay alguien en las casas—le ordena Pórfido a su hijo.

El niño se asoma por una ventana.

—No veo a nadie, papá.

Luego corre hasta otra casa que se levanta unos metros más adelante, se empina sobre la ventana y mira al interior.

—¡Aquí tampoco!

La familia permanece estática. El hecho de ser los únicos que están en el barrio los llena de una sensación de vacío, como si estuvieran allí pero al mismo tiempo no estuvieran, como si aún siguieran viajando por esa carretera en tinieblas, como si las aguas del río se los siguieran llevando.

—¡En esta casa tampoco hay nadie, papá! ¿Dónde están todos?

—Deben estar en el mar—dice Pórfido mirando el oleaje que se percibe a lo lejos, sin mirar a Lúcida, aunque la mirada de su esposa le esté quemando la nuca.

—¿En el mar?—pregunta ella.

—Sí, en el mar, ¿dónde más podrían estar?

Así que Ígneo, que ha escuchado la conversación, avanza por la calle de tierra en dirección al mar. Los demás hacen lo mismo. Atraviesan las enredaderas de verdolaga y los palos de laurel hasta llegar a la playa. El mar es interminable y es fuerte. Millones de diminutas caracuchas forman una alfombra crujiente; sobre la arena se amontonan pilas enormes de algas podridas, ya secas por el sol. Pórfido tenía razón. Los vecinos están diseminados por la playa, caminando entre las dunas, o simplemente estáticos al lado de las montañas de algas rojas observando el movimiento monótono de las olas. En la orilla, Ígneo observa a un niño de su edad que lanza piedras al mar. La pequeña Rosalba deja de corretear mariamulatas y se dirige hasta donde están sus padres. Una bandada de pájaros cubre el cielo.

—Mira, mamá, son pájaros, muchos pájaros—le dice Rosalba.

—Sí, son pájaros…

—¿Aquí también vendrán ellos?—le pregunta la niña.

—No—le responde Lúcida mirándola. Luego dirige la mirada hacia su esposo.

—Ya verás, dentro de poco olvidarán todo—le dice Pórfido.

—Es la segunda vez que lo dices—le recuerda Lúcida.

Pórfido no soporta la mirada húmeda de su esposa y se concentra en el océano. Lúcida hace lo mismo.

—¿El mar siempre es así de grande, mamá?—pregunta Rosalba.

—Sí, así de grande—responde Lúcida sin dejar de mirar los pájaros que vuelan en el cielo.

—¿Cuánto mide el mar, mamá?—vuelve a preguntar la niña.

—No sé—le responde.

Pero Lúcida sí sabe: el mar mide lo que miden los sueños.

Gerardo Ferro Rojas
(Cartagena de Indias, 1979). Escritor y periodista. Ha publicado los libros de cuentos *Un Día de Lluvia* (1996), *Cadáveres Exquisitos* (2003), *Antropofobia*, ganador del Concurso Nacional de Cuento de la UIS, 2006, *y Nunca olvidamos nada, nena* (2018). Es autor de las novelas *Las Escribanas* (2012) y Cuadernos para hombres invisibles (2016). Ha sido premio nacional y regional de cuento y novela, y sus cuentos han aparecido en varias antologías, revistas y suplementos literarios. En el 2003 su cuento *La Comunidad del Autobús* hizo parte de la antología De 1 a 10 del IDCT de Bogotá, y en el 2008 ese mismo cuento fue antologado en el libro *Señales de ruta*. Desde el 2012 vive en Montreal donde es coeditor de la revista virtual Hispanophone.

Un ensayo sobre el movimiento

Paul Brito

No somos más que la hoja y la corteza.
La gran muerte que cada uno lleva dentro es el fruto alrededor del cual todo se mueve.
Rainer Maria Rilke

Pe pensaba que su madre era extraterrestre. Lo creía porque tenía la parte superior de las orejas plana y puntiaguda, igual que Spock, el tripulante de la nave Enterprise. Y si ella era extraterrestre, entonces Pe debía tener poderes como los de Superman. Por eso todas las mañanas salía al patio de la casa y tomaba impulso para volar.

A la madre de Pe le gustaba que le acariciaran esa parte de la oreja y también le gustaba frotársela a los demás. Quizá era la manera de comunicarse en su planeta o un gesto equivalente a un abrazo terrestre. Al principio se dejaba el cabello de un largo que no permitiera entrever la punta de sus orejas, pero con el tiempo comenzó a dejárselo más corto y a Pe le daba miedo que la descubrieran, pues era como ver sin lentes a Clark Kent.

Toda la vida tuvo una salud de acero, hasta diez años antes de morir. Pe acababa de regresar del exterior y encontró que ella venía sufriendo un leve temblor en la mano izquierda. Ella le contó que presentaba esa molestia desde hacía un año, en especial cuando estaba acostada o en su mecedora. El médico le decía que era solo estrés y le recetaba relajantes y cosas por el estilo.

Pe investigó en Internet. Leyó que James Parkinson fue el primero en relacionar el conjunto de síntomas con una entidad común y llamó a la enfermedad Parálisis agitante. De acuerdo a sus observaciones, había una diferencia fundamental entre el temblor que surge cuando una persona realiza un movimiento y el que aparece en reposo. El primero puede deberse, en efecto, a cuestiones nerviosas y musculares, pero el segundo, unido a otros síntomas, puede ser indicio de Mal de Parkinson, que fue como finalmente se bautizó la enfermedad. Los otros síntomas, que la mamá de Pe también presentaba, eran: rigidez en el rostro cuando siempre había sido muy expresiva, brazos extendidos hacia adelante como si cargara una bandeja (una vez le llegaron a poner una en las manos pensando que se estaba ofreciendo para ello), cuerpo ligeramente encorvado y pasos rápidos y torpes.

Pe acompañó a su madre al doctor y le expuso a este sus hallazgos, subrayando la diferencia entre

los dos tipos de temblores. El médico enseguida le dio la razón y Pe nunca supo si el tipo se había equivocado por ineptitud o negligencia, o si lo había hecho adrede para ahorrarle dinero a la aseguradora.

Luis retorna (detalle), dibujo de Omar Alonso.

A pesar de las terapias físicas y del tratamiento con dopamina que comenzó a seguir, los síntomas de Marina Ramos se fueron acentuando con los años. Su cara se hizo más rígida, sus movimientos más espasmódicos y los brazos más tiesos, como si una fuerza vegetal quisiera dominarla. A parte de la enfermedad, se acababa de jubilar. Con todo y eso, no dejó de ser la mujer activa que siempre había sido: resolvía crucigramas, ayudaba a sus sobrinas con las tareas, se reunía con amigas, visitaba a sus hermanas, salía a hacer sus diligencias.

En vida James Parkinson tampoco se quedó quieto, ni siquiera en el mismo campo científico. Se dedicó también a la Geología y la Paleontología, y llegó a reunir una de las colecciones más importantes de fósiles de Gran Bretaña. A comienzos del siglo XIX publicó una obra con un título hermoso y más apropiado para un libro de ciencia ficción: Restos orgánicos de un mundo anterior, un largo tratado en tres volúmenes con el que trató de ofrecer una primera explicación científica de los fósiles. Su estudio está redactado con una prosa más cercana a la poesía que a la ciencia. A esas sustancias orgánicas petrificadas que, como eslabones clave, conectan una porción del pasado con otra, las llamó: "Medallas de la creación".

Medallas de la creación

Al momento de morir, la madre de Pe estaba llenando un crucigrama y alcanzó a estampar un puñado de palabras en él. Las letras apenas eran legibles por efecto del párkinson y la debilidad que sufrió en los últimos días. Pe guardó el crucigrama en un bolsillo y más tarde lo aseguró deba-

jo de la alcancía de su hija, con la intención de escribir un texto inspirado en esas palabras azarosas y descifrar, tal vez, un mensaje escondido.

Hoy Pe sabe que nunca podrá escribir ese texto, igual que ella nunca podrá terminar su crucigrama, porque un día alguien limpiaba la habitación de su hija y sin querer botó el papel. Esa pérdida le hizo preguntarse una y otra vez por la pérdida mayor, lo impulsó a rastrear pistas aún no borradas, a buscar afanosamente pedazos intocados de la devastación.

Pe sabe que esas piezas son consuelos abstractos, sabe que ninguna podrá traerla de vuelta, pero se aferra a ellas como lo hacían Hansel y Gretel con las migas de pan para no perderse en el bosque. Se aferra a ellas como si cada resto o fragmento fuese un vestigio arqueológico, una medalla de la creación, una señal de vuelta al origen del mundo.

Moción constante

Unas noches después de la muerte de su madre, Pe soñó que el cuerpo de ella estaba tendido en la cama de su tía Kathy. En el sueño Pe entraba al cuarto y encontraba a Kathy velando el cadáver. Cuando le preguntó qué hacía con el cuerpo, la madre de Pe pareció escuchar la voz de Pe y empezó a moverse. Entre más hablaba Pe, más temblaba ella, como si quisiera despertar, como cuando estaba viva y Pe la veía dormir de esa forma espasmódica y epidérmica que adoptó desde que le comenzó el Mal: como si su cuerpo fuera un estanque transparente bajo el cual se divisaran los contornos de los peces.

Pe le habló y entonces ella comenzó a balbucear y a enderezarse poco a poco, hasta sentarse y, con los ojos cerrados, extender los brazos temblorosos hacia él. Pe la estrechó en un abrazo fuerte y desesperado hasta sentir que aquietaba su temblor y era él quien temblaba.

En la verdadera velación, Marina no se movió, claro, pero ocurrió algo que le dio una apariencia movediza e hizo estremecer a Pe y a otros familiares. En el ataúd vestía una ropa que nunca le habían visto y que no coincidía con la que le entregaron a la funeraria. En la funeraria se habían equivocado y le habían puesto la ropa y los accesorios de otra difunta. En alguna civilización antigua, ese intercambio de trajes y prendas debió significar que el muerto seguía más vivo que nunca, pero en ese momento era solo un error fastidioso y ofensivo para la memoria de la difunta. En todo caso, Pe no se dejó llevar por la irritación, pues la ropa no le sentaba mal. De hecho, si algo le llamaba la atención a Pe no era su ropa sino lo quieta que se veía. Por primera vez lucía absolutamente inmóvil, libre de aquella parálisis agitante que había sufrido durante diez años. Pe se preguntó entonces si habría alguna ley que pudiera explicar su nueva inmovilidad, alguna premisa física según la cual la única manera de detener la vibración de algo, de aplacar su movimiento, era transmitiéndolo a aquello que trataba de sujetarlo.

En el libro de paleontología Restos orgánicos de un mundo anterior, Parkinson sostiene que, a pesar de su petrificación, los fósiles siguen "en moción constante", impulsados "en una progresión regular, a través de varias formas, y modos de existencia" comunicándose con nosotros como matrices vivas, como medallas relucientes, igual que un álbum de fotos remueve el brillo del pasado cada vez que se abre.

Paralizados por el mármol y la piedra caliza, los fósiles son como instantáneas que se siguen agitando en otro tiempo, de la misma forma que

cada momento transmite al siguiente la sustancia continua del presente, o de la misma manera en que el petróleo, siendo una acumulación inerte de sedimentos orgánicos del pasado geológico, vuelve a agitar el mundo después de tanto tiempo dormido.

Pe imaginó, en fin, que detrás de su aparente quietud, su madre debía estar en otra parte, en otro sueño, en otro tiempo, moviéndose aún más, como nunca antes, como si, liberada de la cáscara que la envolvía, pudiera aletear hasta lo más alto, hasta donde pudiera seguir abrazándolo y transmitirle al mundo su energía.

Cinesia paradójica

Cuando iba a tener su primer hijo, Pe cursaba el último año de la universidad y debía informarle a su madre que su novia estaba embarazada.

Fue uno de los momentos más inciertos de su vida, pero confiaba en que su madre lo apoyaría, como lo hacía siempre. Ella se acostaba temprano y él siempre entraba antes de que se durmiera para contarle sus cosas. Era casi un ritual, de modo que a ella no le extrañó que esa noche se acostara a su lado y la abrazara.

—Mamá, tengo que decirte algo —susurró.

Ella enseguida se incorporó, lo miró fijamente con aquella mirada de rayos X que lograba escudriñar de un solo vistazo todos los rincones de su alma y dijo con cara de circunstancias:

—Espera que vaya al baño.

Pe se quedó acostado en su cama, mirando el mundo desde su cabecera, tal como ella lo veía, con sus santos y su virgen en una pared, con sus fotos familiares en otra y el televisor sintonizado en un programa concurso de preguntas y respuestas.

Corría el año 1998 y vivían todavía en la urbanización, pero Pe sabía que pronto iban a cambiar las cosas: se graduaría, se casaría y, sobre todo, sería también padre, lo cual —ya lo sentía como un movimiento telúrico— había comenzado a desplazarlo del centro del mundo al lugar que había sido siempre de sus padres.

Pe la vio caminar de vuelta, con pasos vacilantes y lentos mirándolo de reojo.

Siete años después, cuando comenzó a padecer de Parkinson, sus pasos vacilantes se volvieron breves pero a la vez veloces para poder mantener el equilibrio. Eso siempre le llamó la atención a Pe de la enfermedad: que una persona con problemas de motricidad tuviera que caminar más rápido para no caerse, igual que una bicicleta necesita estar en movimiento para no estamparse contra el suelo.

—Ahora sí, dime, qué pasa —dijo sentándose en la cama y apagando el televisor, como reemplazando todas las preguntas del programa por esa.

—Mi novia está embarazada —le soltó.

—¡Lo sabía! —exclamó, como si fuera la primera vez que ella supiera las cosas de Pe antes de que se las contara.

En lugar de reñirle o preocuparse, se alegró. Lo podía notar en su cara de emoción contenida.

—Entonces voy a ser abuela —dijo como para sí misma y como si de pronto se le revelara una verdad oculta.

—Vas a ser una gran abuela —completó Pe, no con intención zalamera, sino porque sinceramente lo pensaba.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le preguntó.

—No sé —respondió ansioso—. ¿Me pongo a buscar trabajo?

—Nada de eso —repuso ella tajante—, termina la universidad.

—Podría estudiar de noche —dijo.

—Te falta solo un semestre, ya termina —apostilló, y entonces pronunció sus palabras mágicas—. Yo te apoyo.

Volvió a encender el televisor, como para evitar cualquier posible réplica y volvió a tomar su lugar en la cama. Pe se acuñó en su costado, como hacía todas las noches, y miró un poco de televisión con ella.

Desde pequeño le gustaba sentir su olor, el sudor que había acumulado durante el día y que era el mismo que lo había levantado palmo a palmo a lo largo de 22 años. Le gustaba también pasar su brazo encima de su torso para sentir el latido de su corazón, que siempre parecía a flor de piel; eso de alguna forma lo tranquilizaba ante cualquier situación, como si esa pulsación fuese una forma de decirle que la vida siempre continuaba, que el mundo nunca se acababa, que cuando amagaba con caerse sólo había que moverse más rápido, dar más pasos hacia delante.

Paul Brito
Nacido en Barranquilla. Ha publicado cuatro libros: Los intrusos, Premio Nacional de Libro de Cuentos UIS; *El ideal de Aquiles, 101 minicuentos para alcanzar a la tortuga*; la novela *La muerte del obrero;* y *El proletariado de los dioses*, nominado al III Premio de Narrativa Eafit al Mejor Libro del Año (2016). Cuentos suyos han sido traducidos al inglés, portugués e italiano. Colabora en medios colombianos como El Tiempo, El Malpensante y El Heraldo, y en publicaciones españolas como Clarín. Fue relator de la FNPI (Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano) en el Taller de Crónica de Jon Lee Anderson La Barranquilla de García Márquez. Es editor de la revista Actual en Barranquilla. Incluido en la antología *Asedios verbales, panorama actual del cuento colombiano*, de Ángel Castaño.

Pichones en la telaraña

Claudia Lama Andonie

Hace un rato, mi mamá pegó un grito como si una cucaracha le hubiera aterrizado en la cabeza. Yo estaba en mi cuarto retocando algunas fotos y no le presté atención. Ella estaría regando en el patio como todas las tardes, habría pisado mierda de la perra o se habría pinchado bajando limones del árbol. Entonces oí su voz lastimosa entrar por mi ventana.

—Camilo, ven rápido, por favor.

A veces pienso que para ella no soy más que una herramienta aceptable con la que resuelve algunos problemas cotidianos. Le respondí de mala gana que estaba estudiando. Pero volvió a llamar: —que te apures —dijo—, con ese tono que le hace a uno saber que la cosa no es jugando.

Estaba encorvada debajo del guanábano. Aunque la veo a diario, la encontré flaca y torcida como otra rama a punto de ser tragada por las últimas sombras del día. Buscaba algo mientras ahuyentaba a Laika, que está tan gorda que parece una vaca Holstein sólo que enana y feroz.

—Por aquí está —me dijo señalando al tronco del árbol—, no lo veo.

—¿Qué cosa? —le respondí. Estoy mamado de que me crea una extensión de su pensamiento.

—El pajarito… se cayó del nido. —Que lo protegiera mientras ella iba por la linterna.

Me acerqué para atajar a Laika, que ladraba como si del nido se hubiera caído un halcón. Antes de irse, mi mamá me encaró con la seriedad de una súplica: —cuídalo —me dijo con angustia y pasó hacía la casa. Cada vez está más loca, pensé, y me puse a buscar el pajarito.

Del lado de atrás del tronco, un pichón de tierrela daba pasitos destemplados, las plumas apenas una espesa pelusa gris. Y un par de metros al fondo, cerca de la paredilla, otro, camuflado en el color de la tierra, movía la cabeza cada vez que Laika ladraba.

—Y más ciega —le dije… al pajarito, a la perra, al árbol. Te digo a ti. Obviamente no hubo respuesta. Ni tú responderás.

A mi mamá le grité que eran dos, pero tampoco respondió.

Daba lástima verlos: enfrentados así al espacio abierto y desconocido, mirando a todos lados sin entender qué los acechaba. Me coloqué entre ellos y la perra, pose de portero, no me fueran a meter un nefasto gol.

Ojo con el pico (detalle), dibujo de Omar Alonso.

Los ladridos de Laika me rebotaban en los oídos y encendían a los perros vecinos. Para complicar las cosas llegó Fredo, el pequeño tonel rubio con patas, a aplastarse detrás de Laika con la mirada clavada en los pichones. Aunque sea feo admitirlo, me dieron ganas de hacerme a un lado y dejar que pasara lo que tuviera que pasar. Pero me ganó la cara de mártir de mi mamá y me dediqué a evitar que el gato se acercara más, a ver que no se alejaran los pichones, a llamarla para que se apurara, a mantener a raya a la perra, a no dejar que me ganara la idea de que iban a morirse de todas formas, de que era mejor dejarle el asunto a la naturaleza. En esas estaba cuando me sorprendió en la pierna la vibración del celular.

La vida de los pájaros suele ser trágica en nuestro patio. Da igual que mi mamá lleve la cuenta de los nidos, que no permita que nadie toque los árboles, que les ponga tarritos con agua y alpiste junto a los troncos —lo que sólo sirve para hacérsela más fácil al gato—. Da igual lo que ella haga, de vez en cuando aparecen los cuerpos tiesos o lo que queda de ellos, los huevos rotos o los pichones todavía rosados botados a la tierra quién sabe por qué. Me llama para verlos, como si juntar dolientes pudiera ayudarlos. Los miro sin sentir nada. Me quedo gravitando en los detalles y cuando ella se va armo en mi cabeza un caso estilo CSI y les tomo fotos antes de enterrarlos. Y es que de un tiempo para acá me encarga los entierros. Insiste en que es indigno botarlos a la basura. Se le debe de estar acabando la resistencia, ya no soportará tanta fragilidad. Cura a los que encuentra heridos, los alimenta, los vigila como si la supervivencia de la especie dependiera de ello. Se mueren igual. Todos se le han muerto. Ella no puede dejar que pase lo que tenga que pasar. En algún lugar de su cabeza se dispara un resorte, tiene que salvarlos. A mi papá le parece estúpida la terquedad de ella. A él también se le dispara

algo en la cabeza porque empieza con la cantaleta: que a la naturaleza hay que dejarla seguir su curso y que en la finca él pone en práctica esto y que cuando era niño en el campo y lo que le enseñó su abuelo. Quién se los aguanta.

En todo caso, no debí distraerme con tu mensaje de texto. El movimiento de Fredo fue rápido, evadió a Laika, luego a mí, y logró dar con el que estaba cerca de la paredilla. Para qué intentar rescatarlo. Me quedé a proteger al otro, a oír como reventaban los chillidos del pajarito mientras se lo llevaba. A ver cómo lo terminaba de matar con una sacudida breve. Unos segundos nada más le alcanzó el aliento al pajarito para chillar, unos segundos, eternos segundos de la derrota. Lo dejó botado unos metros más allá y se largó contoneándose despacio el muy hijueputa.

Entonces llegó ella. No había tiempo para explicar ni reprochar nada: Laika seguía alborotada y la noche puntual. Con la linterna ubicó al pajarito y me pidió que lo levantara. —¿Yo por qué? —protesté. Sabía que para eso me había llamado, pero… Su tajante mirada desbarató mi intento de rebelión.

Fui acorralando al pichoncito hasta ponerlo contra la pared. Sostuve con asco el bultico turbulento que se fue tranquilizando entre mis manos. Subí con cuidado al banco que mi madre colocó junto al árbol y me estiré hasta que logré dejarlo en el nido. Y listo, happy ending, dirías tú, pero no alcancé a alejarme unos pasos cuando escuché el chillido.

—Está muerto —dijo ella con la noche ya en la cara.

El pajarito había saltado para caer a los pies de la perra que sólo así dejó de ladrar. Antes de volver a la casa, me encomendó enterrar al que mató el gato. Al otro se lo merendó Laika.

Y tú preguntas «¿cómo va tu día?» Si te contara que por tu culpa hoy se murió un pichón y te mandara la foto que le acabo de tomar patas arriba con la cabeza ladeada y húmeda, el cuello desplumado, su carne a la vista.

«Todo bien».

Sí, todo bien, de lo más normal: por la mañana clases en la universidad. Discutir por cualquier pendejada con María Luisa para quitármela de encima el fin de semana. Fingir estudiar por la tarde. Endulzar a María Luisa con algún emoticón para que no me mande a volar. Ser un inútil para salvar pájaros casi anocheciendo. Ser un inútil para salvar nada. Responderte mensajes como casi todas las noches desde hace un par de semanas. Fingir que todo va genial.

«Yo mal, toy triste».

Eso es nuevo, tú triste, el señor sonrisa petulante. ¿Qué puedo hacer yo? Acostúmbrate, quisiera decirte, la vida es triste como este patio que va dejando víctimas.

«Ya somos dos».
«¡¡¡Mierda!!! ¿Y ahora?»
«…»
«¡Quiero pechiche!»

¿Pechiche? Una palada, dos paladas. No hace falta un hoyo profundo para enterrar a un pichón. Y pensar que este patio era mi lugar favorito.

Aquí me sentaba, en este mismo escalón en el que estoy ahora, a ver cómo mi papá hacía zumbar el machete. Tajaba ramas gruesas de un ma-

chetazo. En ninguna otra parte se veía tan contento, tan en su lugar. Muchos domingos me desperté con el ruido que él hacía. Me asomaba por la puerta del patio con la esperanza de que me dejara ayudarlo, pero era ver y no tocar. Quédate ahí sentado, me decía como si yo fuera un perrito. No molestes a tu papá. Venía mamá a apurarme para que me bañara. Los domingos salíamos a desayunar.

Aquí me la pasaba jugando. Había columpios y un árbol de guayaba al que me gustaba trepar. Me acomodaba en una rama a descubrir el mundo como si fuera otro desde arriba y a robarle guayabas a los jugos del almuerzo. El patio siempre estaba bonito, tupido de grama, matas de colores en las esquinas, los muros bien blancos. Así se ve en el montón de fotos que me tomaron en los columpios rojos cuando todavía tenían ganas de coleccionar recuerdos. Ahora es un peladero de tierra con parches verdes por aquí y por allá. Los columpios ya no están porque se oxidaron y hay un limonero en lugar del guayabo.

¿Habrás visto flores podridas? Hice una serie de fotos con flores en proceso de marchitarse. Con ellas me gané un concurso… no muy importante, pero algo es algo. Mi mamá se alegró, le gustaron las fotos. Sigue siendo una mujer bonita a pesar de que se le empieza a notar que va de bajada en la montaña rusa.

Era divertida a su manera. Me correteaba por toda la casa advirtiéndome lo duro que me iba a pegar por portarme mal. La hacía perseguirme hasta que me cansaba y venía a esconderme aquí. Ella se detenía, fingía que buscaba, decía ya verás blandiendo una de sus chanclas y se devolvía para la casa. Este patio fue mi paraíso hasta que cumplí los once y mi papá llegó a la casa con una escopeta de perdigones.

De regalo oficial me dio un balón nuevo. Pero después de que me cantaron el feliz cumpleaños y se fueron los imbéciles de mis primos, me dijo a solas con su voz de tambor: la escopeta es para ti, ya te estás convirtiendo en un hombre. Prometió que los domingos me enseñaría a disparar. Soñé despierto el resto de la semana. El PlayStation se volvió la cosa más aburrida, practicar con el balón a ver si por fin me ganaba un lugar en el equipo del curso, de lo más intrascendente. El domingo estaba en su cama antes de que él despertara. Después de tomarse un café interminable, buscó la escopeta y vinimos al patio. Me mostró cómo cargarla, cómo debía sujetarla, cómo apuntar. Sobre una mesa vieja de madera puso latas vacías, una al lado de la otra, y las hizo volar. El ruido debió despertar a mi mamá porque apareció en la terraza medio desnuda y despelucada.

—Dijiste que se la estabas guardando a un amigo.

—Me la prestó.

—No me parece. ¡Camilo, ven para acá!

Miré a mi papá: una roca. Su mano pesada aterrizó en mi cuello y entendí claro quién era el que mandaba. Le dijo a mi mamá que no empezara a exagerar. Ella se plantó, las manos en la cintura:

—No quiero armas en mi casa.

Recuerdo, porque no lo había oído tratarla así, que le recalcó que no fuera ridícula, que una escopeta no era un arma, que él estaba conmigo, que se fuera a bañar. Ella dio media vuelta y mi papá, hinchado en su autoconfianza, me entregó la escopeta y me dijo: te toca.

Me convertí en el personaje de Doom, descalzo y en pijama del Hombre araña, con mi flamante escopeta que olía a madera recién pulida, listo para acabar con lo que se me cruzara en el camino. En ese momento no comprendí que era yo quien hacía el ridículo.

La escopeta me pesaba, pero yo no me iba a arrugar. Me aseguré de que viera que podía con ella, que podía con el peso de ser el hombre que él pensaba que yo era. Esa primera vez fallé todos los tiros. Daba igual, para mí el chiste era disparar. Prometió llevarme al monte a cazar si aprendía a hacerlo bien. Luego me mandó a bañar mientras él se encargaba del patio y nos fuimos a desayunar. Así comenzamos a pasar las mañanas de los domingos mi papá y yo, a pesar de las constantes protestas de mi mamá. Él me decía que ella no podía entendernos porque era de la ciudad. Entonces me preocupaba porque, a diferencia de él, yo también había nacido en la ciudad. Más que nada yo quería entenderme con mi papá.

«¿Qué haces, masmelito?»

Ahí estás otra vez. ¿Qué hago? Aquí, luchando contra una horda de zombis hambrientos que me quieren comer el coco. No lo había pensado antes, pero tiene sentido: los recuerdos y los zombis vienen a ser lo mismo: muertos vivos, descompuestos y desfigurados, lo que va quedando de lo que alguna vez fue. Uno de estos días te apabullo con mi sabiduría, don masmelo, pero hoy no tengo ganas...

«Nada»
«Tú desocupado, yo desocupado, hoy es viernes…»

Sí, qué falta de oficio, diría mi mamá. Que falta de oficio matar pajaritos dijo aquella vez.

Un par de domingos después, luego de practicar el tiro al blanco, esperábamos en la terraza a que mi mamá se bañara. Él me contaba sus aventuras en el campo cazando pájaros con una honda para asarlos después en una fogata. De pronto agarró la escopeta, la apoyó contra su hombro y disparó al frente casi sin apuntar. Caminó hasta un pájaro que revoloteaba en el suelo con un ala extendida. —Hoy vas a desayunar de verdad —algo así dijo. Lo levantó y sin vacilar le arrancó la cabeza de un jalón. Lo puso patas arriba y lo sacudió hasta que dejó de salir el hilo de sangre. Cuando quise ponerme en pie me di cuenta de que me temblaban las piernas. No podía creer la fuerza de mi papá, ¿arrancarle así la cabeza? Entonces me puso a buscar, —sólo tierrelas o papayeros —dijo. Mató un par más y nos fuimos a la cocina. Mi mamá estaba hecha una furia: ¡qué falta de oficio asesinar pajaritos! Ella no lo podía creer. Yo me daba cuenta de que su incredulidad era muy distinta de la mía.

¿Quién le dice a mi papá qué hacer? Nadie. No estoy seguro si le dijo algo, qué le dijo o si la ignoró, el asunto es que ella salió de la cocina. Él puso a calentar agua, desplumó los pájaros, les sacó las tripas, los troceó y los puso a freír en mantequilla. Me iba enseñando el proceso paso a paso. Me daba asco, pero al mismo tiempo, cómo lo explico… no sé, un cambio en el ritmo del tiempo, como cuando me pongo a tomar fotos o cuando te miro sin que te des cuenta, lo demás desaparece.

Los sirvió con pan y huevos revueltos. Tenían poca carne y los huesos eran tan blandos que se podían masticar. Los comí con devoción y con miedo. Sabían muy bien, tan bien que todavía añoro aquel sabor. Desde ese día el desayuno de los domingos cambió, en la nueva versión no estaba incluida mi mamá.

Si te lo contara probablemente me mirarías con cara de nah, pero incluso un par de veces salimos a la calle a cazar pájaros. Mi papá se aseguraba de que no hubiera vecinos a la vista, abría la puerta del garaje y buscaba en los árboles, incluso en los

cables. Les apuntaba y sonaba el escopetazo. Si veía caer el bulto, yo salía corriendo a traerlo con tremenda felicidad. Antes no había tantos edificios en el barrio, ni tanta gente viviendo, ni tanto tráfico. Que yo sepa, ningún vecino se quejó ni mi papá causó daños; pero a mi mamá le avergonzaba demasiado. Varias veces los escuché discutir por el asunto de los pájaros.

Podría jurar que estuvimos un año en ese cuento, pero duró un par de meses, a lo mejor ni eso, hasta el domingo en el que logré una puntería aceptable con las latas y decidió que era mi turno con los pájaros. Saqué pecho, quería demostrarle que yo era bueno, igual que él. Encontramos una tierrela en el árbol de guayaba, en una rama ni muy alta ni muy escondida. La tenía en la mira a buena distancia, seguro de poder darle, el dedo en el gatillo, un segundo, dos segundos, los apenas segundos en los que contemplé el brillo húmedo de esas esferas pardas que parpadeaban sin sospechar nada. Disparé, pero fallé a propósito. Fallé las veces que me pasó la escopeta hasta que dejó de pasármela. El pájaro escapaba y de alguna manera yo creía escapar también. Al principio me daba ánimos, pero en cada intento se le iba apagando el entusiasmo.

Hasta que se le apagó del todo.

Tomaba la escopeta, mataba unos cuantos y nos íbamos a desayunar callados. Y así se acabaron los domingos con mi papá en el patio. Él me dijo que por la cantaleta de mi mamá, pero yo creí otra cosa. A la escopeta no la vi más.

¿Te quedaste callado? A ver… No hay mensajes nuevos.

«¿Sigues ahí, pichoncito?»

Quizás me parezco más a mi mamá, pero yo no me quiero parecer a ninguno. Estoy cansado de sentir vergüenza. Aunque ella tampoco permite que le digan qué hacer. Poco después se adueñó del patio: invadió, hubo una pequeña guerra y ganó. Creo que a él le había dejado de interesar, además tenía que arreglar las cosas con ella de alguna manera. Por esa época compró la finca y prácticamente se mudó para allá. Le ha costado mucho trabajo sacar adelante ese pedazo de ruina. A mí también me dejó de gustar el patio. He vuelto últimamente a disparar algunas veces, sólo que ahora lo hago con mi cámara, una profesional que se comió buena parte de mis mesadas. Uno de estos días te paso mi cuenta en Flickr… Si te portas bien, claro. Me gustaría tanto hacerte una serie de retratos.

Ahí estás.

«Pichón serás tú, pendejo. Hagamos algo o ¿me vas a seguir sacando el cuerpo?»

«Dale. Columpiarnos en la telaraña». Ahí tienes, para que te entretengas un rato.

«¿What?»

No sé por qué te doy cuerda. Te imaginaba distinto cuando te observaba en la universidad. Con ese aire de dios en su suficiencia, el cabello lacio y negro, esas piernas largas enfundadas en el jean, el caminado místico ni cual Light Yagami. Y de pronto entras en la clase de cálculo, llegas tarde el primer día, echas un vistazo rápido y de los pocos asientos que quedan libres te decides por el que está a mi lado, al otro extremo del salón. Sonríes, te presentas y haces el milagro: que estudiar agronomía se sienta como ganarse el World Press Photo.

«Dos deprimidos se columpiaban sobre la tela de una araña»

…A punto de caer en la trampa. No deberías atascarte conmigo. Ahí está María Luisa, bien enredada en la telaraña y no se quiere dar cuenta. O no le interesa.

Algún día me haré cargo de la finca de mi papá, eso es lo que él quiere. Al principio, no permitía que yo asomara por allá, no era seguro. Ahora voy a pasar las vacaciones si no encuentro una buena excusa. Me gusta ir, pero no por lo que él cree. Hago lo que quiere, voy a los establos, aprendo lo que hay que aprender sobre el ganado; como buen borrego, pero si se distrae me le pierdo. Se molesta si me encuentra tomando fotos, dice que la fotografía es una pérdida de tiempo. Debería hacerle entender que a la naturaleza es mejor dejarla seguir su curso. Pero soy incapaz de contrariarlo. Quizás debería hacer como mi mamá y adueñarme de su patio, sacarlo a patadas, al fin de cuentas es mi vida.

«Jajaja, hay que buscar a la araña».
«¿Para qué?»
«Para que nos haga una hamaca».
Será buscar a la araña. Si me dejara llevar, de qué más llegarías a ser tú el culpable.

Mamá me llama, que entre a comer. Me la imagino, no tendrá ganas de nada. Mejor ir. Una vez descubrí, desde una de las ventanas que da al patio, a una familia de tierrelas en el árbol de guanábana. En una rama el papá, la mamá y el hijo; uno al lado del otro, muy juntos, enmarcados por el verde brilloso de las hojas. Busqué rápido mi cámara y logré tomar unas fotos. Es muy probable que ella los haya visto alguna vez. Mi mamá se esfuerza, qué más puede hacer, pero no queda mucho que salvar aquí.

Claudia Lama Andonie
(Barranquilla, 1973). Desde el 2008 participa en el taller José Félix Fuenmayor, dirigido por el poeta y escritor Antonio Silvera Arenas. Sus cuentos han sido publicados en revistas y antologías locales y nacionales. En el 2012 ganó el primer premio de los Estímulos Relata del Ministerio de Cultura en la categoría asistentes a taller. En el 2017 fue publicada su primera novela *Un nosotros más grande* (Libros & Libros, Bogotá). Su libro de cuentos *Bailarás sin tacones* ganó el primer puesto en la categoría nuevos creadores del Portafolio de Estímulos para el desarrollo artístico y cultural en el Distrito de Barranquilla 2018.

El llanto de las ciudades

John Better

La peste se ha expandido por todo el mundo con el mismo poder destructivo de un hongo atómico. Como lluvia ácida, ha caído inclemente sobre las ciudades. Furiosos torrentes radioactivos corren desde hace más de tres décadas, llevándose a millones que atrevieron a cruzar desnudos las toxicas aguas. Desde entonces, los avisos de CUIDADO y AGUAS PROFUNDAS alertan a los desprevenidos transeúntes del peligro inminente.

1. Alexis

Alexis salió del consultorio portando la membresía que lo acreditaba como socio permanente del Club de la Peste. Ahora, en la intimidad de su cuarto, observa su imagen frente al espejo: la repara, le parece imposible que tras el claro verdor de sus pupilas se oculte el siniestro huésped. Un poco de cocaína me caerá bien, dice. De inmediato saca una cuchilla con la que empieza raspar el copo de nieve amarga. Aspira una línea larga. Un hondo suspirar: Lo amo tanto, piensa, y mira al chico que duerme entre las sábanas. Como un flash, el rayo antecede a un estrepitoso temblar de cristales. Esta ciudad no me gusta, escupe en sus adentros. Va hasta la ventana y empieza a contemplar los cerros nublados, la espectral virgen en la cima con los brazos abiertos como queriendo abrazarlo. Ahí se queda Alexis, mirando la lluvia como se acrecienta hasta convertirse en una horrible granizada…

– ¿Has visto la nieve, Alexis?

– Una vez. Estaba muy pequeño y papá me llevó en invierno por primera vez a Nueva York. Al ir en el auto vi el alfombrado grisáceo extenderse por todos lados, también vi niños aventándose grandes bolas que se desvanecían al impacto con sus caras, y un enorme muñeco con su nariz de zanahoria y bufanda a rayas. Pero cuando bajé y quité uno de mis guantes para tocarla, sentí el frío, el hielo escarchado, no sé por qué salí corriendo asustado y me puse a mirar detrás de la ventana de la casa de mi abuela.

Esta ciudad no me gusta, dijo de nuevo Alexis y cerró la cortina. El chico entre las sábanas se movía ignorando el mal clima que hacía fuera. A lo mejor en su sueño él y Alexis corrían desnudos por una playa, o quizá se besaban y envolvían en arena sus juveniles cuerpos. Tal vez se fundían y el sol les quemaba la piel, pétalo a pétalo uno deshojaba al otro.

– ¿Qué pasa? –preguntó el muchacho levantándose en medio de un charco de sudor frío.

– Llueve –dijo Alexis mientras un hilillo de sangre resbalaba por su nariz.

2. Ella

Kasandra convive hace cinco años con la peste. Este maldito aguacero me va a dañar la noche, comenta mientras se da toques de plateado sobre las uñas de sus pies con una brochilla. En la mesita de noche están los medicamentos, mañana saldrá

a venderlos en el mercado negro. Nunca se ha tomado una sola pastilla. Ahí es donde una empieza a morirse, es lo que siempre argumenta.

A veces Kasandra olvida lo que se está gestando dentro de ella, y se sorprende de que los condones se aglomeren en su cartera. Una mancha parduzca en su cuello es cubierta con un poco de base cosmética. Ni se nota, comenta satisfecha ante su pequeño espejo de mano. Enciende un cerillo y lo inclina sobre la pequeña montaña de base química, aspira la pipa endiabladamente y siente cómo el humo denso sube hasta los intrincados corredores cerebrales. La sangre fluye más a prisa, son sólo unos segundos...

– ¿Has visto la nieve?
– Nunca. Sólo granizo, que es algo parecido. Se ve tan bello cuando recién cae y se aglomera sobre las jardineras de las casas. Un día me comí uno, dicen que es curativo, pero lo que yo tengo no lo cura el granizo, a lo mejor con la nieve ocurren milagros, pero en esta ciudad sólo cae granizo y no es tan delicado. A veces puede hacerte daño y partirte la cabeza. Una vez me cayó uno y me hizo una enorme brecha en la frente. Llegué al hostal sangrando, la señora que ordenaba los cuartos por entonces quiso ayudarme. Yo le conté que tuviera cuidado mientras me curaba, por lo de aquello, tú sabes. A ella no le importó, era tan buena, me contó que había hecho algún cursillo de enfermería, luego se puso unos guantes de goma y me colocó una línea larga de maripositas de esparadrapo. Nos hicimos buenas amigas, ella lo era de todas aquí. Cuando la Erika cayó en cama, la cuidó. Era una mujer llena de compasión, pero un día se fue. En estos sitios nadie se queda para siempre. Ella dijo que se marchaba al norte del país, que los médicos le dijeron que el mar podría mejorar su salud. Ahora que la recuerdo, la imagino en alguna playa vendando gaviotas con las alas partidas. Me alegro que así sea, pero el mar, el mar no me gusta.

Kasandra salió envuelta en un abrigo de piel sintética y unas altas zapatillas plateadas. En la calle hacía un frío del demonio.
– ¿A dónde la llevo? –preguntó el sujeto del auto.

3. Terciopelo Blanco

– Dígame algo: ¿hace cuánto está usted aquí?
– Hace mucho tiempo, años tal vez.
– Ahora respóndame: ¿ha visto usted la nieve?
– ¿Nieve? ¿A qué se refiere con eso de nieve?
– Cae del cielo y le da a todo una apariencia de ensueño.
– Lo único que he visto caer del cielo son esas cosas negras que ve usted tiradas en el patio, agonizantes.
– ¿Cuervos?
– Sí, eso creo.
– No, la nieve es blanca.
– ¿Blanca?
– Sí, como la ropa que usted lleva puesta.
– ¿Sabe algo? No recordaba el nombre de ese color, y vea que aquí casi todo es de ese mismo tono. Por cierto, en las mañanas cuando me levanto encuentro mi ropa ya lista a un lado de la cama. ¿Ha visto usted a quien se encarga de ello?

– No, usted es el primero al que veo aquí.
– A veces hay gente, pero casi nadie sale, son algo extraños, como si se escondieran de algo o de alguien. ¿Usted no es así, verdad? Y es muy joven…

– No tanto, ya tengo 40 años.
– Es un jovencito, yo podría ser su padre.
– Entonces: ¿nunca ha visto la nieve?
– Le dije que no. ¿Debí hacerlo? ¿Cree usted

que me perdí de algo valioso por no haber visto la nieve? Ya soy muy viejo para aventuras.

– Me voy a mi cuarto, señor.

– ¡Usted es como los otros! Puedo verlo en sus ojos, se esconde.

– Está bien, me quedaré un poco más, pero respóndame: ¿cree en milagros?

– ¿Un milagro es como cuando cae esa cosa blanca y maravillosa del cielo de la que tanto habla? Le diré algo: soy enteramente feliz con lo que aquí tengo, pedir más sería mezquino de mi parte. Ahora, usted: ¿de qué tiene miedo?

– Déjeme ver… bueno, de niño soñaba que me perdía en un parque al que mi madre solía llevarme los domingos. También le tengo miedo a los tigres, una vez fui al zoológico y un asistente de la profesora me tomó en sus brazos y amenazó con tirarme a la jaula de los felinos, es algo que no olvido.

– ¿Ha oído hablar del psicoanálisis?

– No, señor. Tampoco me interesa, es una fea palabra.

– Es pura basura, muchacho.

– ¿Sabe qué palabra es fea también?

– ¿Cuál?

– Olvídelo, señor. ¿Qué es eso que sube por su brazo?

– ¿Esto? Son gusanos, tengo que estar matándolos con mi bastón, eso quiere decir que ya es hora.

– ¿Hora de qué?

– De entrar, va a oscurecer pronto.

– ¿Qué es eso que escucho?

– Yo no digo nada, joven.

– Son tigres, puedo escucharlos rugir muy cerca.

– Vamos. ¡Entre, venga conmigo!

– ¿Por qué todos están gritando? ¿Qué es este sitio?

– ¿Aún no lo sabes, muchacho?

4. Él

Voy en este auto hace más de dos horas. Las luces encendidas van mostrándome un camino de curvas que bordean altas montañas. A veces veo algo que atraviesa rápido ante mis ojos, una liebre o una ardilla, no logro precisar. En la distancia veo la gran ciudad hirviendo en un caldo diabólico. La repentina lluvia me enseña a Bogotá como vista a través de una cortina de lágrimas. Los trozos de granizo esparcidos en la carretera son una muerte blanca segura. Así que me detengo y enciendo un cigarrillo. Alguien desde lo alto de un edificio cierra la cortina de su cuarto para no ver más, en una calle céntrica una extraña mujer se sube presurosa a un automóvil. Saco mi mano por la ventanilla, atrapo un pedacito de hielo y lo como. A lo mejor en alguna clínica milagrosa él ya ha despertado del coma con las manos llenas de nieve.

John Better Armella
Barranquilla, 1978. Escritor y periodista costeño. Ha publicado el poemario *China White*, México, 2006; Bogotá 2011. *Locas de felicidad*, crónicas y relatos, Barranquilla, 2009. Es colaborador del periódico El Heraldo y de otros medios escritos del país como: revista Credencial, Arcadia, Diners, Soho, Carrusel, y Página 12, uno de los más relevantes diarios de Argentina. Como entrevistador ha podido dialogar con importantes figuras de la intelectualidad artística latinoamericana como Carlos Monsivais, Carmen Berenguer, Piero, Francisco Zumaqué, Ramón Illán Bacca, Fabiana Cantilo, Alvaro Barrios, Harold Alvarado Tenorio, entre muchos otros. Su primera novela *A la caza del chico espantapájaros* fue publicada por Planeta en 2016.

Camino hacia la nada brillante

Ricardo Llinás

Lo absurdo me aclara este punto: no hay mañana.
Albert Camus

Francine, esposa de Albert Camus, estaba guardando la ropa en la maleta cuando su marido le informó que había un cambio de planes: viajarían por separado.

Ella partiría en tren con los niños y él se iría en el carro de Michel Gallimard, junto a su esposa Janine y la hija de ella, Anne.

—¿Y la maleta? —preguntó Francine sin dejar de doblar la camisa que tenía en las manos.

Él le contestó desde el pasillo que Michel le había pedido que viajaran juntos. Enviarían la maleta por correo y se verían en París cuando llegaran.

Francine siguió a su marido al pie de la letra y se preparó para viajar en tren por su cuenta y esperarlo a que llegara de Lourmarin.

El carro de Michel Gallimard era un Facel Vega HK500 de color negro, un auto deportivo al que Michel sabía exigir en carretera. Condujeron durante el primer día e hicieron una parada en Sens en una fonda que habían reservado.

Era el 4 de enero de 1960.

Aclaraba el día. Albert se adelantó a los demás y se quedó cerca del Facel Vega. Tenía consigo su cartera de cuero, y buscó en ella su cajetilla de Gauloises. Fumó ensimismado mirando la larga carretera durante unos minutos. Cuando los vio venir, tiró el medio cigarrillo que le quedaba y lo atornilló al suelo con la punta del botín.

El primero en abordar para tomar el volante fue Michel, luego subió Albert al asiento del copiloto, y en la parte de atrás abordaron Janine y Anne con su perro.

Unos segundos después Michel encendió el potente motor del Facel Vega, cuya vibración espantó a una mariposa parda que estaba posada en el capó y que fue a perderse tras unos arbustos. Llevó el deportivo negro hasta la carretera, se aseguró por el retrovisor de que estuviera despejado, se alineó con la autopista y aceleró rumbo a París.

La Quinta era una autopista de tres carriles cercada por árboles y prados. Tras acomodarse en los asientos, permanecieron en silencio como habituándose nuevamente a la rutina del viaje. Pero a los pocos minutos hablaron.

La reunión de las 3 (detalle), dibujo de Omar Alonso.

—He pensado en tomar un seguro de vida —dijo Michel.

Albert se volteó a mirarlo y preguntó con un gesto de la cara.

—Últimamente —dijo Janine— anda con ideas raras en la cabeza.

Michel, con la vista en el carro que se divisaba delante, explicó que le parecía que todo el mundo debía tener un seguro.

Anne apoyó la idea mientras acariciaba al perro que asomaba la cabeza por la ventanilla.

—¿Acaso estás pensando en la muerte ahora? —preguntó Janine.

Michel se abrió un poco y aceleró para adelantar al carro que ahora estaba justo adelante. Era un Dauphine conducido por una muchacha.

—Todo el mundo —dijo Michel— piensa en la muerte.

Janine deslizó la mano por su cabello y lo pasó por detrás de las orejas para que el viento no jugara con él mientras sentenciaba:

—Nadie le sacará esa idea de la cabeza.

En este tramo la autopista estaba bordeada por una hilera de cipreses enormes que se sucedían uno tras otro. En el sentido contrario, un Peugeot 404 apareció en el horizonte.

—Pensándolo bien —dijo Janine—, tú siempre estás hablando de la muerte.

El Facel Vega dio un pequeño salto por un desperfecto de la vía.

—Con lo enfermos que tenemos los pulmones

—dijo Albert con el codo apoyado en la ventanilla— nos sería difícil conseguir un seguro de vida.

El Peugeot 404 fue acercándose rápido y zumbó al pasar.

—Baja un poco la velocidad —dijo Janine.
Anne respaldó la petición de su madre.
—Asustas al perro —dijo.

Un ladrido se oyó enseguida.

Michel no respondió. Siguió con la mirada al frente y las manos en el volante que se balanceaba levemente. Podía verse otro automóvil en el fondo.

Una suave llovizna empezó a caer sobre la autopista. Michel accionó el limpiavidrios para desempañar el panorámico. El agua fue haciendo charcos a lo largo de la carretera que de lejos se veían brillar como espejos.

—Tú también deberías pensar en lo del seguro —retomó Michel— y arreglar un testamento sobre la obra.

Se acercaban al carro de adelante, un Simca rojo con blanco.

—No me gusta pensar en eso —dijo Albert. Siempre me ha molestado esa idea de los herederos viviendo de los derechos de autor.

Anne miró al cielo y murmuró algo sobre el clima y sobre una cita que tenía. Michel se abrió al otro carril y aceleró. Avanzaron junto al Simca un momento y luego lo dejaron atrás.

—¿Qué cita? —preguntó Albert.
—Va con el dentista —le respondió Janine— a revisarse las muelas del juicio.

Ahora estaban a la altura de otro carro, dos monjas agustinas en un 2HP que no llevaban mucha prisa. Las rebasaron y se alinearon al carril nuevamente.

La llovizna cesó al poco rato, pero dejó el asfalto resbaloso y con algunos charcos. Un Fiat 1500 se disponía a cruzar en una pequeña intercepción que abandonaron rápido.

—¿Por qué te molesta lo de los derechos de autor? —preguntó Janine.

—Siempre hay disputas. Los herederos a veces no tienen los mismos criterios que los autores.

Pasaron una estación de gasolina de la que salía un par de ancianos en un ID Citroën violeta. Enseguida tomaron una curva y desembocaron en una recta que se extendía hasta la línea del horizonte.

—Otro asunto que molesta —intervino Michel— son las obras póstumas.
—¿Qué pasa con las obras póstumas? —preguntó Anne.

El motor del Facel Vega ronroneaba como un felino intranquilo.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó Albert.

No se veía un solo carro a la vista. Aunque era temporada de retorno de fin de año, poca gente regresaba a París por el sur a esa hora. La autopista era una invitación.

Michel miró a Albert y vio la imagen de las solapas de sus libros, distante y peinado al estilo de

los actores de Hollywood.

—El problema con las obras póstumas —dijo Michel— es que siempre está la sensación de que si el autor no quiso publicarla en vida, debió ser por algo.

Al final de la vía unos charcos emitieron un par de destellos minúsculos, como fotografías.

—Y, por otro lado —continuó Michel—, está la curiosidad que despiertan esas obras.

La aguja del velocímetro vibraba como un diapasón mientras la carrocería se estremecía. La sensación de velocidad los ensimismó. Se sentía en el fondo el ruido de los mecanismos apurados.

La autopista parecía de Marte, solitaria y lejana. El Facel Vega la devoraba, pero mientras más la devoraba, más autopista aparecía. Hubo un silencio largo. Al interior del carro daba la impresión de que estaban totalmente quietos.

Algo crujió de pronto.

La dirección se quebró y el timón estremeció las manos de Michel, que intentaba desesperadamente mantenerlas firmes. El auto se sacudió una primera vez y luego serpenteó.

La autopista despidió un último destello.

—¡Mi madre! —gritó Michel.

Los gritos de Janine y Anne se confundieron. El carro se fue de lado contra un árbol. Siguió derecho a toda velocidad y dio de frente contra otro árbol robusto. Albert, en un último reflejo, apretó con sus manos la cartera de cuero en la que llevaba su manuscrito de *El Primer Hombre*.

Entonces tuvo un alud de conciencia: vio a su abuela analfabeta regañarlo con su duro carácter, la pantalla del cine iluminada mientras le leía los subtítulos al tiempo que ella fingía no haber traído los anteojos, su madre recortada en el vano de la ventana ensimismada todo el tiempo, su padre vomitando tras haber visto una ejecución en la guillotina, el olor de la escuela primaria, el profesor que remplazó la figura de su padre, la pobreza de su casa y de su barrio, los utensilios comunes de la casa de su tío que desde su pobreza le parecían un lujo, los partidos de fútbol, sus guantes y boina de portero, la tumba de su padre cuando ya era mayor que su propio padre, el sol de Argel, la brisa refrescándolo junto al mar, la París ocupada por los nazis, y el teatro donde siquiera fue feliz.

Aun después de que el estropicio del choque se silenció, siguieron rodando partes del carro que seguían encontrando su lugar varios metros a la redonda.

Un hombre que pasaba en un Taunus alertó en el pueblo del accidente. Cuando llegaron, encontraron a Janine y a Anne consternadas, recostadas una contra la otra. Michel estaba tendido, grave. Fue trasladado a París. Murió a los diez días. En el asiento del copiloto estaba Albert, ya sin vida.

La policía y los curiosos examinaban la magnitud del choque, pero no alcanzaban a medirla bien en el Facel Vega totalmente destrozado, ni en los pedazos de chatarra regados a la distancia, ni en el árbol impávido, ni en lo recto de la vía, ni en su soledad.

Un periodista que pasaba se detuvo en el accidente y se acercó a mirar el cuerpo aún atrapado entre los fierros retorcidos. Se persignó asombrado.

—¿Lo conoce? —preguntó un policía.
—Sí —dijo—, es el escritor Albert Camus.

En París, el mundo seguía su curso normal aun algunas horas después.

Ya era de tarde y Francine hablaba por teléfono con una amiga cuando tuvo una corazonada. Se quedó callada un momento, ante lo cual su amiga preguntó qué pasaba.

—Estoy preocupada.
—¿Por qué?
Francine, inocente, guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Es que no ha llegado la maleta de Albert.

Ricardo Llinás.
Nacido en Barranquilla. Magíster en Filosofía. En 2005 ganó el Concurso de Cuento de la Universidad del Atlántico, y obtuvo el segundo lugar en el Concurso Nacional de Ensayo "Leamos la ciencia para todos", del Ministerio de Cultura y el Fondo de Cultura Económica. Ganador del premio Nacional de Cuento Metropolitano en 2016 y del Portafolio de Estímulos 2013, 2017 y 2018. Ha sido promotor de lectura del programa "Mil maneras de leer", y trabajó como tallerista y evaluador del Concurso Nacional de Cuento del Ministerio de Educación Nacional y RCN. En 2013, uno de sus cuentos fue seleccionado para formar parte de la antología nacional de los talleres Relata, y obtuvo el segundo lugar en el Concurso de Novela Barranquilla Capital de la Cultura de América Latina.

Bobo no

Luis Mallarino

Javier solo sabía escribir su nombre, al revés siempre: la jota en forma de ele y así el resto. Todo hacia atrás, como si mirara el mundo a través de un espejo.

Cuando no teníamos ganas de correr, Olga buscaba un lápiz y Javier hacía lo único que sabía hacer con un lápiz. Los demás mirábamos, éramos niños; tan niños que aún no entendíamos por qué Javier tenía cuerpo de papá si corría como uno de nosotros y hablaba como un bebé. Se le entendían tres o cuatro palabras. Pronunciaba muchísimas más, una amplia gama en un idioma lejano.

Yo pensaba por aquellos días que quizá en otro planeta existía un barrio donde hablaban el mismo idioma de Javier y escribían al revés. Pensaba también que yo había nacido para cantar y que Javier había nacido para pintar las letras de las ambulancias.

Javier vivía a dos casas de la mía y tenía por costumbre no lavarse los dientes ni las manos. Usaba pantalones desteñidos, zapatos rotos y camisas llenas de cloro y tristeza. Era como un niño grande y pobre. Todos éramos pobres, realmente, pero a él se le notaba más, quizá por su tamaño. Un pantalón desteñido de Javier equivalía a diez pantalones de nosotros.

A primera vista parecía un señor, pero no jugaba dominó ni hablaba de política o de fútbol. Tampoco era bien recibido entre los grandulones que invadían la calle como bueyes. No tenía esposa, Javier. Tenía en cambio un teléfono de plástico, una radio oxidada y un carrito con tres llantas. Y solo jugaba con nosotros, con los más pequeños de la calle.

Era la calle 19. Allí me enamoré en vano más de diez veces; corrí detrás de mil balones desinflados; besé a la mayoría de mis vecinas; caí de bruces y de espalda, de dientes, de nariz, de codo; me torcí el brazo en un par de ocasiones; caí con todo y bicicleta (adiós, rodilla); casi se me encienden las pestañas por mezclar saliva y fuego. Tuve un enemigo peligroso; fui testigo de la vez que Loly Luz se fue a los golpes con la Cintia. Yo vivía cantando encima de los árboles como un verdadero pajarraco enorme.

Cuando Javier estaba cerca y me escuchaba cantar, bailaba y reía con sus dientes horrendos (los dientes más feos que yo había visto). A veces se animaba a tararear la última sílaba de cada verso y cerraba los ojos como si entendiera.

Cuando sí teníamos ganas de correr, le gritábamos «loco». Éramos muchos. Él entonces nos

perseguía infatigable en son de juego y nosotros corríamos despavoridos como si de eso dependiera la vida. Si alguien le gritaba «bobo» se molestaba y no corría. Se apresuraba a responder en su idioma, «obo no, espete», y se acababa el juego. Una sola vez me atrapó.

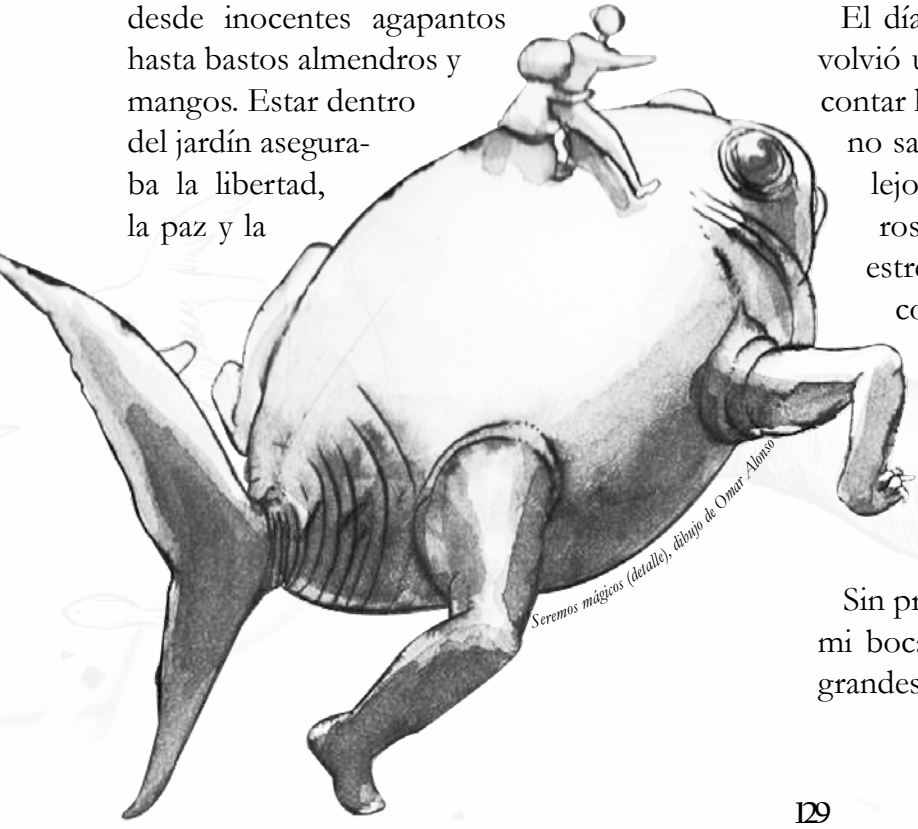
Me levantó por los aires, me abrazó y me obligó a pedir disculpas («tú no eres nada loco, Javier»).

Solo entonces pude poner los pies en tierra. Un poco tarde, porque ese abrazo —el abrazo de un loco— se me quedó en el cuerpo de por vida.

***

Cuando jugábamos a las escondidas me gustaba esconderme con Olga, así podía sentir su piel cerquita, su respiración, sus ojos negros. El jardín de la casa roja era el escondite perfecto. Allí cabíamos todos los niños de la calle.

La casa roja quedaba en una esquina. Tenía un pequeño muro de concreto fácil de saltar y, por dentro, toda clase de arbustos, flores y árboles; desde inocentes agapantos hasta bastos almendros y mangos. Estar dentro del jardín aseguraba la libertad, la paz y la belleza. Quien buscaba no se atrevía a entrar porque de cualquier arbusto podía salir alguien gritando «libertad; libertad para todos». Quien buscaba estaba obligado a descifrar entre las sombras quién era quién y a describir con certeza el árbol que escondía al supuesto atrapado: «un dos tres por Vanessa, detrás de las flores amarillas». Y Vanessa feliz sobre el almendro.



Seremos mágicos (detalle), dibujo de Omar Alonso

Olga vivía justo al lado de mi casa. Era flaca como un trapero. Sus cabellos parecían espantados y era buena jugando a los karatecas. Una vez me sacó sangre, pero no fue su culpa. La hebilla de sus sandalias me hirió una pierna.

Cuando nos escondíamos no parecía tan ruda como cuando hacía de karateca. Se le ponían los ojos grandotes del susto. No quería que la atraparan de primera. Nadie quería que lo atraparan de primero porque si nadie daba libertad, tocaba buscar. Y buscar a veinte niños de la calle 19 en aquel entonces era una tarea absurda, imposible y triste; los únicos felices eran los escondidos.

El día que a Javier le tocó buscar, el juego se volvió un carnaval de risas y sustos. Javier debía contar hasta cien, como todos, pero en su idioma no sabíamos si el cien estaba más cerca o más lejos. En el idioma de Javier todos los números parecían el mismo. El resultado: cabezas estrelladas, cuerpos arrastrados, piernas cojas, corazones a punto del infarto.

En medio del alboroto Olga y yo quedamos demasiado cerca. Tan cerca que nuestros labios se rozaron detrás de unos abetos.

Sin pronunciar palabra se separó asustada, tapó mi boca con su mano y me miró con sus ojos grandes. Nunca más hablamos del tema, pero ese

beso —el beso de una niña asustada— se me quedó en la boca de por vida.

***

Hoy volví a la calle 19 después de veinte años. La casa roja ahora es verde, pero no tiene más verde que el de sus paredes. Los nuevos dueños han construido una reja inquebrantable y ya no hay forma de esconderse allá dentro.

De Olga no hay rastro.

Se fue niña del barrio; un día desperté y ya no estaba. Supe después que se había ido embarazada a vivir con un gordo que bien podía ser su padre. La que era su casa es ahora una tienda de abarrotes abandonada.

Me pregunto si Olga aún sentirá miedo. Si se le pondrán los ojos grandes con el susto. Si se acordará de la vez de nuestros labios…

Javier, en cambio, está intacto (parece lo único intacto de la calle). Ahora llega y me saluda con una sonrisa cálida.

Me gustaría decirle que no volví a cantar más nunca, que ya no río ni me enamoro. Que no corro veloz tras balones de humo, que hace rato no se me queda nada en el cuerpo de por vida. Me gustaría también decirle que escribo, que hago el intento; que verlo escribir su nombre al revés me marcó para siempre. Decirle que muchas veces quisiera esconderme en el jardín de la casa roja y no salir más nunca. Decirle… pero, por la forma en que me mira, pareciera que está al tanto de todo y que no hace falta que le diga nada.

Yo creo que él piensa que me he vuelto un poco bobo.

Luis Mallarino
Nació en Cartagena en 1986. Poeta y narrador. Premio Distrital Libro de Narrativa, ciudad de Barranquilla, 2017. Tercer lugar, Concurso Nacional de Poesía Casa Silva, 2016. Tres veces ganador del Concurso Nacional de Cuento Infantil Comfamiliar Atlántico, 2011, 2013 y 2014. Premio Distrital Libro de Poesía, ciudad de Barranquilla, 2013. Segundo lugar, Concurso Nacional de Poesía Andrés Barbosa Vivas, 2011. Mención de honor, Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Metropolitana, 2015. Mención en el Concurso Nacional de Poesía "Isaías Gamboa", 2005. Ganador de la convocatoria "Ideas innovadoras para leer y escribir en la red" del Ministerio de Educación Nacional, 2015.

El poeta

Fabián Buelvas

Aquel hombre sensible, de pasos distraídos y olor a cigarrillo, es un poeta. Alguien que escruta la densidad de las almas en la quietud del firmamento, un bardo distraído capaz de captar la verdadera noción de las cosas. Dirige su mirada al cielo, queda pensativo unos segundos y se inspira. El poeta, bajo aquel éxtasis celestial, asocia palabras distintas y las impregna de sentimientos que, a su criterio, serán apreciados por sus lectores.

Pero la verdad es que este poeta no tiene lectores y lamenta su suerte. Piensa que es un incomprendido, un adelantado, alguien a quien las generaciones posteriores –ellas y solo ellas– estarán en disposición espiritual de comprender y disfrutar. Cree con firmeza que pertenece a la inmortal estirpe de poetas malditos.

El poeta camina por las calles de su fría ciudad en busca de poesía. Va con una libretita y un lápiz diminuto, desgastado y mordido. Se detiene en una esquina y apunta lo que ve: un perro orinando, una mujer esperando el bus, un anciano intentando cruzar sin éxito la furiosa calle que lo separa de la farmacia.

Luego, el poeta va a un café a organizar sus ideas. Escribe: una mujer furiosa en la farmacia, un perro esperando el bus, un anciano intentando orinar sin éxito. Al poeta le satisface mucho ese ejercicio asociativo, lo ve como un recurso su-

Lo importante son las alas (detalle), dibujo de Omar Alonso.

rreal, la manera perfecta para lograr la tan deseada primacía del concepto sobre la forma.

Escribe con la disciplina de un mártir un poema al día. Ha acumulado miles de versos a lo largo de varios años, y aunque reconoce que no todos son de gran factura poética, sí cree que algunos están por encima del promedio lírico de este país de poetas multiformes y diletantes.

La apreciación de su poesía es, precisamente, el amargo rencor del poeta. Ha publicado por su cuenta dos poemarios de bolsillo que se encargó de enviar con juicio a concursos, editoriales y críticos nacionales e internacionales. Los pocos ejemplares restantes los donó a bibliotecas públicas. Jamás recibió comentario alguno.

El poeta tiene otro poemario a boca de imprenta. Se llama *Diatribas oníricas*, y espera con ansia que ésta, la tercera de sus publicaciones, lo acomode en el pedestal lírico que merece. El poeta verdaderamente ha puesto sus esperanzas en aquellos últimos versos públicos.

Un buen día fue a la biblioteca. Quería prestar algunos libros de Mallarmé, Baudelaire y Verlaine, a quienes considera sus maestros. Subió pesadamente las escaleras que conducen a la sala de narrativa y poesía hasta entrar en aquel recinto ovalado. Al fondo, en la última mesa, notó que un desconocido leía su segundo poemario: *Tribulaciones acerca de las flores*. El poeta reconoció desde lejos la portada amarilla y sobria de su publicación, con su nombre y título impreso en letras góticas.

Se acomodó en la mesa de al lado, frente al lector desconocido. Era la primera vez que sabía de alguien que leía su obra. ¿Quién será? ¿Cómo se habrá enterado de mi libro? ¿Lo habrá tomado por azar? ¿Le gustará? El poeta tenía respuestas lógicas para cada uno de sus interrogantes: un crítico, avezado en los laberintos de la poesía, conocedor del valor de una obra nueva, ha encontrado en su poemario algo valioso. Se sintió complacido, merecedor de aquella lisonja. Disfrutó de su victoria poética hasta que escuchó al lector decir entre dientes:

– Es demasiado etéreo este tipo.

Era la primera crítica que recibía. Quedó estupefacto, absorto en otra ráfaga de pensamientos menos felices pero más intensos. Se vio vulnerado, desnudo, frágil. Se sintió, al fin y al cabo, como se sienten todos los poetas al momento de exponerse al público. En medio de su desagradable epifanía no se percató de que aquel lector misterioso había abandonado la sala.

El poeta buscó al lector desconocido en las inmediaciones de la biblioteca, en sus desgastadas callecitas aledañas, entre cafés y panaderías. Entró a los billares del frente y a las ferreterías diagonales. Nada. Había desaparecido.

Fue a casa a releer su poemario. Trataba de descifrar qué versos podrían concordar con la opinión del lector desconocido. *La febril mirada del vagabundo de turno* no le pareció un verso etéreo, como tampoco *El espectro de colores enardecidos, o Este atolladero de luz a cuentagotas*. Le figuraban –y en esto trató de ser lo más objetivo posible– buenos versos extraídos de buenos poemas.

Se le ocurrió acechar al lector desconocido. El poeta lo esperaría a la entrada de la biblioteca, lo vería ingresar por la puerta del centro, la más grande y concurrida. Subiría las escaleras, entraría a la sala de narrativa y poesía, tomaría un libro –tal vez su libro, el mismo de la vez pasada o quizá el primero de sus poemarios–. El poeta, intempestivamente, se sentaría a su lado y le preguntaría.

– ¿A qué te refieres con etéreo?

Mientras llega ese día el poeta se concentra en la edición del su tercer poemario. Va a la imprenta a observar el proceso, negocia el pago con el impresor, le pregunta cuál sería el mejor precio para venderlo, le ruega que le permita pagar esos cien ejemplares en tres partidas mensuales, con los ingresos de las ventas, aunque el impresor crea que no se van a vender y el poeta sepa que no los va a vender. Al final, luego de un diálogo intenso pero ameno, el impresor accede a los requerimientos del poeta, quien le asegura que su amabilidad es un buen augurio. El poeta, nuevamente, elabora una detallada lista de personas interesadas en sus escritos.

Esta vez, debido al suceso del lector desconocido, destinará una cantidad mayor de poemarios para las bibliotecas: treinta y dos. Enviará treinta y cinco a editoriales, catorce a editores, y los diecinueve restantes los repartirá entre colegas y amigos. El poeta considera narcisista conservar libros propios en casa. Mandará por correo los ejemplares para editoriales, editores, bibliotecas nacionales, colegas y amigos (por supuesto, el poeta no tiene colegas en su ciudad, ya que cree –como todo poeta– que la poesía de sus conterráneos es mala), y llevará personalmente dos poemarios para cada una de las cinco bibliotecas locales.

Una vez distribuye su obra, el tiempo comienza a transcurrir con una lentitud insoportable para el poeta. Han pasado dos meses y no ha recibido ni un comentario, carta de agradecimiento o crítica literaria. Su tercer poemario pasa tan inadvertido como los dos primeros. Sufre incalculablemente, aunque en el fondo intuye que el interés por autopublicar su obra no es más que una flagelación constante que se le ha vuelto placentera.

Un día el poeta va a la biblioteca pública. Tiene la determinación de un suicida. Entra al recinto y escruta los ojos de los asistentes buscando la mirada del lector misterioso. No aparece. Aguarda frente a la puerta toda la tarde, y luego la tarde siguiente, y luego las tardes siguientes durante cuarenta y un días, exceptuando los domingos.

El lector misterioso no aparecerá. El poeta aún no lo sabe, pero lo comprenderá en los días que vienen, en el momento en que se acaben sus cigarrillos suaves y una aureola de colillas aún humeantes rodee sus zapatos. Entenderá por fin el alcance de sus tres poemarios y la consecuencia de su obra en el ámbito poético. Volverá a mirar el cielo y a escribir mientras toma un café y sueña con un reconocimiento que le es esquivo. Maldecirá a la pléyade de críticos incultos que no son capaces de fijarse en sus versos.

Pero ahora son las seis de la tarde. La biblioteca ha cerrado sus puertas y el poeta se retira a casa. Cree que mañana, con un poco de suerte, recibirá algún comentario sobre su último poemario.

Fabián Buelvas
(Barranquilla, 1985). Autor del libro de cuentos *La hipótesis de la Reina Roja* (2017, Collage). Sus cuentos y crónicas han sido publicados en diarios y revistas como El Malpensante, El Heraldo, Literariedad, Cartel Urbano, Revista Corónica, The Clinic y Nexos. En 2015 fue finalista del V Premio Nacional de Cuento La Cueva. En 2017 obtuvo el Premio de Novela Distrito de Barranquilla, con *Tres informes de carnaval*. En 2018 ganó el VI Premio Promigas a la Mejor Crónica del Carnaval *Ernesto McCausland Sojo*.

A segundos luz

John Archibold

Humberto y yo llegamos a su casa un poco más tarde de lo que habíamos planeado. Al salir del colegio, casi que al instante empezó a llover, y eso nos impidió partir antes. Tuvimos que refugiarnos en la cafetería de la esquina, adonde entramos corriendo y sin esperanza alguna de sentarnos porque, como era de costumbre a esa hora, todas las mesas estaban abarrotadas. Aquella cafetería se llenaba tanto a la salida que los dueños en una movida muy astuta empezaron a exigir un consumo mínimo por mesa. A Humberto y a mí nos pareció injusto en su momento, pero unas semanas después, cuando en la clase de Economía nos explicaron cómo actúan las leyes de oferta y demanda, comprendimos que sencillamente esa es la forma en la que funciona el mundo.

Cuando escampó, después de estar de pie durante casi una hora, garroteados por el frío y con el uniforme salpicado de agua, Humberto y yo caminamos hasta su casa. Ambos guardamos silencio durante el trayecto, nos habíamos enterado de una verdad que ninguno de los dos lograba asimilar: En la reunión semanal del club de astronomía, vimos un vídeo en el que se explicaba a partir de la Teoría de la Relatividad de Einstein, que si algún día el hombre llegaba a inventar una máquina que viajara a la velocidad de la luz, se rompería a partir de entonces la barrera del Espacio – Tiempo. Existiría la posibilidad de recorrer pasados distantes, e incluso futuros reversibles. La sola idea era un plus emocionante y aterrador.

Mi casa estaba un poco más cerca que la de Humberto, pero yo prefería ir a la suya. Era más bonita y su computador tenía apenas unos meses de uso; el mío en cambio era muy viejo, lo había heredado de mis hermanos mayores, que después de años tratando de rescatar princesas en compañía de Mario Bross le habían volado varias teclas. Para colmo funcionaba con una lentitud abrumadora, tardaba mucho en encenderse y en el peor de los casos se trababa sin remedio. Pero si es cuestión de confesar, el computador de Humberto no me atraía tanto como su sala, era el más discreto de los espectáculos. Tenía un tragaluz enorme a un costado que bañaba un pequeño jardín incrustado allí, como si la naturaleza estuviera reclamando su derecho a existir. Los muebles estaban elegantemente forrados con un tapiz de hojas y flores de acanto en alto relieve que combinaba perfectamente con el resto de la ambientación. Mi casa en cambio era un abuso de la sencillez, parecía un museo sin restauradores, un collage caricaturesco al que se iban agregando los elementos que hacían falta sin preocuparse por algún sentido estético, por eso el sofá era de un color y las poltronas de otro, la mesa de centro era tan bajita que uno tenía que agacharse un poco para poder colocar algo sobre ella, aunque

Cada cabeza... (detalle), dibujo de Omar Alonso.

estuviese sentado en los muebles. Era mi hogar, el lugar donde había vivido siempre, nunca me molestó su aspecto, hasta que supe que a mis compañeros les resultaba perturbador. Esa era una de las desventajas de vivir tan cerca del colegio, eso y que los profesores no dudaban en llegar a informar si algo iba mal conmigo, lo cual ocurría con una frecuencia incómoda.

Lo curioso es que Humberto nunca se burló de mí, de hecho le gustaba ir a mi casa, aunque por una razón muy puntual: le encantaba la sazón de mamá. De hecho no tenía reparos en solicitar un plato adicional cada vez que almorzaba con nosotros. Siempre decía que yo era afortunado, porque su madre no era tan talentosa en la cocina "Es en serio —me decía—, una vez hizo un arroz tan raro que el cucayo se pegó en la tapa". Yo supongo que era cierto, porque la señora siempre compraba comida por fuera cuando yo iba de visita.

Humberto fue mi primer amigo de verdad, quizás el único que he tenido. Por eso no puedo entender cómo me caía tan mal cuando lo conocí. En realidad son muy pocas las cosas que tengo claras con respecto a mi relación con él, porque ahora también me es difícil comprender el modo en el que nos unimos, y en el que luego terminé alejándome, tanto, que creí que el hecho de habernos tratado había sido una fugacidad irrelevante.

Aunque nos conocimos en el colegio y cursamos los mismos grados, Humberto y yo nunca estudiamos juntos, siempre pertenecimos a grupos diferentes. Él estaba en el A, el que preferían los profesores, el de los chicos disciplinados que no corrían en los recreos ni llevaban nunca la camisa por fuera. Yo en cambio estaba en el B, el epicentro de las quejas, donde se tejían las travesuras cada vez más inverosímiles. A pesar de ello, no éramos desconocidos, nos cruzábamos forzosamente cada martes, durante las reuniones del club de astronomía. Era un modesto grupo de *nerds* dirigido por uno de nuestros profesores, un cosmólogo frustrado que fingía ser maestro de geografía para ganarse la vida, y desfogaba su

verdadera pasión con un grupo de niños curiosos que solían atrincherarse en la biblioteca, o que buscaban cualquier otra excusa para no salir del colegio, porque no teníamos nada mejor qué hacer. En la mayor parte de los encuentros veíamos los capítulos en video de la serie Cosmos de Carl Sagan, en las que el ya difunto astrónomo explicaba de un modo sencillo las complejidades que gobiernan cada esquina del universo. El profesor detenía el video de vez en cuando para explicar con mayor detalle alguna cuestión, o darnos el espacio para discutir, preguntar, o simplemente sobrecogernos ante aquello que nos resultaba impresionante. Yo era uno de los que más preguntaba, y por tanto, de los que más sabía; el otro era Humberto, los dos éramos los miembros más constantes y participativos, aun así, nunca habíamos cruzado palabra. Una tensión muda fluía entre los dos… o al menos esa sensación yo.

Por más que me esfuerzo, no logro recordar la primera ocasión en la que Humberto y yo conversamos. Tuvo que ser en una reunión del grupo, porque era el único espacio que compartíamos. Quiero pensar que alguna vez llegué al salón de audiovisuales, que era donde nos reuníamos, y él estaba allí, solo. O a lo mejor era yo quien estaba antes y él llegó. No, yo no llego temprano a ninguna parte, tuvo que haber sido él. Seguramente en un principio debimos mantenernos silenciosos, como los enemigos injustificados que éramos, pero pasaron los minutos, y al no llegar nadie, alguno tuvo que preguntarse qué habría pasado con los otros. Ese debió ser él, porque no creo que yo lo hubiera hecho. O tal vez sí, sí, lo hice yo, eso fue lo raro de esa situación, fue lo que permitió que siguiéramos hablando. Y entonces alguno mencionó la colisión del cometa Shoemaker-Levy 9 con Júpiter, o la llegada del Mars Pathfinder al planeta rojo, o alguna de las otras maravillas astronómicas que ocurrieron en esa década. Aunque a lo mejor no fue de algo importante, sino de una cosa más sencilla, como la última foto tomada por el telescopio espacial Hubble o la próxima pieza de la Estación espacial internacional en ser ensamblada. En fin, no lo recuerdo, y a la larga mejor así, porque es irrelevante. Lo importante fue que Humberto y yo nos volvimos inseparables. Nos veíamos todo el tiempo, hablábamos sin parar. Era increíble, por primera vez conocía alguien que no se aburría de lo que decía, ni yo de lo que él hablaba. Por eso siempre nos buscábamos, a la entrada, en los breves cambios de clase, y por supuesto, horas enteras tras la salida.

Como era de esperarse la astronomía era nuestro tema central, especialmente en las noches, cuando nos reuníamos en el parque con nuestros mapas celestes a identificar constelaciones y planetas. Pero aunque el universo es infinito, nuestro intercambio de conocimientos en algún momento tenía que acabar. Así paulatinamente empezamos a hablar de nosotros, de lo que nos pasaba en nuestras casas, en nuestras mentes, en los pocos momentos de vida que no compartíamos. Aunque a Humberto le apasionaba la astronomía, su sueño realmente era ser médico, tenía muy claros los pasos que iba a seguir, las especializaciones que quería cursar, los hospitales donde buscaría trabajar. Eso era algo que envidiaba, no su casa bonita ni su computador nuevo, sino sus sueños, esa inamovible convicción de que podía hacerlos realidad. Yo en cambio no sabía qué quería de mí mismo, cualquier aspiración transitoria se me hacía demasiado, imposible de alcanzar. Para Humberto todo era accesible, incluso Carolina, una chica de su salón que le gustaba. Me hablaba todo el tiempo de ella, aunque no le diera esperanzas. "No es que ella no quiera nada conmigo— suponía él—, es la iglesia evangélica a la que va su madre, allá se lo prohíben". Yo por mi parte siempre le hablaba de Roxana, una novia

que me inventé ante la evidencia de que las chicas nunca me prestarían atención. Por eso cada noche antes de dormir fraguaba la historia que le contaría a Humberto al día siguiente, sobre nuestros encuentros a escondidas (porque su familia tampoco la dejaba tener novio), sobre nuestros supuestos acercamientos (porque perder la virginidad era la prioridad de todos), y especialmente sobre nuestras peleas (porque hay que ver lo problemática que era la niña). Estoy seguro de que Humberto sabía que ella no existía en un lugar distinto a mi cabeza, pero nunca me lo dio a entender, jamás pidió conocerla, aunque escuchaba durante horas esas historias con las que yo mismo pretendía consolarme.

Esa tarde que llegamos a su casa, la mamá de Humberto nos recibió tan cálida como siempre. En cuanto entramos le dijo que no había nada de tomar, así que lo envió a una tienda de cerca a comprar una gaseosa de las grandes, para que que nos quedara suficiente en el resto de la tarde. Me pidió que la acompañara a la cocina y mientras servía el almuerzo me empezó a preguntar por cosas del colegio, yo le aseguré que todo andaba bien. No sé por qué, pero entonces me empezó a contar cosas sobre su época de escuela y lo mucho que disfrutaba sus clases de química. Nosotros aún no veíamos química, así que yo no entendía de lo que me estaba hablando. Mi mirada empezó a vagar, y por eso terminó hurgando los rincones del patio, ya que la puerta de atrás estaba abierta. Junto al árbol del fondo, atado con una cadena, estaba un perro resignado. Se llamaba Bobbie según tenía entendido, era un french pooudle negro, aunque debía estar cruzado con otra raza porque era más grande de lo que generalmente son los french. No era nada bonito, menos en ese momento en que cada uno de sus pelos estaba mojado por la lluvia, y en un infructuoso, e imagino desesperado intento por secarse, se había embadurnado el cuerpo con tierra húmeda. Estaba sentado mientras miraba hacia el horizonte, impávido y sin moverse, y yo no pude evitar preguntarme qué estaría pensando el pobre. Nunca supe que alguien lo sacara a pasear, así que imaginé que tal vez estaba preguntándose por lo que había afuera, detrás de las cuatro paredes que cercaban su mundo. Si su imaginación era tan volátil como la mía, podía estar soñando con escapar algún día de aquellas cadenas y de aquel patio, salir a la calle y caminar hasta encontrarse con alguien que lo apreciara, que por lo menos le prestara atención. Tal vez un viejecito que viviera solo, o mejor una viejecita, porque las mujeres viven más tiempo. Por eso hay más viudas que viudos, y aunque las viudas ancianas prefieren a los gatos porque dan menos trabajo, tal vez alguna pudiera preferir a un perrito, como Bobbie. Sentí rabia, tuve fuertes deseos de reclamarle a Humberto por tratar al perro de ese modo, pero al rato llegó sonriendo, contándole a su madre algo que había ocurrido en la tienda y ambos reventaron su pecho en risas. El enojo se me olvidó, finalmente Humberto era una persona tan inocente, que ni siquiera sus fallos podían incomodar lo necesario, porque no cargaban consigo el peso de una mala intención.

Después de almorzar nos sentamos junto al jardín de la sala, Humberto tuvo la paciencia suficiente para explicarme el funcionamiento del Trinomio cuadrado perfecto, algo que dos semanas después olvidé y que hasta el sol de hoy no he tenido la necesidad de recordar, lo cual agradezco. Luego empezamos a hablar de nosotros. Esa tarde Humberto me contó un secreto, y era que cuando creciéramos y Carolina se casara con él y tuvieran un hijo, haría su última travesura: rompería con la tradición familiar. Humberto era un nombre que había cargado su bisabuelo, su abuelo y su padre, y que a él se le antojaba un peso

innecesario. No quería que su hijo tuviera que combinar una cara de niño con un nombre de viejo. Humberto tenía planes de que se llamara Aldrin si era varón, Aldrin porque Edwin se había vuelto común, y Neil era demasiado obvio. Y si más adelante tenía una niña, sin duda le pondría Valentina, porque Laika por supuesto no era opción. Nos reímos mucho de aquellos planes para el futuro, para esos años, en apariencia tan lejanos. Así, de ese modo, transcurrieron muchas de nuestras tardes, en la comodidad de su casa o en la saciedad de la mía, hablando de muchas cosas, hablando con la seguridad de que las palabras entre los dos eran inagotables, que seríamos amigos hasta que uno de los dos muriese.

Dos años después, el club de astronomía se cerró por falta de miembros, y luego el profesor que lo dirigía se fugó de la vida civilizada haciendo Auto – Stop por toda Suramérica; su primer destino fueron las misteriosas líneas de Nazca, esas de las que tanto hablamos en el club, las mismas que observamos durante horas, buscando trazos de su curso entre todas las constelaciones. El profesor nos envió fotos por correo electrónico cuando llegó allí, después de eso no volvimos a saber de él.

Mientras tanto yo seguía con Roxana, Humberto para su pesar nunca logró conquistar a Carolina, pero sí a otra chica que se llamaba Jessica. Era una gordita bastante simpática, pero no duraron mucho. Después por su vida pasó Astrid, a la que dejó por Milena, y que luego alternó con Jackeline. Unos meses después las abandonó a ambas por Liu Wei, la hija de los chinos del restaurante de la calle dieciséis. Quién lo creyera, Humberto resultó tener un talento del que presumen pocos *nerds*. Lamentablemente para mí, cuando ellas empezaron a desfilar por su vida, yo me dirigí a la salida, tantas chicas le mantenían la boca ocupada, así que ya no le sobraba tiempo para hablar conmigo. Pero la culpa no fue sólo de ellas, también fue mía, mía y de mis hermanos. Porque cuando les empezó a ir bien en el trabajo me compraron un computador nuevo y le pusieron Internet, y allí empecé a navegar, y navegando me encontré con cosas que no podía contarle a Humberto, cosas que tenía escondidas sin saber, cosas que no conocía y a las que necesitaba acercarme, porque me daban una esperanza, porque me extendían la posibilidad de que mi camino existiese, sólo que por un sendero distinto al que cruzaban todos: mi propio agujero de gusano, el atajo a otra y muy oculta dimensión, una que todos tenemos, pero cuyas coordenadas apenas empezaba a descifrar. Por eso me hundí en mí mismo, y en ese afán de encontrar mi camino caí aprisionado en la telaraña del monitor, del mismo modo que Humberto se enredó en los cabellos de cada una de sus novias.

Desde entonces poco hablábamos, pero cuando lo hacíamos, al toparnos casualmente por los corredores del colegio, me sentía bien, porque tenía la sensación de que aún éramos amigos, y al no hablar tan a menudo había tantas cosas que nos podíamos contar, que aún parecía que teníamos mucho en común. Humberto siempre me daba saludos de su mamá y me decía que ella le preguntaba mucho por mí, que le reclamaba porque yo no hubiera vuelto a su casa. Yo siempre prometía regresar, pero nunca lo hice. Tenía miedo, miedo de que Humberto y yo tentáramos nuestra afinidad para quedarnos callados sin saber qué decir, mirándonos las caras, sonriendo como idiotas, demostrando

que la expansión del universo, esa que con tanto esfuerzo había descubierto Hubble, terminó por separarnos también a nosotros; que fuimos una estrella binaria, tan brillante como Sirius, pero que nuestra fuerza gravitacional no fue suficiente y terminamos aislados en costas distintas de una misma galaxia.

Acorde a su plan, cuando terminamos la escuela Humberto se fue a Rusia a estudiar medicina. Se ganó la beca a la que siempre aspiró, iniciaba perfecto el plan que siempre había calculado. La noche de nuestra graduación nos tomamos una foto juntos, abrazados y sonrientes, fingiendo que entre nosotros no había distancia alguna. Durante su estancia intercambiamos algunos correos en nuestros respectivos cumpleaños, y él me envío una docena de postales y tarjetas en medio de las festividades tradicionales, e incluso las conmemoraciones de la Iglesia ortodoxa. Después regresó, todo hecho un doctor. Esa misma semana me buscó, y como ya teníamos edad legal para beber salimos a hacerlo, a ver si era tan divertido como nos preguntábamos de niños. Me enseñó las múltiples preparaciones que hacen los caucásicos con el vodka, haciendo énfasis en que para ellos no era un tema de diversión, sino de supervivencia; el vodka era un arma para combatir el frío, para eludir que la parte baja del termómetro estaba destinada a ganarles la guerra. Nos ahogamos de risa con esas nuevas historias, y con otras anécdotas tontas que parecían enterradas bajo el peso del presente. Me quedé a dormir en su casa, como en otros tiempos, y al día siguiente, agonizamos juntos con la resaca.

Pero después volvimos a la realidad, esa en la que estábamos tan distantes como en los últimos años de colegio. Yo lo llamé un par de veces, pero él siempre estaba ocupado. Me enojé y no volví a hacerlo, hasta que un día él también me llamó para vernos, y fui yo quien no pudo. Comprendí que no era él, tampoco yo, era el mundo, la ley de oferta y demanda, negociando con nuestro tiempo. Eso no le impidió contarme que estaba enloquecido por una nutricionista de ojos grises que trabajaba con él. Me reí, había escuchado ese parlamento muchas veces, pero el juraba que esta vez no se parecía a ninguna otra. No le creí hasta que me llegó la invitación para el matrimonio. En la ceremonia me di cuenta que era verdad, porque la miraba de una forma que se me hizo completamente extraña, y ella en definitiva era la chica más linda que le recuerdo. Ese día su madre estaba dichosa, ya no hablaba de química, ahora sólo reprochaba la poca colaboración de la familia de su nuera en la fiesta, mientras me presentaba ante todos los invitados como un hijo putativo, para Humberto yo no merecía menos, él no dejaba de llamarme su amigo de toda la vida. Siempre que mencionaba mi nombre los demás gesticulaban una mueca de reconocimiento, como si hubieran escuchado hablar de mí en una infinidad de ocasiones, tal parecía que era un conocido platónico para todos. Luego Humberto me ayudó a encontrar empleo en el departamento de facturación de la clínica en la que trabaja. Por eso ahora nos vemos más seguido, todas las semanas nos topamos en algún pasillo, conversamos animados, y en ocasiones puede que un poco emocionados, pero a la larga, él es un doctor y yo soy invisible. Cuando cada quien vuelve a sus labores, también regresamos a nuestro camino, a las direcciones opuestas que cursan nuestras órbitas, pero resueltos a fingir que pertenecemos a un mismo sistema, que no hemos dejado de acompañarnos en el viaje sideral que encierra nuestra existencia.

Hace poco nació su primera hija, y cuando la iban a bautizar, Humberto me pidió que yo fuera el padrino. Supuse que lo hacía porque al regresar, después de tantos años en el exterior, yo era lo

más parecido que le quedaba a un amigo. Acepté, alegre debo admitir, aunque sentí que aquello era más una formalidad que un gesto sentido, un nuevo intento de fingir que éramos los que algún día creímos ser. Antes del bautizo nadie me dijo el nombre de la niña, tampoco lo averigüé, quizá en mi inconsciente creí que lo sabía. Cuando la cargué bromeé con Humberto en lo afortunada que era al parecerse a su madre, él se rió diciendo: "A mí me heredará lo importante: la inteligencia y el sentido del humor". Su esposa le reclamó con la mirada, y él respondió volviéndose a mí: "Por eso digo, heredará mi sentido del humor, Dios quiera que sí".

Pero comprendí mejor a lo que se refería cuando el sacerdote me preguntó en medio del acto si entregaba a Carolina como nueva cristiana. Yo me quedé helado, Humberto se limitó a guiñarme el ojo.

Más tarde en la fiesta, le pregunté a Humberto qué había sucedido con el nombre de Valentina; él sonrió, ni siquiera lo recordaba, pero señaló que yo mejor que nadie sabía lo que ese nombre, Carolina, significaba para él. En ese momento Humberto puso su mano en mi espalda y me invitó a caminar mientras situaba el dedo índice sobre sus labios, como si me advirtiera que no debía decir nada, como si diera por hecho que yo lo conocía mejor que nadie, como si tuviera la seguridad de que yo era la única persona en el mundo que podía poner al descubierto la amplitud de su descaro.

En ese instante algo galopó a más de mil millones de kilómetros por hora, la barrera de nuestro tiempo se rompió. Ahí estaba, aunque la materia oscura continuara ensanchándose, en los bordes el fulgor se resistía, seguía brillando, y por fin, después de tanto tiempo, yo podía verlo. Todo fue una exageración de proporciones astronómicas. Al fin comprendí, lo nuestro era como un agujero negro, aunque no lo pudiéramos ver, allí estaban sus efectos. La distancia que nos separaba a Humberto y a mí constaba de unos pocos segundos luz.

John William Archbold
Nacido en 1990. Es licenciado en Ciencias sociales, especialista en estudios culturales y Magíster en literatura hispanoamericana de la Universidad del Atlántico, actualmente enseña literatura Latinoamericana y del Caribe en esa institución. Sus textos han sido publicados por la revista Latitud de El Heraldo, Actual, Arcadia y Semana. Algunos de sus cuentos y crónicas han hecho parte de antologías del Ministerio de Cultura y sellos independientes. El relato *A segundos luz* ocupó el segundo lugar en el concurso nacional de cuento de la Universidad Metropolitana en el año 2016.

Isabel me hace reflexionar

Kirvin Larios

Hace unos meses que Isabel me abandonó con el siguiente argumento:

–Es difícil –dijo en tono severo– pasar mucho tiempo en un solo lugar sin sentir que algo estúpido y humano empieza a revelarse frente a las miradas de quienes habitan contigo ese lugar…

Como era frecuente, yo no supe responder a lo que a todas luces parecía ser otra de sus necesidades.

–No se puede –continuaba Isabel con su cháchara incomprensible– convivir determinado tiempo con una persona sin que esa realidad vaya en detrimento de nuestros posibles secretos y nuestras oscuras certezas.

Mi mente, repleta de películas en 3D, no lograba entender a cabalidad lo que mi pareja trataba de explicarme. ¿Posibles secretos? ¿Oscuras certezas? A duras penas logré descifrar una cosa:

–¿Acaso me estás dejando, Isabel?
–Te estoy dejando, Francisco.
–¿Es porque me llamo Francisco? Si es así, lo entendería…
–No es broma. Ya te he dicho que pasar mucho tiempo en un solo lugar, me produce la sensación de estar hablando más de la cuenta; en seguida me entran deseos de desaparecer o salir corriendo. Es mi modo de ser, simplemente.

–Apenas llevamos viviendo juntos un par de meses, todavía no te he chupado toda la sangre –dije con ánimo de ofenderla. Y añadí–: Lo sabía, eres una mujer indomable.

–Indomable son ciertos animales –respondió con tranquilidad–. Los humanos, a lo mucho, somos incoherentes. Te advertí que esto pasaría.

–Lo advertiste mientras veíamos una peli…

–No lo hagas más difícil, Francisco, recojo mis cosas y me voy. Mejor agradece que no lo haga sin despedirme.

–¿Y a qué le debo el privilegio de que me anuncies tu partida?

–He ahí uno de tus peores errores, preguntar demasiado. Si te digo que me largo, me largo, no intentes disuadirme. Cuando llegué no me montaste semejante interrogatorio.

–Cuando llegaste los días prometían felicidad, pero ahora volverá el vacío de siempre –hice una pausa para tragar en seco, luego proseguí con voz descompuesta–: ¡Mierda, Isabel! ¡Qué voy a ha-

cer sin ti en los días que vienen, los próximos mil años! Ten un poco de piedad, por favor.

–La piedad espanta –dijo inconmovible–. Ni con eso ni con nada conseguirás hacer que me quede.

Indiferente a que la piedad resultara espantosa para ella o para la totalidad del género femenino, no quise renunciar a mi empeño de llegar a su corazón, pero esta vez de rodillas y con tono lastimero:

–Necesito ver tu cara todos los días…

–¿En las mañanas? –interrumpió– ¿Por el resto de tu vida? Se necesita odiar mucho a una persona para desear verla todos los días.

–¡Es lo que hace el común de la gente!

–El común de la gente se odia y no ha aprendido a vivir con eso. Yo prefiero moverme y seguir a mi aire.

–Yo la inmovilidad, vivir como una roca en la nieve...

–Es tu vida y no pienso arruinarme con ella.

–¿Entonces quién lo va hacer? –pregunté aferrándome a sus pantorrillas– ¡¿Quién?!

–Suéltame hombre… Sabes que afuera hay una legión de mujeres dispuestas a hundirse con maníacos como tú, dispuestas a cancelar su existencia a cambio de vivienda compartida y fotos en Facebook. Corre a buscarlas.

–Justo lo que yo deseo, ¡que lo dejes todo por mí! Quiero una Isabel dependiente y abnegada, que lo único que me exija sea lo que yo puedo darle.

–Insisto: afuera encontrarás la *adecuada*.

–¿Qué haré mientras tanto? –pregunté temiendo el advenimiento de los días más grises en la reputación de un hombre– ¿Qué les diré a mis amigos cuando me pregunten por la rubia Isabel? Estar contigo me ha valido muchas felicitaciones.

Su rostro sólo me dejó entrever la firmeza y la frialdad de su irrevocable decisión. De mi garganta escapó un grito desgarrado por la pena:

–Nunca nadie te va a querer como yo. ¡Nadie!

Isabel, sin alterarse, caminó hasta el cuarto en busca de su ligero equipaje: una maleta que por culpa de mi inopia no pude interpretar como el símbolo de su inminente partida. Y es que con la excusa de no encontrar suficiente espacio en el clóset, Isabel solía dejar toda su ropa metida en la maleta; también dejaba allí sus maquillajes e implementos de aseo personal. Las zapatillas siempre ocupaban un lugar cercano al pie de la cama, dispuestas a favorecerla en un escape rápido. Tampoco se refería al mobiliario de mi casa con posesivos de ninguna clase. "Acabo de limpiar tus muebles", me dijo una tarde de domingo. "¿Tus muebles?", la cuestioné sin darle importancia al asunto. Y sentencié: "Lo mío es tuyo, no hay problema con que digas *nuestros muebles*". Entonces creí que se tomaría aquellas palabras como una generosa invitación a seguir viviendo conmigo. A lo mejor no debí ignorar su cara de desagrado cuando me soltó aquella oscura promesa: "No volveré a limpiar tus muebles, Francisco".

Pero, ¿cómo comprender a un ser humano cuyo comportamiento suele ser tan directo?

Sordo e incapaz de retenerla ahora, seguí haciéndole reproches por su partida:

–Siempre estuviste preparada para dejarme, ¿eh?

–Nadie está preparado para eso –respondió–, uno simplemente lo hace porque lo necesita, ¿comprendes? Es necesario.

–Comprendo –por supuesto que no comprendía un comino. Decidí echar abajo toda sombra de orgullo y pedir un último detalle–: Dame un último beso, o un abrazo, o un polvo si quieres…

El sonido cortante de las correderas de la maleta fue la respuesta que recibí.

Pero entonces tuve una idea producto de la encrucijada del momento, una de esas ideas que siempre estamos más empeñados en decir que en hacer:

–Isa, quédate esta noche si quieres, por favor, medita bien lo que estás haciendo... Mientras tanto, y para no molestarte, yo me voy a dormir en un hotel cercano.

Naturalmente, nunca iba a dejarla sola con su deseo resuelto de abandonarme. Pero debo decir que esta vez, sin proponérmelo, logré dibujar en su rostro un ligero gesto de compasión. Aprovechando la circunstancia –y con mucho esfuerzo– logré incubar en mis ojos una lágrima de dolor.

Ella me abrazó. Hora de hacerme la víctima, pensé. Porque, en ese momento ¿qué era yo si no una víctima de mi propia estupidez?

–Bebé no te vayas, mis amigos y los vecinos se burlarán de mí.

–Si no me voy se burlarán aún más –sentenció en tono severo, separándose definitivamente–. Mira a tu alrededor las familias modelo que son la carne fresca de los chismosos.

–¡Demonios! –exclamé desconcertado– Tienes una respuesta ingeniosa para casi todo, así no puedo aprovecharme de ti.

–Cada vez que hablas –repuso con calma– dices más de la cuenta y yo me siento más convencida de irme –me miró fijamente por última vez. Y agregó suspirando–: Encima te expresas como un cobarde, no te gusta escuchar y le das cero importancia a lo que yo intento decirte.

No acepté ninguna de sus palabras, del mismo modo como suelen no aceptarse las cosas que sobre uno son absolutamente ciertas. Las ruedas de la maleta comenzaron a rodar rumbo a la puerta de salida. Fue entonces que la dimensión de mi soledad se hizo materia gris en mi cerebro embotado. De ahora en adelante sufriría largas jornadas de intensas e inútiles cavilaciones; en vano trataría de encontrar los motivos por los cuales una mujer brillante decidió abandonar a un tipo corriente.

–Una última cosa –hablé con la mera intención de atrasarla–. Explícame con más detalles por qué es que me abandonas.

–Ya lo dije mil veces –suspiró, decidida a irse por siempre.

Pero, con el ánimo de darle nuevos motivos para no volver, cosa que supe que no haría de todas maneras, le pedí, más claramente, un dato final:

–¿Qué les diré a mis amigos y vecinos cuando me pregunten por la flamante rubia de la que tanto he alardeado?

Evocación (detalle), dibujo de Omar Alonso.

–Diles… –respondió Isabel haciendo un esfuerzo– Diles algo abstracto, que me fui porque era necesario que así fuese, porque es el curso de la vida y nada ni nadie puede evitarlo. Y si los muy tontos exigen más explicaciones, recuérdales que los motivos para abandonar a alguien son irrefutables. Me voy.

Ahí tenía la parrafada que yo no estaba dispuesto a escuchar y que, a pesar de eso, le pedí que me dijera. Fuera como fuera, me quedó claro que ninguna de las palabras de Isabel convenía comunicarlas a mi círculo de allegados. Que ella me daba su amor en dosis pequeñas, homeopáticas, de tal manera que nunca me hacía sentir que la poseía en su totalidad, y que en cambio yo le prodigaba un amor en grandes cantidades, desesperadas cantidades, de tal forma que quizás llegué a causarle la saturación, el aburrimiento y la consiguiente partida, nada de eso era recomendable –para mi reputación de hombre común y corriente– gritarlo a los cuatro vientos. Pero una cosa sí podía hacer: convertirme en el canalla y patán heroico de la historia. Diseñar una mentira que me hiciera quedar a los ojos de los demás en un pedestal y no en un lodazal de hombre derrotado y digno de lástima: *Isabel se fue porque me aburrí de verla todos los días, era una mujer quisquillosa, de temperamento glacial, le gustaba gastar dinero en maricadas y, tampoco culeaba muy bien*, etcétera, etcétera.

Cuando la vi desaparecer con su equipaje detrás de la puerta, terminé de elaborar en mi cabeza el engaño que me permitiría sobrevivir a los próximos meses, y empecé a sollozar en el mueble, con hipos y lágrimas interminables, sin un solo retazo de tela en el clóset para evocar su olor.

Kirvin Larios
(Barranquilla, 1993). Poeta y narrador. Este relato hace parte del libro *Por eso yo me quedo en mi casa*, ganador en el Portafolio de Estímulos de Barranquilla 2017 y publicado recientemente por la editorial Destiempo.

El nuevo concepto gráfico del Caribe colombiano

DESARROLLO, DISEÑO E IMPRESION DE

PROYECTOS EDITORIALES Y COMERCIALES

IMPRESIÓN POR DEMANDA - CTP - HOT MELT

Calle 42 No. 43-35 – Tels: 3518832-3402759 – tonoseditorial@gmail.com - tonosctp@gmail.com
Barranquilla, Colombia

LIBRAQ
Feria Internacional del Libro de Barranquilla

+ 100.000 visitantes en 5 días ✓
+ 25.000 libros vendidos ✓
+ 60 expositores ✓
+ 100 autores locales, nacionales e internacionales ✓

- *Lecturas de cuentos*
- *Recitales de poesía*
- *Muestras comerciales*
- *Talleres de escritura creativa*
- *Trueque de libros*

¡Estamos listos para 2019!

BARRANQUILLA LEE DE CARA AL RÍO

ALCALDÍA DE BARRANQUILLA